





PQ7297

F37

P47

v. 1

1830-1831

P07297



1020099364

*Manuel
Vrta*

BIBLIOTECA CENTRAL
U.S.A.

1041
F
41 52

EL
PERIQUILLO SARNIENTO,

POR

EL PENSADOR MEXICANO.

TERCERA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA POR SU AUTOR.

TOMO I.

MEXICO: 1830.

IMPRENTA DE GALVÁN A CARGO DE MARIANO AREVALO,
CALLE DE CADENA NUM. 2.

*Se espnde en la alacena de libros esquina al portal
de Mercaderes y Agustinos.*

14636

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF
ART AND HISTORY
OF THE
CITY OF MEXICO

II-1-8
4-1

PQ 72 97

F37

P47

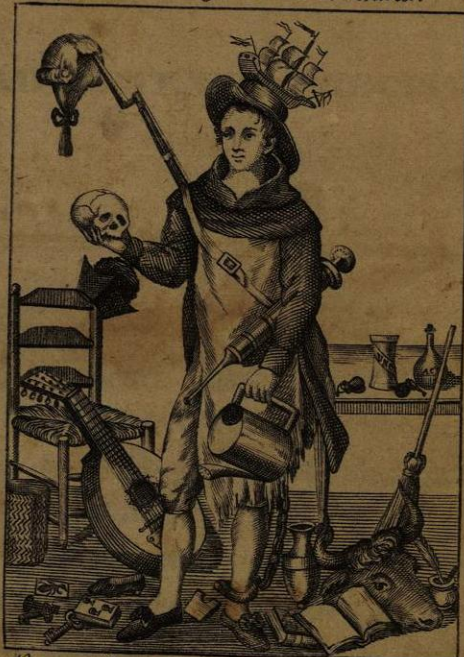
1830-1831

v.1

...Nadie crea que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos á otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que esto le importa mas que hacer critica y exámen de mi pensamiento, de mi locucion, de mi idea, ó de los demas defectos de la obra.

TORRES VILLARROEL en su prólogo de la
Barca de Aqueronte.

Periquillo con los trofeos de sus aventuras.



*No es este el Periquillo q. cantan
ó haciendo no se que se lleve el virote,
Este Perico sin contentar, va dando
á muchos, mil lecciones de escar m.*

*Su fin es deleitar aprovechando
á quien en vida guerra leer asento
Tal el caracter es de mi Perico.
Carucha pues, doctor q. ya nave el pue.*

ADVERTENCIA PRECISA.

***E**s menester tener presente que esta obra se escribió é imprimió en el año de 1816, bajo la dominacion española, estando el autor mal visto de su gobierno por patriota, sin libertad de imprenta, con sujecion á la censura de oidores, canónigos y frailes; y lo que es mas que todo, con la ne-
cia y déspota Inquisicion encima. Aunque en las advertencias generales se dis-*

culpan las largas digresiones, nos tomamos la licencia de acortarlas, asi como la de omitir unas notas y añadir otras, con algunos variantes que advertirá si quiere y puede el curioso lector.

PROLOGO, DEDICATORIA

Y ADVERTENCIAS A LOS LECTORES.

Señores míos. Una de las cosas que me presentaban dificultades para dar á luz la *vida de Periquillo Sarniento*, era elegir persona á quien dedicársela, porque yo he visto infinidad de obras de poco y mucho mérito, adornadas con sus dedicatorias al principio.

Esta continuacion ó esta costumbre continuada, me hizo creer que algo bueno tenia en sí, pues todos los autores procuraban elegir Mecenas ó patronos á quienes dedicarles sus tareas; creyendo que el hacerlo así, no podia ménos que gran gearles algun provecho.

Me confirmé mas en esta idea, cuando leí en un librito viejo, que ha habido quienes han pactado dedicar una obra á un sugeto, si le daba tanto: otro que dedicó su trabajo á un potentado, y despues la consagró á otro con distinto nombre: Tomás Fuller, famoso historiador inglés, que dividia sus obras en muchos tomos, y á cada tomo le solicitaba un magnate: otros que se han dedicado á sí mismos sus producciones; y otros, en fin, que han

consentido que el impresor de sus obras se las dedique.

En vista de esto, decia yo á un amigo: no, mi obra no puede quedarse sin dedicatoria; eso no viéndolo Carlos. ¿Qué dijera de mí el mundo, al ver que mi obrera no tenia al frente un excelentísimo ilustrísimo, ó por lo menos, un señor usia que la hubiera acogido bajo su proteccion?

Fuera de que no puede menos que tener cuenta el dedicar un libro á algun grande ó rico señor; porque ¿quién ha de ser tan sinvergüenza que deje dedicarse una obra; desempolvar los huesos de sus abuelos; levantar testimonios á sus ascendientes; rastrear sus genealogías; enredarlos con los Pelayos y Guzmanes; mezclar su sangre con la de los reyes del Oriente; ponderar su ciencia aun cuando no sepa leer; preconizar sus virtudes, aunque no las conozca; separarlo enteramente de la comun masa de los hombres y divinizarlos en un abrir y cerrar de ojos? y por último, ¿quién sera, repetia yo al amigo, tan indolente, que viéndose lisongeado arros y abellos *ante faciem Populi*, y no menos que en letras de molde, se maneje con tanta mezquindad que no me costee la impresion, que no me consiga un buen destino, ó cuando todo turbio corra, que no me manifieste su gratitud con una docenita de onzas de oro para una capa, pues no merece menos el ímprobo trabajo de inmortalizar el nombre de un mecenas?

¿Y á quién piensas dedicarle tu obrera? me preguntó mi amigo. A aquel señor que yo considerase se atreviera á costearme la impresion. ¿Y á cuánto podran abordar sus costos? me dijo. A cuatro mil y ciento y tantos pesos por ahí, por ahí, ¡Santa Bárbara! exclamó mi amigo todo azorado.

¿Una obrera de cuatro tomitos en cuarto cuesta tanto? Sí amigo, le dije, y esta es una de las trabas mas formidables que han tenido y tendrán los talentos americanos, para no lucir como debieran en el teatro literario. Los grandes costos que tienen que lastarse en la impresion de unas obras abultadas en el reino, retraen á muchos de emprenderlas, considerando lo espuestos que están no solo á no lograr el premio de sus fatigas, sino tal vez á perder hasta su dinero, quedándose inéditas en los estantes muchas preciosidades que darian provecho al público y honor á sus autores.

Esta desgracia hace que no haya esportacion de ninguna obra impresa aquí; porque haz de cuenta que mi obrera ya impresa y encuadrada, tiene de costo por lo menos ocho ó diez pesos; pues, aunque fuera una obra de mérito, ¿cómo habia yo de mandar á España un cajon de ejemplares, cuando si aquí es cara, allí seria excesivamente cara? porque si á diez pesos de costos se agregaban otros dos ó tres de fletes, derechos y comision, ya deberia valer sobre trece pesos: para ganar algo en este comercio era preciso vender los ejemplares á quince ó diez y seis pesos, y entonces ¿quién la compraria allá?

¡Válgame Dios! dijo mi amigo; esa es una verdad: pero eso mismo debe retraerte de solicitar mecenas. ¿Quién ha de querer arriesgar su dinero para que imprimas tu obrera? Vamos: no seas tonto, guárdala ó qué mala, y no pienses en hallar proteccion, porque primero perderás el juicio.

Ya parece que veo que gastas el dinero que no tienes en hacer poner en limpio y con mucha curiosidad tus cuadernos; que echas el ojo para dedicarlos al conde H, creyendo que porque es

conde, que porque es rico, que porque es liberal, que porque gasta en un coche cuatro mil pesos, en un caballo quinientos, en un baile mil, en un juego cuanto quiere, admitirá benigno tu agasajo: te dará las gracias, te ofrecerá su proteccion, te facilitará la imprenta, ó te dará, cuando menos una buena galita como dijiste. Fiado en esto, vas á su casa, rastreas á sus parientes, indagas su origen, buscas en el diccionario de Morel alguna gran casa que tenga alusion con su apellido, lo encajas en ella quiera que no quiera: levantas mil testimonios á sus padres, lo haces descender de los Godos, y le metes en la cabeza que es de sangre real y pariente muy cercano de los *Sigericos*, *Torismandos*, *Theudiselos* y *Athangildos*; á bien que el no los conoció, ni nadie se ha de poner á averiguarlo. Ultimamente, y para decirlo de una vez y bien claro, trabajas cuanto puedas para hacerle una *barba* de primera clase; y ya concluida la deicatoria, vas muy fruncido y se la pones á sus plantas. Entonces el señor que ve aquel celemin de papel escrito, y que solo por no leerlo, si se lo mandaran, daría cualquier dinero, se rie de tu simpleza. Si está del mal humor, ó no te permite entrar á verlo, ó te echa noramala luego que penetra tu designio; pero si está de buenas, te da las gracias y te dice: que hagas lo que quieras de la deicatoria; pero que los insurgentes... que las guerras y las actuales críticas circunstancias no te permiten serte útil por entonces para nada.

Salas tu de allí todo mohino, pero no desesperado. Vas y acometes con las mismas diligencias al marqués de K, y te pasa lo mismo: ocurres al rico G, y te acontece lo propio: solicitas al canónigo T, idem; hasta que cansado de andar por todo el

alfabetó, y de trabajar inútilmente mil dedicatorias te aburres y desesperas, y das con tu pobre trabajo en una tienda de aceite y vinagre. Es gana hijo, los pobres no debemos ser escritores, ni emprender ninguna tarea que cueste dinero.

Cabizbajo estaba yo oyendo á mi amigo con de masiada confusion y tristeza; y luego que acabó le dije arrancando un suspiro de lo mas escondido de mi pecho: ¡ay hermano de mi alma! tú me has dado un desengaño, pero al mismo tiempo una gran pesadumbre. Si, tú me has abierto los ojos estrellándome en ellos una porcion de verdades que por desgracia son irrefragables; y lo peor es que todo ello pára en que yo pierdo mi trabajo; pues aunque soy limitado, y por lo mismo, de mis tareas no se puede esperar ninguna cosa sublime, sino bastante humilde y trivial, creeme, esta obrita me ha costado algun trabajo, y tanto mas, cuanto que soy un chambon, y la he trabajado sin herramienta.

Eso lo dirás por la falta de libros — Por eso lo digo; ya verás que esto ha multiplicado mis afanes; y será buen dolor que despues de desvelarme, de andar buscando un libro prestado por allí y otro por acullá, despues de tener que consultar esto, que indagar aquello, que escribir, que borrar algo &c., cuando yo esperaba socorrer de algun modo mis pobrerias con esta obrita, se me quede en el cuerpo por falta de proteccion... ¡voto á los diablos! mas valia que se me hubieran quedado treinta purgas y veinte lavativas... Calla, me dijo mi amigo, que yo te voy á proponer unos Mecenas que seguramente te costearán la impresion.

¡Ay hombre! ¿quiénes son? dije yo lleno de gusto. Los lectores, me respondió el amigo. ¿A quiénes con mas justicia debes dedicar tus tareas, si

no á los que leen las obras á costa de su dinero, pues ellos son los que costean la impresion y por lo mismo sus Mecenas mas seguros? Conque alienate, no seas bobo, dedicales á ellos tu trabajo y saldrás del cuidado.

Le dí las gracias á mi amigo; él se fue: yo tomé su consejo, y me propuse desde aquel momento dedicaros, Señores Lectores, la *vida* de tan mentado *Periquillo Sarmiento*, como lo hago.

Peró á usanza de las dedicatorias y á fuer de lisonjero ó agradecido, yo debo tributaros los mas dignos elogios, asegurado de que no se ofenderá vuestra modestia.

Y entrando al ancho campo de vuestros timbres y virtudes, ¿qué diré de vuestra ilustrísima cuna? sino que es la mas antigua y llena de felicidades en su origen, pues descendéis no menos que del primer monarca del universo.

¿Qué diré de vuestras gloriosas hazañas, sino que son tales, que son imponderables é insabibles?

¿Qué de vuestros títulos y dictados, sino que sois y podeis ser, no solo tú ni vos, sino usias, ilustrísimos, reverentísimos, excelentísimos y qué sé yo si eminentísimos, serenísimos, altezas y magestades? Y en virtud de esto ¿quién será bastante á ponderar vuestra grandeza y dignidad? ¿Quién elogiará dignamente vuestros méritos? ¿Quién podrá hacer ni aun el diseño de vuestra virtud y vuestra ciencia? ¿Ni quién, por último, podrá numerar los retumbantes apellidos de vuestras ilustres casas, ni las águilas, tigres, leones, perros y gatos que ocupan los cuarteles de vuestras armas?

Muy bien sé que descendéis de un ingrato, y que teneis relaciones de parentesco con los Cai-

nes fraticidas, con los idólatras Nabucos, con las prostitutas Dalilas, con los sacrilegos Baltasares, con los malditos Canes, con los traidores Judas, con los pérfidos Sinones, con los Cacos ladrones, con los hereges Arrios, y con una multitud de pícaros y pícaras que han vivido y aun viven en el mismo mundo que vosotros.

Sé que acaso sereis algunos plebeyos, indios, mulatos, negros, viciosos, tontos y majaderos.

Peró no me toca acordaros nada de esto, cuando trato de captar vuestra benevolencia y aficion á la obra que os dedico; ni menos trato de separarme un punto del camino trillado de mis maestros *los dedicadores*, á quienes observo desentenderse de los vicios y defectos de sus Mecenas, y acordarse solo de las virtudes y lustre que tienen para repetírselos y exagerárselos.

Esto es, ó serenísimos Lectores, lo que yo hago al dedicaros esta pequeña obrita que os ofrezco, como tributo debido á vuestros *reales*...méritos.

Dignaos, pues, acogerla favorablemente, comprando cada uno seis ó siete capítulos cada dia, (*) y suscribiéndoos por cinco ó seis ejemplares á lo menos, aunque despues os deis á Barrabás por haber empleado vuestro dinero en una cosa tan friona y fastidiosa; aunque me critiqueis de arriba abajo, y aunque hagais cartuchos ó servilletas con los libros; que como costeeis la impresion con algunos polvos de añadidura, jamás me arrepentiré de haber seguido el consejo de mi amigo; antes desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, os escojo y

(*) En la primera edicion salió la obra por capítulos sueltos.

elijo para únicos Mecenas y protectores de cuantos mamarrachos escribiere, llenándoos de alabanzas como ahora, y pidiendo á Dios que os guarde muchos años, os dé dinero, y os permita emplearlo en beneficio de los autores, impresores, papeleros, comerciantes, encuadernadores y demas dependientes de vuestro gusto.

Señores....&c.

Vuestro....&c.

El Pensador.

EL PROLOGO

DE

PERIQUILLO SARNIENTO.



Quando escribo mi vida, es solo con la sana intencion de que mis hijos se instruyan en las materias sobre que les hablo.

No quisiera que salieran estos cuadernos de sus manos, y asi se los encargo; pero como no sé si me obedecerán, ni si se les antojará andar prestándolos á éste y al otro, me veo precisado (para que no anden royendo mis podridos huesos, ni levantándome falsos testimonios) á hacer yo mismo, y sin fiarme de nadie, una especie de *Prólogo*; porque los prólogos son tapaboca de los necios y maliciosos, y al mismo tiempo son, como dijo no sé quien, unos remedios anticipados de los libros, y en virtud de

esto digo: que esta obrita no es para los sabios, porque estos no necesitan de mis pobres lecciones; pero sí puede ser útil para algunos muchachos que carezcan, tal vez, de mejores obras en que aprender, ó tambien para algunos jóvenes, ó no jóvenes, que sean amigos de leer novelitas y comedias; y como pueden faltarles ó no tenerlas á mano algun dia, no dejarán de entretenerse y pasar el rato con la lectura de mi vida descarriada.

En ella presento á mis hijos muchos de los escollos en donde mas frecuentemente se estrella la mocedad cuando no se sabe dirigir, ó desprecia los avisos de los pilotos experimentados.

Si les manifiesto mis vicios no es por lisonjearme de haberlos contraido, sino por enseñarles á que los huyan, pintándoles su deformidad; y del mismo modo, cuando les refiero tal cual accion buena que he practicado, no es por engrandearme su aplauso, sino por enamorarlos de la virtud.

Por iguales razones espongo á su vista y á su consideracion vicios y virtudes de diferentes personas con quienes

he tratado, debiendo persuadirse á que casi todos cuantos pasages refiero son ciertos, y nada tienen de disimulado ó fingido sino los nombres, que los he procurado disfrazar por respeto á las familias que hoy viven.

Pero no por esto juzgue ninguno que yo lo retrato: hagan cuenta enhorabuena que no ha pasado nada de cuanto digo, y que todo es ficcion de mi fantasía; yo les perdonaré de buena gana el que duden de mi verdad, con tal que no me calumnien de un satírico mordaz. Si se halla en mi obrita alguna sátira picante, no es mi intencion zaherir con ella mas que al vicio, dejando inunes las personas segun el amigo Marcial

*Hunc servare modum nostri novere libeli:
Parcere personis, dicere de vitiis.*

Así, pues, no hay que pensar que cuando hablo de algun vicio, retrato á persona alguna, ni aun con el pensamiento, porque el único que tengo es de que deteste el tal vicio la persona que lo tenga, sea cual fuere, y hasta aquí nada le hallo á esta práctica ni á este deseo de reprehensible. Mucho menos

que no escribo para todos, sino solo para mis hijos que son los que mas me interesan, y á quienes tengo obligacion de enseñar.

Pero aun cuando todo el mundo lea mi obra, nadie tiene que mosquearse cuando vea pintado el vicio que comete, ni atribuir entonces á malicia mia lo que en la realidad es perversidad suya.

Este modo de criticar ó por mejor decir de murmurar á los autores, es muy antiguo, y siempre ejercitado por los malos. El Padre S. Gerónimo se quejaba de él, por las imposturas de Onaso, á quien decia: *si yo hablo de los que tienen las narices podridas y hablan gangoso, ¿por qué habeis de reclamar luego, y decir que lo he dicho por vos?*

De la misma manera digo: si en esta mi obrita hablo de los malos jueces, de los escribanos *criminalistas*, de los abogados *embrolladores*, de los médicos *desaplicados*, de los padres de familia *indolentes* &c. &c., ¿por qué al momento han de saltar contra mí los jueces, escribanos, letrados, médicos y demas, diciendo que hablo mal de ellos, ó de sus facultades? Esto será una in-

justicia y una bobería, pues el que se queja, algo le duele, y en este caso, mejor es no darse por entendido, que acusarse, sin que haya quien le pregunte por el pie de que cojean.

Comencé al principio á mezclar en mi obrilla algunas sentencias y versos latinos; y sin embargo de que los doy traducidos á nuestro idioma, he procurado economizarlos en lo restante de mi dicha obra; porque pregunté sobre esto al señor Muratori, y me dijo que *los latines son los tropezones de los libros* para los que no los entienden.

El método y el estilo que observo en lo que escribo, es el mio natural, y el que menos trabajo me ha costado, satisfecho de que la mejor elocuencia es la que mas persuade, y la que se conforma mas naturalmente con la clase de la obra que se trabaja.

No dudo que asi por mi escaso talento, como por haber escrito casi *corrente cálamo*, abundará la presente en mil defectos, que darán materia para ejercitarse la crítica menos escrupulosa. Si asi fuere, yo prometo escuchar á los sabios con resignacion agradeciénd-

doles sus lecciones á pesar de mi amor propio, que no quisiera dar obra alguna que no mereciera las mas generales alabanzas; aunque este sinsabor me endulza saber que pocas obras habrá en el orbe literario que carezcan de lunares en medio de sus mas resplandecientes bellezas. En el astro mas luminoso que nos vivifica, encuentran manchas los astrónomos.

En fin, tengo un consuelo, y es que mis escritos precisamente agradarán á mis hijos para quienes, en primer lugar los trabajé; si á los demas no les acomodaré, sentiré que la obra no corresponda á mis deseos, pudiendo decir á cada uno de mis Lectores lo que Ovidio á su amigo Pison: Si mis escritos no merecen tu alabanza, á lo menos yo quise que fueran dignos de ella. De esta buena intencion me lisongo, que no de mi obra.

*Quod si digna tua minus est mea pagina laude,
At voluisse sat est: animum non carmina jacto.*

ADVERTENCIAS GENERALES

A LOS LECTORES.

Estamos entendidos de que no es uso adornar con notas ni testos esta clase de obras romancescas, en las que debe tener mas parte la accion que la moralidad esplicada, no siendo ademas susceptibles de una frecuente erudicion; pero como la idea de nuestro autor no solo fue contar su vida, sino instruir quanto pudiera á sus hijos, de ahí es que no escasea las digresiones que le parecen oportunas en el discurso de su obra, aunque [á mi parecer] no son muy repetidas, inconexas ni enfadosas.

Yo, coincidiendo con su modo de pensar, y en obsequio de la amistad que le profesé, he procurado ilustrarla con algunas que pienso concurren á su misma intencion. Al propio tiempo, para ahorrar á los lectores me-

nos instruidos los tropezones de los latines, como él recuerda, dejó la traduccion castellana en su lugar, y unas veces pongo el testo original entre las notas: otras solo las citas, y algunas veces lo omito enteramente. De manera, que el lector en romance nada tiene que interrumpir con la secuela de la lectura, y el lector latino acaso se agrada de leer lo mismo en su idioma original.


Periquillo, sin embargo de la economia que ofrece, no deja de corroborar sus opiniones con la doctrina de los poetas y filósofos paganos.

En uso de las facultades que él me dió para que corrigiera, quitára ó añadiera lo que me pareciera en su obrita, pude haberle suprimido todos los testos y autoridades dichas; pero cuando balallaba con la duda de lo que debia de hacer, lei un párrafo del eruditísimo Jamín que vino á mi propósito, y dice así: „He sacado mis reflexiones de los filósofos profanos, sin omitir tampoco el testimonio de los poetas, persuadido á que el testimonio de estos . . . aunque voluptuosos por lo comun, establecia la severidad de las costumbres de un modo más fuerte y victorioso que el de los filósofos, de

quienes hay motivo de sospechar, que sola la vanidad les ha movido á establecer la austeridad de sus máximas en el seno de una religion supersticiosa, que al mismo tiempo lisongeaba todas las pasiones. En efecto, al oír á un escritor voluptuoso hablar con elogio de la pureza de las costumbres, se evidenciará que únicamente la fuerza de la verdad ha podido arrancar de su boca tan brillante testimonio.”


Hasta aquí el célebre autor citado, en el párrafo XX del prefacio, á su libro titulado: El fruto de mis lecturas. Ahora digo: si un jóven voluptuoso, ó un viejo apelmazado con los vicios ve estos mismos reprendidos, y las virtudes contrarias elogiadas, no en boca de los Anacoretas y Padres del Yermo, sino en la de unos hombres sin religion perfecta, sin virtud sólida, y sin la luz del evangelio, ¿no es preciso que forme un concepto muy ventajoso de las virtudes morales? ¿no es creible que se avergüence al ver reprendidos y ridiculizados sus vicios, no ya por los Pablos, Crisóstomos, Agustinos ni demas padres ni doctores de la iglesia, sino por los Horacios, Juvenales, Sénecas, Plutarros y otros ciegos semejantes del paganismo? Y el amor á la sana mo-

22
ral, ó el aborrecimiento al vicio que produce el testimonio de los autores gentiles, ¿no debe ser de un interes recomendable, así para los lectores como para la misma sociedad? A mí á lo menos, así me lo parece, y por tanto no he querido omitir las autoridades de que hablamos.



VIDA Y HECHOS
DE
PERIQUILLO SARNIENTO.

ESCRITA POR ÉL PARA SUS HIJOS.

——
CAPITULO I.

Comienza Periquillo escribiendo el motivo que tuvo para dejar á sus hijos estos cuadernos, y da razón de sus padres, pátria, nacimiento y demas ocurrencias de su infancia.

Postrado en una cama muchos meses hace, batallando con los médicos y enfermedades, y esperando con resignacion el dia en que, cumplido el órden de la divina Providencia háyais de cerrar mis ojos, queridos hijos míos, he pensado dejaros escritos los nada raros sucesos de mi vida, para que os sepais guardar y precaver de muchos de los peligros que amenazan, y aun lastiman al hombre en el discurso de sus dias.

Deseo que en esta lectura aprendais á de sechar muchos errores que notareis admitidos por mí y por otros, y que prevenidos con mis lecciones, no os espongais á sufrir los malos

tratamientos que yo he sufrido por mi culpa; satisfechos de que mejor es aprovechar el desengaño en las cabezas ajenas que en la propia.

Os suplico encarecidamente que no os escandaliceis con los extravíos de mi mocedad, que os contaré sin rebozo, y con bastante confusión; pues mi deseo es instruiros y alejaros de los escollos donde tantas veces se estrelló mi juventud, y á cuyo mismo peligro que-
dais espuestos.

No creais que la lectura de mi vida os será demasiado fastidiosa, pues como yo sé bien que la variedad deleita el entendimiento, procuraré evitar aquella monotonía ó igualdad de estilo, que regularmente enfada á los lectores. Así es, que unas veces me advertiréis tan serio y sentencioso como un Caton; y otras tan trivial y bufon como un Bertoldo. Ya leeréis en mis discursos, retazos de erudicion y rasgos de elocuencia; y ya vereis seguido un estilo popular mezclado con los refranes y parruchadas del vulgo.

Tambien os prometo, que todo esto será sin afectacion ni pedantismo; sino segun me ocurra á la memoria, de donde pasará luego al papel, cuyo método me parece el mas análogo con nuestra natural veleidad.

Ultimamente, os mando y encargo, que estos cuadernos no salgan de vuestras manos, porque no se hagan el objeto de la maledicencia de los necios ó de los inmorales; pero si teneis la debilidad de prestarlos alguna

vez, os suplico no los presteis á esos señores, ni á las viejas hipócritas, ni á los curas interesables, y que saben hacer negocio con sus feligreses vivos y muertos, ni á los médicos y abogados chapuceros, ni á los escribanos, agentes, relatores y procuradores ladrones, ni á los comerciantes usureros, ni á los albaceas herederos, ni á los padres y madres indolentes en la educacion de su familia, ni á las beatas necias y supersticiosas, ni á los jueces venales, ni á los corchetes pícaros, ni á los alcaldes tiranos, ni á los poetas y escritores remendones como yo, ni á los oficiales de la guerra y soldados fanfarrones y hazañeros, ni á los ricos avaros, necios, soberbios y tiranos de los hombres, ni á los pobres que lo son por flojera, inutilidad ó mala conducta, ni á los mendígos fingidos; ni los presteis tampoco á las muchachas que se alquilan, ni á las mozas que se corren, ni á las viejas que se afeitan, ni...pero va larga esta lista. Basta deciros, que no los presteis ni por un minuto á ninguno de cuantos advirtiereis que les tocan las generales en lo que leyeren; pues sin embargo de lo que asiento en mi prólogo, al momento que vean sus interiores retratados por mi pluma, y al punto que lean alguna opinion, que para ellos sea nueva ó no conforme con sus extraviadas ó depravadas ideas, á ese mismo instante me calificarán de un necio, harán que se escandalizan de mis discursos, y aun habrá quien pretenda quizá

que soy herege, y tratará de delatarme por tal aunque ya esté convertido en polvo. ¡Tanta es la fuerza de la malicia, de la preocupación ó la ignorancia!

Por tanto, ó leed para vosotros solos mis cuadernos, ó en caso de prestarlos sea únicamente á los verdaderos hombres de bien, pues estos, aunque como frágiles yerren ó hayan errado, conocerán el peso de la verdad sin darse por agraviados, advirtiéndome que no hablo con ninguno determinadamente, sino con todos los que traspasan los límites de la justicia; mas á los primeros (si al fin leyeren mi obra) cuando se incomoden ó se burlen de ella, podreis decirles con satisfacción de que quedarán corridos: ¿de qué te alteras? ¿qué mofas, si con distinto nombre de tí habla la vida de este hombre desreglado? (*)

Hijos míos: despues de mi muerte leereis por primera vez estos escritos. Dirigid entonces vuestros votos por mí al trono de las misericordias: escarmentad en mis locuras: no os dejéis seducir por las falsedades de los hombres: aprended las máximas que os enseño, acordandoos que las aprendí á costa de muy dolorosas esperiencias: jamás alabeis mi obra, pues ha tenido mas parte en ella el deseo de aprovecharos; y empapados en estas consideraciones, comenzad á leer.

[*] *Quid rides? mutato nomine, de te fabella narratur.*

MI PATRIA, PADRES, NACIMIENTO Y PRIMERA

EDUCACION.

Nací en México, capital de la América Septentrional, en la N. E.... Ningunos elogios serian bastantes en mi boca para dedicarlos á mi cara pátria; pero, por serlo, ningunos mas sospechosos. Los que la habitan y los estrangeros que la han visto, pueden hacer su panegiris mas creible, pues no tienen el estorbo de la parcialidad, cuya lente de aumento puede á veces disfrazar los defectos, ó poner en grande las ventajas de la pátria aun á los mismos naturales; y así, dejando la descripción de México para los curiosos imparciales, digo: que nací en esta rica y populosa ciudad por los años de 1775, de unos padres no opulentos, pero no constituidos en la miseria: al mismo tiempo que eran de una limpia sangre, la hacian lucir y conocer por su virtud. ¡O si siempre los hijos siguieran constantemente los buenos ejemplos de sus padres!

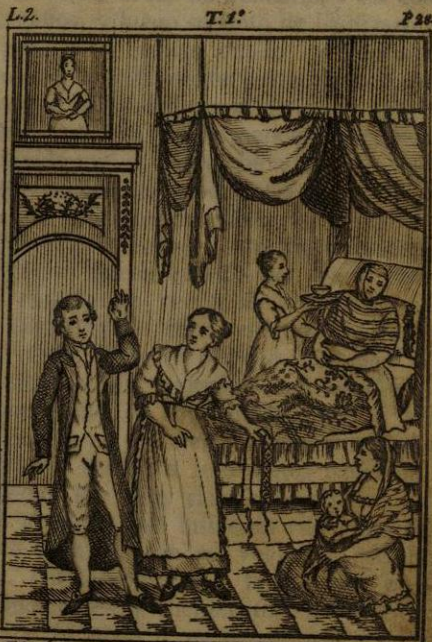
Luego que nací, despues de las lavadas y demas diligencias de aquella hora, mis tias, mis abuelas y otras viejas del antiguo cuño querian amarrarme las manos, y fajarne ó liarne como un cohete, alegando, que si me las dejaban sueltas, estaba yo propenso á espartarme, á ser muy *manilargo* de grande, y por último, y como la razon de mas peso y el ar-

gumento mas incontrastable, decian, que este era el modo con que á ellas las habian criado, y que por tanto, era el mejor y el que se debia seguir como mas seguro, sin meterse á disputar para nada del asunto; porque los viejos eran en todo mas sábios que los del dia, y pues ellos amarraban las manos á sus hijos, se debia seguir su ejemplo á ojos cerrados.

A seguida, sacaron de un canastito una cinta de liston que llamaban *faja de dijes*, guarnecida con *manitas de azabache*, el *ojo del venado*, *colmillo de caimán* y otras baratijas de esta clase, dizque para engalanarme con estas reliquias del supersticioso paganismo el mismo dia que se habia señalado para que en boca de mis padrinos fuera yo á profesar la fe y santa religion de Jesucristo.

¡Válgame Dios cuánto tuvo mi padre que batallar con las preocupaciones de las benditas viejas! ¡Cuánta saliva no gastó para hacerles ver que era una quimera y un absurdo pernicioso el liar y atar las manos á las criaturas! ¡Y qué trabajo no le costó persuadir á estas ancianas inocentes á que el azabache, el hueso, la piedra, ni otros amuletos de esta ni ninguna clase, no tienen virtud alguna contra el aire, rábia, mal de ojo, y semejantes faramallas!

Así me lo contó su merced muchas veces, como tambien el trunfo que logró de todas ellas, que á fuerza ó de grado accedieron á



¡Válgame Dios cuánto tuvo mi padre que batallar con las preocupaciones de las benditas viejas!

no aprisionarme, á no adornarme sino con un rosario, la santa cruz, un relicario, y los cuatro evangelios, y luego se trató de bautizarme.

Mis padres ya habian citado los padrinos, y no pobres, sencillamente persuadidos á que en el caso de horfandad me servirian de apoyo.

Tenian los pobres viejos menos conocimiento de mundo que el que yo he adquirido, pues tengo muy profunda esperiencia de que los mas de los padrinos no saben las obligaciones que contraen respecto de los ahijados, y asi creen que hacen mucho con darles medio real cuando los ven, y si sus padres mueren, se acuerdan de ellos como si nunca los hubieran visto. Bien es verdad, que hay algunos padrinos que cumplen con su obligacion esactamente, y aun se anticipan á sus propios padres en proteger y educar á sus ahijados. ¡Gloria eterna á semejantes padrinos!

En efecto, los míos ricos me sirvieron tanto como si jamás me hubieran visto; bastante motivo para que no me vuelva á acordar de ellos. Ciertamente que fueron tan mezquinos, indolentes y mentecatos, que por lo que toca á lo poco ó nada que les debí ni de chico ni de grande, parece que mis padres los fueron á escojer de los mas miserables del hospicio de pobres. Reniego de semejantes padrinos, y mas reniego de los padres que *haciendo comercio del Sacramento del Bautismo*, no solicitan padrinos virtuosos y honrados, sino que posponen éstos á los

compadres ricos ó de rango, ó ya por el rastrero interes de que les den alguna friolera á la hora del bautismo, ó ya néciamente confiados en que quizá, pues, por una contingencia ó estravagancia del orden ó desórden comun, serán útiles á sus hijos despues de sus días. Perdonad, pedazos mios, estas digresiones que rebozan naturalmente de mi pluma, y no serán muy de tarde en tarde en el discurso de mi obra.

Bautizáronme, por fin, y pusiéronme por nombre *Pedro*, llevando despues, como es uso, el apellido de mi padre, que era *Sarmiento*.

Mi madre era bonita, y mi padre la amaba con estremo: con esto, y con la persuasion de mis discretas tias, se determinó *nemine discrepante*, á darme nodriza ó chichigua, como acá decimos.

¡Ay hijos! Si os casareis algun dia y tuviéreis sucesion, no la encomendeis á los cuidados mercenarios de esta clase de gentes; lo uno, porque regularmente son abandonadas, y al menor descuido son causa de que se enfermen los niños; pues como no los aman, y solo los alimentan por su mercenario interes, no se guardan de hacer cóleras, de comer mil cosas que dañan su salud, y de consiguiendo la de las criaturas que se les confian, ni de cometer otros excesos perjudiciales, que no digo por no ofender vuestra modestia; y lo otro, porque es una cosa que escandaliza á la naturaleza que una madre racional ha-

ga lo que no hace una burra, una gata, una perra, ni ninguna hembra puramente animal y destituida de razon.

¿Cuál de éstas fia el cuidado de sus hijos á otro bruto, ni aun al hombre mismo? ¡Y el hombre dotado de razon ha de atropellar las leyes de la naturaleza, y abandonar á sus hijos en los brazos alquilados de cualquiera india, negra ó blanca, sana ó enferma, de buenas ó depravadas costumbres, puesto que en teniendo leche, de nada mas se informan los padres, con escándalo de la perra, de la gata, de la burra y de todas las madres irracionales!

¡Ah! Si estas pobres criaturas de quienes hablo, tuvieran sindéresis, al instante que se vieran las inocentes abandonadas de sus madres, cómo dirian llenas de dolor y entusiasmo: mugeres crueles, ¿por qué teneis el descaro y la insolencia de llamaros madres? ¿conoceis acaso, la alta dignidad de una madre? ¿sabeis las señales que la caracterizan? ¿habéis atendido alguna vez los afanes que le cuesta á una gallina la conservacion de sus pollitos? ¡Ah! No. Vosotras nos concebisteis por apetito, nos paristeis por necesidad, nos llamais hijos por costumbre, nos acariciáis tal cual vez por cumplimiento, y nos abandonais por un demasiado amor propio ó por una execrable lujuria. Sí, nos avergonzamos de decirlo; pero señalad con verdad, si os atreveis, la causa porque os somos fastidiosos. A excepcion de un caso gravísimo en que se in-

terese vuestra salud, y cuya certidumbre es preciso que la autorice un médico sabio, virtuoso y no forjado á vuestro gusto, decidnos: ¿os mueven á este abandono otros motivos mas paliados que el de no enfermaros y aniquilar vuestra hermosura?

Ciertamente no son otros vuestros criminales pretextos, madres crueles, indignas de tan amable nombre; ya conocemos el amor que nos teneis, ya sabemos que nos sufristeis en vuestro vientre por la fuerza, y ya nos juzgamos desobligados del precepto de la gratitud; pues apenas podeis, nos arrojais en los brazos de una estraña, cosa que no hace el bruto mas atroz. Asi se produjeran estos pobrecillos si tuvieran espeditos los usos de la razon y de la lengua.

Quedé, pues, encomendado al cuidado ó descuido de mi chichigua, quien seguramente carecia de buen natural, esto es, de un espíritu bien formado; porque si es cierto que los primeros alimentos que nos nutren, nos hacen adquirir alguna propiedad de quien nos los ministra; de suerte que el niño á quien ha criado una cabra no será mucho que salga demasiado travieso y saltador como se ha visto; si es cierto esto, digo: que mi primera nodriza era de un genio maldito, segun que yo salí de mal intencionado, y mucho mas cuando no fue una sola la que me dió sus pechos, sino hoy una, mañana otra, pasado mañana otra, y todas, ó las mas, á cual peores:

porque la que no era borracha, era golosa: la que no era golosa, estaba gálica: la que no tenia este mal, tenia otro; y la que estaba sana, derrepente resultaba en cinta, y esto era por lo que toca á las enfermedades del cuerpo, que por lo que toca á las del espíritu, rara seria la que estaria aliviada. Si las madres advirtieran, á lo menos, estas resultas de su abandono, quizá no fueran tan indolentes con sus hijos.

No solo consiguieron mis padres hacerme un mal genio con su abandono, sino tambien enfermizo con su cuidado. Mis nodrizas comenzaron á debilitar mi salud, y hacerme resabido, soberbio é impertinente con sus desarreglos y descuidos, y mis padres la acabaron de destruir con su prolijo y mal entendido cuidado y cariño; porque luego que me quitaron el pecho, que no costó poco trabajo, se trató de criarme demasiado regalado y delicado; pero siempre sin direccion ni tino.

Es menester que sepais, hijos míos, (por si no os lo he dicho) que mi padre era de mucho juicio, nada vulgar, y por lo mismo se oponia á todas las candideces de mi madre; pero algunas veces, por no decir las mas, flaqueaba en cuanto la veia afligirse ó incomodarse demasiado, y ésta fue la causa porque yo me crié entre bien y mal, no solo con perjuicio de mi educacion moral, sino tambien de mi constitucion fisica.

Bastaba que yo manifestára deseo de algu-

na cosa, para que mi madre hiciera por ponerme en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: queria yo su rosario, el dedal con que cosia, un dulcesito que otro niño de casa tuviera en la mano, ó cosa semejante, se me habia de dar en el instante, y cuenta como se me negaba, porque aturdia yo el barrio á gritos, y como me enseñaron á darme cuanto gusto queria porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto.

Si alguna criada me incomodaba, hacia mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto no era otra cosa que enseñarme á soberbio y vengativo.

Me daban de comer cuanto queria, indistintamente á todas horas, sin orden ni regla en la cantidad y calidad de los alimentos, y con tan bonito método lograron verme dentro de pocos meses cursiento, barrigon y descolorido.

Yo, á mas de esto, dormia hasta las quinientas, y cuando me despertaban, me vestian y envolvian como un tamal de pies á cabeza; de manera, que segun me contaron, yo jamás me levantaba de la cama sin zapatos, ni salia del jonuco sin la cabeza entrapajada. A mas de esto, aunque mis padres eran pobres, no tanto que carecieran de proporciones para no tener sus vidrieritas: teníanlas en efecto, y yo no era dueño de salir al corredor ó al balcon sino por un raro accidente,

y eso ya entrado el dia. Me economizaban los baños terriblemente, y cuando me bañaban por campanada de vacante, era en la recámara muy abrigada y con una agua bien caliente.

De esta suerte fue mi primera educacion fisica; ¿y qué podia resultar de la observancia de tantas preocupaciones juntas, sino el criarme demasiado débil y enfermizo? Como jamás, ó pocas veces me franqueaban el aire, ni mi cuerpo estaba acostumbrado á recibir sus saludables impresiones, al menor descuido las estrañaba mi naturaleza, y ya á los dos y tres años padecia catarros y costipados con frecuencia, lo que me hizo medio raquíico. ¡Ah! no saben las madres el daño que hacen á sus hijos con semejante método de vida. Se debe acostumbrar á los niños á comer lo menos que puedan, y alimentos de fácil digestion proporcionados á la tierna elasticidad de sus estómagos: deben familiarizarlos con el aire y demas intemperies, hacerlos levantar á una hora regular, andar descalzos, con la cabeza sin pañuelos ni aforros, vestir sin ligaduras para que sus fluidos corran sin embarazo, dejarlos travesear cuanto quieran, y siempre que se pueda al aire fresco, para que se agiliten y robustezcan sus nervieillos, y por fin, hacerlos bañar con frecuencia, y si es posible en agua fria, ó cuando no, tibia ó quebrantada, como dicen. Es increíble el beneficio que resultaria á los niños con este plan de vida.

Todos los médicos sábios lo encargan, y en México ya lo vemos observado por muchos señores de proporciones y despreocupados, y ya notamos en las calles multitud de niños de ambos sexos vestidos muy sencillamente, con sus cabecitas al aire, y sin mas abrigo en las piernas que el túnico ó pantaloncito flojo. ¡Quiera Dios que se haga general esta moda para que las criaturas logren ser hombres robustos y útiles por esta parte á la sociedad!

Otra candidez tuvo la pobrecita de mi madre, y fue llenarme la fantasía de *cocos*, *viejos* y *macacos*, con cuyos extravagantes nombres me intimidaba cuando estaba enojada y yo no queria callar, dormir ó cosa semejante. Esta corruptela me formó un espíritu cobarde y afeminado, de manera que aun ya de ocho ó diez años, yo no podia oír un ruido á media noche sin espantarme, ni ver un bulto que no distinguiera, ni un entierro, ni entrar en un cuarto oscuro, porque todo me pavorizaba; y aunque no creía entonces en el *coco*, pero si estaba persuadido de que los muertos se aparecian á los vivos cada rato, que los diablos salian á rasguñarnos y apretarnos el pescuezo con la cola cada vez que estaban para ello, que habia bultos que se nos echaban encima, que andaban las ánimas en penas mendigando nuestros sufragios, y creía otras majaderías de esta clase, mas que los articulos de la fe. ¡Gracias á un puñado de viejas necias que ó ya en clase de criadas ó de

visitas procuraban entretener al niño con cuentos de sus espantos, visiones y apariciones intolerables! ¡Ah! ¡qué daño me hicieron estas viejas! ¡de cuántas supersticiones llenaron mi cabeza! ¡Qué concepto tan injurioso formé entonces de la divinidad, y cuán ventajoso y respetable ácia los diablos y los muertos! Si os casareis, hijos míos, no permitais á los vuestros que se familiaricen con estas viejas supersticiosas, á quienes yo vea quemadas con todas sus fábulas y emblecos antes de mis días: ni les permitais tampoco, las pláticas y sociedades con gente idiota, pues lejos de enseñarles alguna cosa de provecho, los imbuirán en mil errores y necedades que se pegan á nuestra imaginacion mas que unas garrapatas, pues en la edad pueril aprenden los niños lo bueno y lo malo con la mayor tenacidad, y en la adulta, tal vez no bastan ni los libros ni los sábios para desimpresionarlos de aquellos primeros errores con que se nutrió su espíritu.

De aqui proviene, que todos los dias vemos hombres en quienes respetamos alguna autoridad ó carácter, y en quienes reconocemos bastante talento y estudio; y sin embargo los notamos caprichosamente adheridos á ciertas vulgaridades ridiculas, y lo peor es, que están mas aferrados á ellas que el codicioso Creso á sus tesoros; y asi suelen morir abrazados con sus envejecidas ignorancias; siendo esto como natural, pues como dijo Horacio:

la vasija guarda por mucho tiempo el olor del primer aroma en que se infurtió cuando nueva. []*

Mi padre era, como he dicho, un hombre muy juicioso y muy prudente: siempre se incomodaba con estas boberías: era demasiadamente opuesto á ellas; pero amaba á mi madre con extremo, y este excesivo amor era causa de que por no darle pesadumbre, sufriera y tolerara, á su pesar, casi todas sus extravagantes ideas, y permitiera, sin mala intencion, que mi madre y mis tias se conjurasen en mi daño. ¡Válgame Dios, y que consentido y mal criado me educaron! ¿A mí negarme lo que pedia, aunque fuera una cosa ilícita en mi edad ó perniciosa á mi salud? era imposible; ¿reñirme por mis primeras groserias? de ningun modo; ¿refrenar los ímpetus primeros de mis pasiones? nunca. Todo lo contrario. Mis venganzas, mis glotonerías, mis necedades y todas mis boberas pasaban por gracias propias de la edad, como si la edad primera no fuera la mas propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor.

Todos disculpaban mis estravios y canonicaban mis toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de *déjelo usted: es niño: es propio de su edad: no sabe lo que hace: cómo ha de comenzar por donde nosotros acaba-*

(*) *Quo semel est imbuta recens servavit odorem testa diu.....*

Horat. lib. 1. Ep, ad Lolium.

mos? y otras tonteras de este jaez, con cuyas indulgencias se pervertia mas mi madre, y mi padre tenia que ceder á su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mugeres, especialmente acerca de la crianza ó educacion de sus hijos!

Finalmente, asi viví en mi casa los seis años primeros que vi el mundo. Es decir: viví como un mero animal, sin saber lo que me importaba saber, y no ignorando mucho de lo que me convenia ignorar.

Llegó por fin el plazo de separarme de casa por algunos ratos, quiero decir: me pusieron á la escuela, y en ella ni logré saber lo que debia, y supe, como siempre, lo que nunca habia de haber sabido, y todo esto por la irreflexiva disposicion de mi querida madre; pero los acaecimientos de esta época, os los escribiré en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

En el que Periquillo da razon de su ingreso á la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer, ó las preguntare.

Hizo sus mohinas mi padre, sus pucheritas mi madre, y yo un monton de alaracas, y berinches revueltos con mil lágrimas y gritos; pero nada valió para que mi padre revoca-

ra su decreto. Me encajaron en la escuela mal de mi grado.

El maestro era muy hombre de bien; pero no tenia los requisitos necesarios para el caso. En primer lugar, era un pobre, y emprendió este ejercicio por mera necesidad, y sin consultar su inclinacion y habilidad; no era mucho que estuviera disgustado como estaba, y aun avergonzado en el destino.

Los hombres creen (no sé por qué) que los muchachos por serlo, no se entretienen en escuchar sus conversaciones ni las comprenden; y fiados en este error, no se cuidan de hablar delante de ellos muchas cosas que alguna vez les salen á la cara, y entonces conocen que los niños son muy curiosos, fisgones y observativos.

Yo era uno de tantos, y cumplia con mis deberes esactamente. Me sentaba mi maestro junto á si, ya por especial recomendacion de mi padre, ó ya porque era yo el mas bien tratadito de ropa que habia entre sus alumnos.

No sé que tiene un buen exterior que se respeta hasta en los muchachos.

Con esta inmediacion á su persona no perdía yo palabra de cuantas proferia con sus amigos. Una vez le oí decir platicando con uno de ellos: „solo la maldita pobreza me puede haber metido á escuelero; ya no tengo vida con tanto muchacho condenado; ¡qué traviesos que son y que tontos! por mas que ¡hago, no puedo ver uno aprovechado. ¡Ah,

„fucha en el oficio tan maldito! ¡Sobre que ser „maestro de escuela es la última droga que „se le puede hacer al diablo!... Asi se producía mi buen maestro, y por sus palabras conoceréis el candor de su corazon, su poco talento y el concepto tan vil que tenia formado de un ejercicio tan noble y recomendable por sí mismo, pues el enseñar y dirigir la juventud es un cargo de muy alta dignidad, y por eso los reyes y los gobiernos han colmado de honores y privilegios á los sabios profesores; pero mi pobre maestro ignoraba todo esto, y así no era mucho que formara tan vil concepto, de una tan honrada profesion.

En segundo lugar, carecia, como dije, de disposicion para ella, ó de lo que se dice genio. Tenia un corazon muy sensible, le era repugnante el afligir á nadie, y este suave caracter lo hacia ser demasiado indulgente con sus discípulos. Rara vez los reñía con aspreza, y mas rara los castigaba. La palmeta y disciplina tenían poco que hacer por su dictamen; con esto los muchachos estaban en sus glorias, y yo entre ellos, porque hacíamos lo que se nos antojaba impunemente.

Ya ustedes verán, hijos míos, que este hombre, aunque bueno de por sí, era malísimo para maestro y padre de familias; pues así como no se debe andar todo el dia sobre los niños con el azote en la mano como comitre de presidio; así tampoco se les debe levantar del todo. Bueno es que el castigo sea

de tarde en tarde, que sea moderado, que no tenga visos de venganza, que sea proporcionado al delito, y siempre despues de haber probado todos los medios de la suavidad y la dulzura para la enmienda; pero si estos no valen, es muy bueno usar del rigor, segun la edad, la malicia y condicion del niño. No digo que los padres y maestros sean unos tiranos, pero tampoco unos apoyos ó consentidores de sus hijos ó encargados. Platon decia, *que no siempre se han de refrenar las pasiones de los niños con la severidad, ni siempre se han de acostumar á los mimos y caricias.*

(*) La prudencia consiste en poner medio entre los extremos.

Por otra parte, mi maestro carecia de toda la habilidad que se requiere para desempeñar este título. Sabia leer y escribir, cuando mas, para entender y darse á entender; pero no para enseñar. No todos los que leen, saben leer. Hay muchos modos de leer, segun los estilos de las escrituras. No se han de leer las oraciones de Ciceron como los anales de Tácito, ni el panegirico de Plinio como las comedias de Moreto. Quiero decir, que el que lee debe saber distinguir los estilos en que se escribe, para animar con su tono la lectura, y entonces manifestará que entiende lo que lee, y que sabe leer.

(*) Lib. VII de legibus.

Muchos creen que leer bien consiste en leer aprisa, y con tal método hablan mil disparates. Otros piensan (y son los mas) que en leyendo conforme la ortografia con que se escribe, quedan perfectamente. Otros leen así, pero escuchándose y con tal pausa, que molestan á los que los atienden. Otros por fin, leen todo género de escritos con mucha afectacion, pero con cierta monotonía ó igualdad de tono que fastidia. Estos son los modos mas comunes de leer, y vosotros, ireis experimentando mi verdad, y vereis que no son los buenos lectores tan comunes como parece.

Quando oyereis á uno que lee un sermón como quien predica, una historia como quien refiere, una comedia como quien representa, &c. de suerte que si cerrais los ojos os parece que estais oyendo á un orador en el púlpito, á un individuo en un estrado, á un cómico en un teatro, &c., decid: éste sí lee bien; mas si escuchais á uno que lee con sonsonete, ó mascando las palabras, ó atropellando los renglones, ó con una misma modulacion de voz; de manera que lo mismo lea *las noches de Young* que *el todo fiel cristiano* del catecismo, decid sin el menor escrúpulo, fulano no sabe leer, como lo digo ahora de mi primer maestro. Ya se ve, era de los que delectaban c, á ca: c, e, que: c, i, qui, &c. ¿qué se podia esperar?

Y si esto era por lo tocante á leer, por

lo que respecta á escribir, ¿qué tal sería? tantito peor, y no podia ser de otra suerte; porque sobre cimientos falsos no se levantan jamás fábricas firmes.

Es verdad que tenia su tintura en aquella parte de la escritura que se llama *calografía*; porque sabia lo que eran trazos, finales, perfiles, distancias, proporciones, &c., en una palabra, pintaba muy bonitas letras; pero en esto de *ortografía* no habia nada. El adornaba sus escritos con puntos, comas, interrogaciones y demas señales de éstas; mas sin orden, método, ni instruccion; con esto salian algunas cosas tuyas tan ridiculas, que mejor le hubiera sido no haberlas puesto ni una coma. El que se mete á hacer lo que no entiende, acertará una vez, como el burro que tocó la flauta *por casualidad*; pero las mas ocasiones echará á perder todo lo que haga, como le sucedia á mi maestro en ese particular, que donde habia de poner dos puntos ponía coma; en donde ésta tenia lugar, la omitia; y donde debia poner dos puntos, solia poner punto final: razon clara para conocer desde luego que erraba cuanto escribia; y no hubiera sido lo peor que solo hubieran resultado disparates ridículos de su maldita puntuacion; pero algunas veces salian unas blasfemias escandalosas.

Tenia una hermosa imagen de la Concepcion, y le puso al pie una redondilla que desde luego debia decir así:

*Pues del Padre celestial
Fué Maria la Hija querida,
¿No habia de ser concebida
Sin pecado original?*

Pero el infeliz hombre erró de medio á medio la colocacion de los caractéres ortográficos, segun que lo tenia de costumbre, y escribió un desatino endemoniado y digno de una mordaza, si lo hubiera hecho con la mas leve advertencia, porque puso

*¿Pues del Padre celestial
Fué Maria la Hija querida?
No, habia de ser concebida
Sin pecado original.*

Ya ven ustedes qué espuesto está á escribir mil desatinos el que carece de instruccion en la ortografía, y cuán necesario es que en este punto no os descuideis con vuestros hijos.

Es una lástima la poca aplicacion que se nota sobre este ramo en nuestro reino. No se ven sino mil groseros barbarismos todos los dias escritos públicamente en las velerias, chocolaterias, estanquillos, papeles de las esquinas, y aun en el cartél del coliseo. Es corriente ver una mayúscula entremetida en la mitad de un nombre ó verbo, unas letras por otras &c. Como v. gr. *ChocolaTeria fa-*

mosa. Rial estanquiyo de puros y cigaros. El Barbero de Cebilla. La Horgullosa. El Sebero Dictador, y otras impropiedades de este tamaño, que no solo manifiestan de á lengua la ignorancia de los escribientes, sino lo abandonado de la policia de la capital en esta parte.

¿Qué juicio tan mezquino formará un extranjero de nuestra ilustracion cuando vea semejantes despilfarros escritos y consentidos públicamente, no ya en un pueblo, sino nada menos que en México, en la capital de las Indias Septentrionales, y á vista y paciencia de tanta respetable autoridad, y de un número de sabios tan acreditados en todas facultades? ¿Qué ha de decir, ni qué concepto ha de formar, sino de que el comun del pueblo (y eso si piensa con equidad) es de lo mas vulgar é ignorante, y que está enteramente desatendido el cuidado de su ilustracion por aquellos á quienes está confiada?

Seria de desear que no se permitiera escribir estos públicos barbarismos que contribuyen no poco á desacreditarnos (*).

(*) En todas partes se ha quejado el buen gusto de los insultos que le ha hecho la barbarie. Hablando sobre esto mismo D. Antonio Ponz, en sus viages fuera de España, con relación á iguales barbarismos que notó públicamente escritos en su Pátria, celebra la policia de muchas ciudades de Europa, en las que vió escritos los rótulos públicos con la mayor esactitud ortográfica y curiosidad calográfica; proponiendo á sus paisanos estos modelos de ilustracion, con el deseo de que los imi-

Pues aun no es esto todo lo malo que hay en el particular, porque es una lástima ver que este defecto de ortografia se estiende á muchas personas de fina educacion, de talentos no vulgares, y que tal vez han pasado su juventud en los colegios y universidades, de manera que no es muy raro oír un bello discurso á un orador, y notar en este mismo discurso escrito por su mano, sesenta mil defectos ortográficos; y á mí me parece que esta falta se debe atribuir á los maestros de primeras letras, que ó miran este punto tan principal de la escritura como mera curiosidad, ó como requisito no necesario, y por eso se descuidan de enseñarlo á sus discípulos, ó enteramente lo ignoran como mi maestro, y asi no lo pueden enseñar. Ya hoy se va remediando este abuso, mediante la aplicacion de nuestros profesores.

Ya ustedes verán ¿qué aprenderia yo con un maestro tan hábil? Nada seguramente. Un año estuve en su compañía, y en él supe leer de corrido, segun decia mi cándido preceptor, aunque yo leia hasta galopado; porque como él no reparaba en niñerías de enseñarnos á leer con puntuacion, saltábamos nosotros los puntos, paréntesis, admiraciones y demas co-

táran, que es el mismo que nos anima á la presente. Este abuso se va corrigiendo un poco en el nuevo sistema de gobierno; pero falta mucho para que desaparezcan del todo los barbarismos de los lugares públicos. Donde mas se notan es en el cartel del coliseo.

sitas de estas con mas ligereza que un gato; y esto nos celebraban mi maestro y otros sus iguales.

Tambien olvidé en pocos dias aquellas tales cuales máximas de buena crianza que mi padre me habia enseñado en medio del consentimiento de mi madre; pero en cambio de lo poco que olvidé, aprendí otras cosillas de gusto, como v. g. ser desvergonzado, mal criado, pleitista, tracalero, hablador y jugadorcillo.

La tal escuela era, á mas de pobre, mal dirigida: con esto solo la cursaban los muchachos ordinarios, con cuya compañía y ejemplo, ayudado del abandono de mi maestro y de mi buena disposicion para lo malo, sali aprovechadísimo en las gracias que os he dicho. Una de ellas fue el acostumbrarme á poner malos nombres, no solo á los muchachos mis condiscípulos, sino á cuantos conocidos tenia por mi barrio, sin exceptuar á los viejos mas respetables. ¡Costumbre ó corruptela indigna de toda gente bien nacida! pero vicio casi generalmente introducido en las mas escuelas, en los colegios, cuarteles y otras casas de comunidad; y vicio tan comun en los pueblos, que nadie se libra de llevar su mal nombre á retaguardia. En mi escuela se nos olvidaban nuestros nombres propios por llamarnos con los injuriosos que nos poniamos, Uno se conocia por el tuerto, otro por el corcovado, este por el lagañoso, aquel por el roto. Quien habia que entendia muy bien por loco, quien

quien por burro, quien por guajolote, y asi todos.

Entre tantos padrinos no me podia yo quedar sin mi pronombre. Tenia cuando fui á la escuela una chaquetita verde y pantalon amarillo. Estos colores, y el llamarme mi maestro algunas veces por cariño, *Pedrillo*, facilitaron á mis amigos mi mal nombre, que fue *Periquillo*; pero me faltaba un adjetivo que me distinguiera de otro *Perico* que habia entre nosotros, y este adjetivo ó apellido no tardé en lograrlo. Contraje una enfermedad de sarna, y apenas lo advirtieron, cuando acordándose de mi legítimo apellido me encajaron el retumbante titulo de *Sarniento*, y he-me aquí ya conocido no solo en la escuela ni de muchacho, sino ya hombre y en todas partes, por *Periquillo Sarniento*.

Entonces no se me dió cuidado, contentándome con corresponder á mis nombradores con cuantos apodos podia; pero cuando en el curso de mi vida eché de ver qué cosa tan odiosa y tan mal vista es tener un mal nombre, me daba á Barrabás, reprochaba este vicio y llenaba de maldiciones á los muchachos; mas ya era tarde.

Sin embargo, no dejarán de aprovecharos estas lecciones para que á vuestros hijos jamás les permitais poner nombres: advirtiéndoles, que esta burda mania, cuando menos, arguye un nacimiento ordinario y una educacion muy grosera; y digo cuando menos, por-

que si no se hace por mera corruptela y chanzoneta, sino que estos nombres son injuriosos de por sí, ó se dicen con ánimo de injuriar, entonces prueban en el que los pone ó los dice, una alma baja ó corrompida, y será pecaminosa la tal corruptela, de más ó menos gravedad segun el espíritu con que se use.

Entre los romanos fue costumbre conocerse con sobrenombres que denotaban los defectos corporales de quien los tenia: así se distinguieron los *Cocles*, los *Manos largas*, los *Cicerones*, los *Nasones* y otros; pero lo que entonces fue costumbre adoptada para inmortalizar la memoria de un héroe, hoy es grosería entre nosotros. Las leyes de Castilla imponen graves penas á los que injurian á otros de palabra, y el mismo Cristo dice que *será reo del fuego eterno el que le dijere á su hermano tonto ó fátuo.*

Y si aun con los iguales debemos abstenernos de este vicio, ¿qué será respecto á nuestros mayores en edad, saber y gobierno? y á pesar de esto ¿cuál es el superior, sea de la clase ó carácter que sea, que no tenga su mal nombre en la comunidad ó en el pueblo que gobierna? Pues este es un osado atrevimiento, porque debemos respetarlos en lo público y en lo privado.

Solo el ser viejo ya es un motivo que debe ejercitar nuestro respeto. Las canas revisten á sus dueños de cierta autoridad sobre los mozos. Tan conocida ha sido esta verdad y tan

antigua, que ya en el Levítico se lee: *reverencia la persona del anciano, y levántate á la presencia de los que tienen canas.* Aun á los mismos paganos no se ocultó la justicia de este respeto. Juvenal nos dice que *hubo tiempo en que se tenia por un crimen digno de muerte, que no se levantara un jóven á la presencia de un viejo, ó un niño á la de un hombre barbado* [*]. Entre los Lacedemonios se mandaba que los niños reverenciaran públicamente á los ancianos, y les cedieran el lugar en todas ocasiones.

¿Qué dijeran estos antiguos si vieran hoy á los muchachos burlarse de los pobres viejos á merced de su cansada edad? Cuarenta y dos muchachos perecieron en los brazos y dientes de dos osos: ¿y por qué? porque se burlaron del profeta Eliseo gritándole *calvo*. ¡O qué bueno fuera que siempre hubiera un par de osos á la mano para que castigaran la insolencia de tanto muchacho atrevido y maldiciado que crecen entre nosotros!

No digo á los viejos, pero ni á los asimilados ó dementes se debe burlar por ningún caso. El defecto espiritual de estos infelices debe servir para dar gracias al Criador de que nos ha librado de igual fatalidad: debe contener nuestra soberbia, haciéndonos reflexionar que mañana ú otro dia podemos padecer igual trastorno como que somos de la misma

(*) Sáb. XIII.

masa, y por último, debe excitar nuestra compasion ácia ellos; porque el miserable trae en su misma miseria una carta de recomendación de Dios para sus semejantes. Ved, pues, y qué crueldad no será el burlarse de cualquiera de estos pobrecillos, en vez de compadecerlos y socorrerlos como debia ser. Aprended todo esto para inspirarlo á vuestros hijos, y no tengais por importunas mis digresiones.

Volviendo á mis adelantamientos en la escuela, digo que fueron ningunos, y asi hubieran sido siempre, si un impensado accidente no me hubiera librado de mi maestro. Fue el caso: que un dia entró un padre clérigo con un niño á encomendarlo á su dirección: despues que hubo contestado con él, al despedirse observó el versito que os he dicho, lo miró atentamente, sacó un anteojito, lo volvió á leer con él, procuró limpiar las interrogaciones y la coma que tenia el *no*, creyendo fuesen suciedades de moscas; y cuando se hubo satisfecho de que eran caracteres muy bien pintados, preguntó: ¿quién escribió esto? á lo que mi buen maestro respondió diciendo, que él mismo lo habia escrito y que aquella era su letra. Indignése el eclesiástico y le dijo: y vd. ¿qué quiso decir en esto que ha escrito? Yo, padre, respondió mi maestro tartamudeando, lo que quise decir, es: que Maria Santísima fue concebida en gracia original, porque fue la hija querida de Dios Padre. Pues amigo, repuso el clérigo, vd.



eso querría decir; mas aquí lo que se lee es un disparate escandaloso; pero pues solo es efecto de su mala ortografía, *tome vd. el palo del tintero ó todos sus algodones juntos, y borre ahora mismo y ántes que me vaya este verso perversamente escrito*, y si no sabe usar de los caracteres ortográficos, no los pinte jamás; pues menos malo será que sus cartas y todo lo que escriba lo fie á la discrecion de los lectores, sin gota de puntuacion, que no que por hacer lo que no sabe, escriba injurias ó blasfemias como la presente.

El pobre de mi maestro todo corrido y lleno de vergüenza borró el verso fatal, delante del padre y de nosotros. Luego que concluyó su tácita retractacion, prosiguió el eclesiástico: me llevo á mi sobrino porque él es un ciego por su edad, y vd. otro ciego por su ignorancia: y si un ciego es el lazarillo de otro ciego, ya vd. habrá oido decir que los dos van á dar al precipicio. Vd. tiene buen corazon y buena conducta; mas estas cualidades de por sí no bastan para ser buenos padres, buenos ayos ni buenos maestros de la juventud. Son necesarios requisitos para desempeñar estos títulos, *ciencia, prudencia, virtud y disposicion*. Vd. no tiene mas que virtud, y esta sola lo hará bueno para mandadero de monjas ó sacristan, no para director de niños. Conque procure vd. solicitar otro destino, pues si vuelvo á ver esta escuela abierta, avisaré al maestro mayor para que le recoja á vd.



Tome vd. el palo del tintero ó todos sus algodones juntos, y borre ahora mismo y ántes que me vaya este verso perversamente escrito.

las licencias, si las tiene. A Dios. Consideren ustedes ¡cómo quedaría mi maestro con tan semejante panégyris! Luego que se fue el padre clérigo, se sentó y reclinó la cabeza sobre sus brazos, lleno de confusion y guardando un profundo silencio.

Ese día no hubo planas, ni lección, ni rezo, ni doctrina ni cosa que lo valiera. Nosotros participamos de su pesadumbre é hicimos el duelo á su tristeza en el modo que pudimos, pues arrinconamos las planas y los libros, y no osamos levantar la voz para nada. Bien es, que por no perder la costumbre, retozamos y charlamos en secreto hasta que dieron las doce, á cuya primera campanada volvió mi maestro en sí: rezó con nosotros, y luego que nos echó su bendición, nos dijo con un tono bastante tierno. „Hijos míos: yo no trato de proseguir en un destino que lejos de darme que comer, me da disgustos. Ya habeis visto el lance que me acaba de pasar con ese padre: Dios le perdone el mal rato que me ha dado; pero yo no me espondré á otro igual, y así no vengais á la tarde: avisad á vuestros padres que estoy enfermo y ya no abro la escuela. Conque hijos, vayan nora-buena y encomiéndenme á Dios.”

No dejamos de afligirnos algun tanto, ni dejaron nuestros ojos de manifestar nuestro pesar, porque en efecto, sentiamos á mi maestro como que maguer tontos, conociamos que no podiamos encontrar maestro mas suave si

lo mandábamos hacer de mantequilla ó masapan; pero en fin, nos fuimos.

Cada muchacho haria en su casa lo que yo en la mia, que fue contar al pie de la letra todo el pasage; y la resolucion de mi maestro de no volver á abrir la escuela.

Con esta noticia tuvo mi padre que solicitarme nuevo maestro, y lo halló al cabo de cinco dias. Llevóme á su escuela y entregóme bajo su terrible férula.

¡Qué instable es la fortuna en esta vida! apenas nos muestra un día su rostro favorable para mirarnos con ceño muchos meses. ¡Válgame Dios, y como conocí esta verdad en la mudanza de mi escuela! En un instante me vi pasar de un paraíso á un infierno, y del poder de un ángel al de un diablo atormentador. El mundo se me volvió de arriba abajo.

Este mi nuevo maestro era alto, seco, entrecano, bastante bilioso é hipocondriaco, hombre de bien á toda prueba, arrogante lector, famoso pendolista, aritmético diestro y muy regular estudiante; pero todas estas prendas las deslucia su genio tétrico y duro.

Era demasiado eficaz y escrupuloso. Tenia muy pocos discípulos, y á cada uno consideraba como el único objeto de su instituto. ¡Bello pensamiento si lo hubiera sabido dirigir con prudencia! pero unos pecan por uno y otros por otro extremo donde falta aquella virtud. Mi primer maestro era nimiamente compasivo y condescendente; y el segundo era

nimiamente severo y escrupuloso. El uno nos consentia mucho; y el otro no nos disimulaba lo mas mínimo. Aquel nos acariciaba sin recato; y este nos martirizaba sin caridad.

Tal era mi nuevo preceptor, de cuya boca se habia desterrado la risa para siempre, y en cuyo cetrino semblante se leia toda la gravodad de un Areópago. Era de aquellos que llevan como infalible el cruel y vulgar axioma de que *la letra con sangre entra*, y bájo este sistema erá muy raro el dia que no nos atormentaba. La disciplina, la palmeta, las orejas de burro y todos los instrumentos punitorios, estaban en continuo movimiento sobre nosotros; y yo que iba lleno de vicios, sufría mas que ninguno de mis condiscípulos los rigores del castigo.

Si mi primer maestro no era para el caso por indulgente; éste lo era menos por tirano; si aquel era bueno para mandadero de monjas, éste era mejor para cochero ó mandarin de obrages.

Es un error muy grosero pensar que el temor puede hacernos adelantar en la niñez si es excesivo. Con razon decia Plinio que *el miedo es un maestro muy infiel*. Por milagro acertará en alguna cosa el que la emprenda prevenido del miedo y del terror; el ánimo conturbado, decia Ciceron, no esta á propósito para desempeñar sus funciones (*). Asi me

(*) *Conturbatus animus non est aptus ad cœquendum munus suum.* Cic. in Tusc.

sucedía, que cuando iba ó me llevaban á la escuela, ya entraba ocupado de un temor imponderable, con esto mi mano trémula y mi lengua balbuciente ni podia formar un renglon bueno, ni articular una palabra en su lugar. Todo lo erraba, no por falta de aplicacion, sino por sobra de miedo. A mis yerros seguian los azotes, á los azotes mas miedo, y á mas miedo mas torpeza en mi mano y en mi lengua, la que me grangeaba mas castigo.

En este círculo horroroso de yerros y castigo viví dos meses bajo la dominacion de aquel sátrapa infernal. En este tiempo ¡qué diligencias no hizo mi madre, obligada de mis quejas, para que mi padre me mudara de escuela! ¡qué disgustos no tuvo! ¡y qué lágrimas no le costó! pero mi padre estaba inexecutable, persuadido á que todo era efecto de su consentimiento, y no queria en esto condescender con ella, hasta que por fortuna fue un dia á casa de visita un religioso que ya tenia noticia del pan que amasaba el señor maestro susodicho, y ofreciéndose hablar de sus crueldades, peroró mi madre con tanto ahinco, y atestiguó el religioso con tanta solidez á mi favor, que convencido mi padre, se resolvió á ponerme en otra parte, como vereis en el capitulo que sigue.

CAPITULO III.

En el que Periquillo describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo á oficio.

Llegó el aplazado dia en que mi padre acompañado del buen religioso determinó ponerme en la tercera escuela. Iba yo cabizbajo, lloroso y lleno de temor, creyendo encontrarme con el segundo tomo del viejo cruel, de cuyo poder me acababan de sacar; sin embargo de que mi padre y el reverendo me ensanchaban el ánimo á cada paso.

Entramos por fin á la nueva escuela; pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando vi lo que no esperaba ni estaba acostumbrado á ver! Era una sala muy espaciosa y aseada, llena de luz y ventilacion, que no embarazaban sus hermosas vidrieras: las pautas y muestras colocadas á trechos, eran sostenidas por unos géneos muy graciosos que en la siniestra mano tenian un festón de rosas de la mas halagüeña y esquisita pintura. No parece sino que mi maestro habia leído al sabio Blanchard en su *escuela de las costumbres*, y que pretendió realizar los proyectos que apunta dicho sábio en esta parte, porque la sala de la enseñanza rebozaba luz, limpieza, curiosidad y alegría.

Al primer golpe de vista, que recibí con

el agradable exterior de la escuela, se rebajó notablemente el pavor con que habia entrado, y me serené del todo cuando vi pintada la alegría en los semblantes de los otros niños de quienes iba á ser compañero.

Mi nuevo maestro no era un viejo adusto y saturnino, segun yo me lo habia figurado; todo lo contrario: era un semijóven como de treinta y dos á treinta y tres años, de un cuerpo delgado y de regular estatura; vestia muy decente, pero al uso del dia y con mucha limpieza: su cara manifestaba la dulzura de su corazon: su boca era el depósito de una prudente sonrisa: sus ojos vivos y penetrantes inspiraban la confianza y el respeto: en una palabra, este hombre amable parece que habia nacido para dirigir la juventud en sus primeros años.

Luego que mi padre y el religioso se retiraron, me llevó mi maestro al corredor: comenzó á enseñarme las macetas: á preguntarme por las flores que conocia: á hacerme reflexionar sobre la varia hermosura de sus colores, la suavidad de sus aromas, y el artificioso mecanismo con que la naturaleza repartia los jugos de la tierra por las ramificaciones de las plantas.

Despues me hizo escuchar el dulce canto de varios pintados pajarillos que estaban pendientes en sus jaulitas como los de la sala, y me decia: ¿vez hijo, qué primores encierra la naturaleza, aun en cuatro yerbecitas y

unos animalitos que aquí tenemos? pues esta naturaleza es la ministra del Dios que creemos y adoramos. La mayor maravilla de la naturaleza que te sorprenda, la hizo el criador con un acto simple de su suprema voluntad. Ese globo de fuego que está sobre nuestras cabezas, que arde sin consumirse muchos miles de años hace, que mantiene sus llamas sin saberse con que pábulo, que no solo alegra, sino que dá vida al hombre, al bruto, á la planta y á la piedra: ese sol, hijo mio, esa antorcha del dia, ese ojo de cielo, esa alma de la naturaleza que con sus benéficos resplandores ha deslumbrado á muchos pueblos, granjeándose adoraciones de deidad, no es otra cosa, para que me entiendas, que un juguete de la soberana omnipotencia. Considera ahora cual será el poder, la sabiduria y el amor de este tu gran Dios, pues ese sol que te admira, esos cielos que te alegran, estos pajariños que te divierten, estas flores que te halagan, este hombre que te enseña, y todo cuanto te rodea en la naturaleza, salió de sus divinas manos sin el menor trabajo, con toda perfeccion y destinado á tu servicio. Y qué tú serás tan para poco que no lo conozcas? ó ya que lo conozcas ¿serás tan indigno que no agradezcas tantos favores al Dios que te los ha hecho sin merecerlos? Yo no lo puedo creer de tí. Pues mira: el mejor modo de mostrarse agradecida una persona á su benefactor, es servirlo en cuanto pueda, no darle ningun dis-

gusto y hacer cuanto le mande. Esto debes practicar con tu Dios, pues es tan bueno. El te manda que lo ames y que observes sus mandamientos. En el cuarto de ellos te ordena que obedezcas y respetes á tus padres, y después de ellos á tus superiores, entre los que tienen un lugar muy distinguido tus maestros. Ahora me toca serlo tuyo, y á tí te toca obedecerme como buen discípulo. Yo te debo amar como hijo y enseñarte con dulzura, y tú debes amarme, respetarme y obedecerme lo mismo que á tu padre.

No me tengas miedo, que no soy tu verdugo: trátame con miramiento; pero al mismo tiempo con confianza, considerándome como padre y como amigo.

Acá hay disciplinas, y de alambre, que arrancan los pedazos: hay palmetas, orejas de burro, cormas, grillos y mil cosas feas; pero no las verás muy fácilmente, porque están encerradas en una cobacha. Esos instrumentos horrosos que anuncian el dolor y la infamia, no se hicieron para tí ni esos niños que has visto, pues estais criados en cunas no ordinarias, teneis muy buenos padres, que os han dado muy bella educacion, y os han inspirado los mejores sentimientos de virtud, honor y vergüenza, y no creo ni espero que jamás me pongais en el duro caso de usar de tan repugnantes castigos.

El azote, hijo mio, se inventó para castigar afrentando al racional, y para avivar la

pereza del bruto que carece de razon: pero no para el niño decente y de vergüenza que sabe lo que le importa hacer, y lo que nunca debe ejecutar, no amedrentado por el rigor del castigo, sino obligado por la persuasion de la doctrina y el convencimiento de su propio interes.

Aun los irracionales se docilitan y aprenden con solo la continuacion de la enseñanza, sin necesidad de castigo. ¡Cuántos azotes te parece que les habré dado á estos inocentes pajaritos para hacerlos trinar como los oyes? ya supondrás que ni uno; porque ni soy capaz de usar tal tirania, ni los animalitos son bastantes á resistirla. Mi empeño en enseñarlos y su aplicacion en aprender los han acostumbrado á gorgear en el orden que los oyes.

Conque si unas avecitas no necesitan azote para aprender, un niño como tú, ¿cómo lo habrá menester?.... ¡Jesus!.... ni pensarlo. ¡Qué dices? Me engaño? ¡Me amarás? ¡Harás lo que te mande!—Sí Señor, le dije, todo enternecido, y le besé la mano, enamorado de su dulce genio. El entonces me abrazó, me llevó á su recámara, me dió unos bizcochitos, me sentó en su cama, y me dijo que me estuviera allí.

Es increíble lo que domina el corazon humano un caracter dulce y afable, y mas en un superior. El de mi maestro me docilitó tanto con su primera lección, que siempre lo quise y veneré entrañablemente, y por lo mismo lo obedecía con gusto.

Dieron las doce, me llamó mi maestro á la escuela para que las rezara con los niños: acabamos y luego nos permitió estar saltando y enredando todos en buena compañía; pero á su vista, con cuyo respeto eran nuestros juegos inocentes. Entre tanto fueron llegando los criados y criadas por sus respectivos niños, hasta que llegó la de mi casa y me llevó; pero advertí que mi maestro le volvió el libro que yo tenia para leer, y le dió una esquelita para mi padre, la que se reducía á decirle que llevara yo primeramente los compendios de Fleuri ó Pinton, y cuando ya estuviera bien instruido en aquellos principios, seria útil ponerme en las manos *el Hombre feliz, los Niños célebres, las Recreaciones del hombre sensible*, ú otras obritas semejantes; pero que nunca convenia que yo leyera *Solitudes de la vida, las Novelas de Sayas, Guerras civiles de Granada, la historia de Carlo Magno y doce pares*, ni otras boberas de estas que lejos de formar, cooperan á corromper el espíritu de los niños, ó disponiendo su corazon á la lubricidad, ó llenando su cabeza de fábulas, valentías y patrañas ridículas.

Mi padre lo hizo segun queria mi maestro, y con tanto mas gusto quanto que conocia que no era nada vulgar.

Dos años estuve en compañía de este hombre amable, y al cabo de ellos salí medianamente aprovechado en los rudimentos de leer, escribir y contar. Mi padre me hizo

un vestidito decente el dia que tuve mi examen público. Se esforzó para darle una buena gala á mi maestro, y en efecto la merecia demasiado. Le dió las debidas gracias, y yo tambien con muchos abrazos, y nos despedimos.

Acaso os habrá hecho fuerza, hijos míos, que habiendo yo sido de tan mal natural por mi educacion fisica y moral sin culpa, sino por un excesivo amor de mi madre, y habiéndome corrompido mas con el perverso ejemplo de los muchachos de mi primera escuela, hubiera trasformádome en un instante de malo en regular, porque bueno jamás lo he sido, bajo la direccion de mi verdadero maestro; pero no lo estrañeis, porque tanto así puede la buena educacion reglada por un talento superior y una prudencia vigilante, y lo que es mas, por el buen ejemplo, que es la pauta sobre que los niños dirigen sus acciones casi siempre.

Asi que, cuando tengais hijos, cuidad no solo de instruirlos con los consejos, sino de animarlos con los buenos ejemplos. Los niños son los monos de los viejos; pero unos monos muy vivos: cuanto ven hacer á sus mayores, lo imitan al momento, y por desgracia imitan mejor y mas pronto lo malo que lo bueno. Si el niño os ve rezar, él tambien rezará; pero las mas veces con tedio y durmiéndose. No asi si os oye hablar palabras torpes é injuriosas: si os advierte iracundos,

vengativos, lascivos, ébrios ó jugadores; porque esto lo aprenderá vivamente, advertirá en ello cierta complacencia, y el deseo de satisfacer enteramente sus pasiones, lo hará imitar con la mayor prolijidad vuestros desarreglos; y entonces, vosotros no tendreis cara para reprenderlos; pues ellos os podrán decir: esto nos habeis enseñado: vosotros habeis sido nuestros maestros, y nada hacemos que no háyamos aprendido de vosotros mismos.

Los cangrejos son unos animalitos que andan de lado; pues como advirtiesen esta deformidad algunos cangrejos civilizados, trataron de que se corrigiera este defecto; pero un cangrejo machucho dijo: señores, es una torpeza pretender que en nosotros se corrija un vicio que ha crecido con la edad. Lo seguro es instruir á nuestra juventud en el modo de andar derechos, para que enmendando ellos este despilfarro, enseñen despues á sus hijos, y se logre desterrar para siempre de nuestra posteridad este maldito modo de andar. Todos los cangrejos *nemine discrepante*, celebraron el arbitrio. Encargóse su ejecucion á los cangrejos padres, y estos con muy buenas razones persuadian á sus hijos á andar derechos; pero los cangrejitos decian, *¿a ver cómo, padres?* Aquí era ello. Se ponian á andar los cangrejos y andaban de lado, contra todos los preceptos que les acababan de dar con la boca. Los cangrejillos, como que es tan natural, hacian lo que veian y no lo que

oian, y de este modo se quedaron andando como siempre. Esta es una fábula respecto á los cangrejos; mas respecto á los hombres es una verdad evidente: porque como dice Séneca, *se hace largo y difícil el camino que conduce á la virtud por los preceptos, breve y eficaz por el ejemplo.*

Así, hijos míos, debeis manejaros delante de los vuestros con la mayor circunspeccion, de modo que jamás vean el mal, aunque lo cometais alguna vez por vuestra miseria. Yo, á la verdad, si habeis de ser malos (lo que Dios no permita) mas os quisiera hipócritas que escandalosos delante de mis nietos, pues menos daño recibirán de ver virtudes fingidas, que de aprender vicios descarados. No digo que la hipocresia sea buena ni perdonable; pero del mal el menos.

No solo los cristianos sabemos que nos obliga este buen ejemplo que se debe dar á los hijos. Los mismos paganos conocieron esta verdad. Entre otros es digno de notarse Juvenal cuando dice lo que os traduciré al castellano de este modo.

Nada indigno del oído ó de la vista
El niño observe en vuestra propia casa.
De la doncella tierna esté muy lejos
La seducción que la haga no ser casta,
Y no escuche jamás la voz melosa
De aquel que se desvela en arruinarla.
Gran reverencia al niño se le debe,

Y si á hacer un delito te preparas,
No desprecies sus años por ser pocos,
Que la malicia en muchos se adelanta;
Antes si quieres delinquir, tu niño
Te debe contener aun cuando no habla,
Pues tú eres su censor, y tus enojos,
Por tus ejemplos moverá mañana.
(Y has de advertir que tu hijo en las costumbres

Se te ha de parecer como en la cara).

Quando él cometa crímenes horribles
No perdiendo de vista tus pisadas,
Tú querrás corregirlo y castigarlo,
Y llenarás el barrio de alaracas.
Aun mas harás si tienes facultades,
Lo desheredarás lleno de saña;
¡Pero con qué justicia en ese caso
La libertad de padre le alegaras,
Quando tú, que eres viejo á su presencia
Tus mayores maldades no recatas? (*)

(*) Nil dictu foedum, visuque, haec limina tangat.
Intra quae puer est: procul hinc, procul inde puellae
Lenonum, et cantus pernoctantis parasiti
Maxima debetur puero reverentia: si quid
Turpe paras, nec tu pueri contempseris annos;
Sed peccaturo obsistat tibi filius infans.
Nam, si quid dignum censoris fecerit ira,
(Quandoquidem similem tibi se non corpore tantum,
Nec vultu dederit, morum quoque filius) et cum
Omnia deterius tua per vestigia peccet,
Corripies nimirum, et castigabis acerbo
Clamore; ac post haec tabulas mutare parabis.
Unde tibi frontem, libertatemque parentis,
Cum facias pejora senex? Sátira XIV.

Despues que pasaron unos cuantos dias que me dieron en mi casa de asueto y como de gala, se trató de darme destino.

Mi padre que, como os he dicho, era un hombre prudente y miraba las cosas mas allá de la cáscara, considerando que ya era viejo y pobre, queria ponerme á oficio; porque decia que en todo caso mas valia que fuera yo mal oficial que buen vagamundo; mas apenas comunicó su intencion con mi madre, cuando.... ¡Jesus de mi alma! ¡qué aspavientos y qué extremos no hizo la santa señora! Me queria mucho, es verdad; pero su amor estaba mal ordenado. Era muy buena y arreglada; mas estaba llena de vulgaridades. Decia á mi padre: *¿Mi hijo á oficio? no lo permita Dios. ¿Qué dijera la gente al ver al hijo de D. Manuel Sarmiento, aprendiendo á sastre, pintor, platero ú otra cosa?* Qué ha de decir, respondia mi padre; que D. Manuel Sarmiento es un hombre decente, pero pobre, y muy hombre de bien, y no teniendo caudal que dejarle á su hijo, quiere proporcionarle algun arbitrio útil y honesto para que solicite su subsistencia sin sobrecargar á la república de un ocioso mas, y este arbitrio no es otro que un oficio. Esto pueden decir y no otra cosa. No señor, replicaba mi madre toda electrizada: si vd. quiere dar á Pedro algun oficio mecánico, atropellando con su nacimiento, yo no, pues aunque pobre, me acuerdo que por mis venas y por las de mi hijo corre la ilustre sangre de los Ponces, Tagles,



¿Mi hijo á oficio? ¿Qué dijera la gente al ver al hijo de D. Manuel Sarmiento aprendiendo á sastre, pintor, platero ú otra cosa?

Pintos, Velascos, Zumalacarreguis y Bundiburis. Pero hija, decia mi padre: ¿qué tiene que ver la sangre ilustre de los Ponces, Tagles, Pintos, ni de cuantos colores y alcornias hay en el mundo, conque tu hijo aprenda un oficio para que se mantenga honradamente, puesto que no tiene ningun vínculo que afiance su subsistencia? ¿Pues qué, instaba mi madre, le parece á vd. bueno que un niño noble sea sastre, pintor, platero, tejedor ó cosa semejante? Sí, mi alma, respondia mi padre con mucha flema: me parece bueno y muy bueno que el niño noble, si es pobre y no tiene proteccion, aprenda cualquier oficio, por mecánico que sea, para que no ande mendigando su alimento. Lo que me parece malo es, que el niño noble ande sin blanca, roto ó muerto de hambre por no tener oficio ni beneficio. Me parece malo que para buscar que comer, ande de juego en juego, mirando donde se arrastra un muerto (*). donde dibuja una apuesta, ó logra por favor una gurrupada. Me parece mas malo que el niño noble ande al medio dia espiondo donde van á comer para echarse, como dicen de apóstol, y yo digo, de gorrón ó sinvergüenza, porque los apóstoles solian ir á comer á las casas ajenas despues de convidados y rogados, y estos tunos van sin que los conviden ni les rueguen; ántes á

(*) Asi se llama en los juegos hurtarse una parada á sombra del descuido de su legítimo dueño.

que de llenar el estómago son el hazme
 rir de todos, sufren mil desaires, y despues
 de tanto, permanecen mas pegados que unas
 sanguijuelas, de suerte que á veces es nece-
 sario echarlos noramala con toda claridad. Es-
 to sí me parece malo en un noble; y me pa-
 rece peor que todo lo dicho y malísimo en
 extremo de la maldad imaginable, que el jó-
 ven ocioso, vicioso y pobre ande estafa-
 éste, petardeando á aquel y haciendo á to-
 dos las trácalas que puede, hasta quitarse la
 máscara, dar en ladrón público, y parar en
 un suplicio ignominioso ó en un presidio. Tú
 has oido decir varias de estas pillerías, y aun
 has visto algunos cadáveres de estos nobles,
 muertos á manos de verdugos en esta plaza
 de México. Tú conociste á otro caballero
 noble y muy noble, hijo de una casa sola-
 riega, sobrino nada menos que de un primer
 ministro y secretario de estado; pero era un
 hombre vicioso, abandonado y sin destino: (por
 calavera) consumó sus iniquidades matando á
 un pobre maromero en la cuesta del Plata-
 nillo, camino de Acapulco, por robarle una
 friolera que habia adquirido á costa de mil
 trabajos. Cayó en manos de la Acordada, se
 sentenció á muerte, estuvo en la capilla, lo
 sacó de ella un virey por respeto del tío: per-
 maneció preso en aquella cárcel una porcion
 de años, hasta que el conde de Revilla lo des-
 terró para siempre á las islas Marianas. He
 aquí el triste cuadro que presenta un hombre

noble, vicioso y sin destino. Nada perdió el
 lustre de su casa por el villano proceder de
 un deudo pícaro. Si lo hubieran ahorcado, el
 tío hubiera quedado como quedó en el can-
 delero; porque así como nadie es sábio por
 lo que supo su padre, ni valiente por las ha-
 zañas que hizo; así tampoco nadie se infama
 ni se envilece por los pésimos procederés de
 sus hijos.

Me traído á la memoria este caso horren-
 do, que ¡ojalá no hubiera compañeros! para
 que veas á lo que está espuesto el noble que
 fiado en su nobleza no quiere trabajar, aun-
 que sea pobre.

Pero ¿luego ha de dar en un ojo? decia mi
 madre, ¿luego ha de ser Pedrito tan atroz y
 malvado como D. N. R? Sí, hijita, respon-
 dia mi padre, estando en el mismo predica-
 mento, lo propio tiene Juan que Pedro: es una
 cosa muy natural, y el milagro fuera que no
 sucediera del mismo modo mediando las pro-
 pias circunstancias. ¿Qué privilegio goza Pe-
 dro para que, supuesta su pobreza é inutili-
 dad, no sea tambien un vicioso y un ladrón,
 como Juan, y como tantos Juanes que hay
 en el mundo? ¡ni qué firma tenemos del Pa-
 dre Eterno, que nos asegure que nuestro hi-
 jo ni se empapará en los vicios, ni correrá
 la desgraciada suerte de otros sus iguales? ma-
 yormente mirándose oprimido de la necesidad,
 que casi siempre ciega á los hombres y los ha-
 ce prostituirse á los crímenes mas vergonzosos?

Todo esto está muy bueno, decia mi madre; pero qué dirán sus parientes al verlo con oficio? Nada: ¿qué han de decir? respondia mi padre; lo mas que dirán es: mi primo el sastre, mi sobrino el platero ó lo que sea: ó tal vez dirán: no tenemos parientes sastres &c.; y acaso no le volverán á hablar; pero ahora, dime tú: ¿qué le darán sus parientes el dia que lo vean sin oficio, muerto de hambre y hecho pedazos? Vamos, ya yo te dije lo que dirian en un caso, dime tú lo que le darán en el contrario. Puede, decia mi buena madre, puede que lo socorran siquiera porque no los desdore. Riete de eso, hija, respondia mi padre; como él no los desplatee, poca fuerza les hará que los desdore. Los parientes ricos, por lo comun, tienen un espe-diente muy ensayado para librarse de un golpe de la vergüencilla que les causan los andrajos de sus parientes pobres, y éste es negarlos por tales redondamente. Desengáñate, si Pedro tuviere alguna buena suerte ó hiciera algun viso en el mundo, no solo lo reconocerán sus verdaderos parientes, sino que se le aparecerán otros mil nuevos, que lo serán lo mismo que el Gran turco, y tendrá continuamente á su lado un enjambre de amigos que no lo dejarán mover; pero si fuere un pobre, como es regular, no contará mas que con el peso que adquiriera. Esta es una verdad, pero muy antigua y muy experimentada en el mundo: por eso nuestros viejos di-

jeron sábiamente, que *no hay mas amigo que Dios, ni mas pariente que un peso.* Tú ves ahora que nos visitan y nos hacen mil espresiones tu tio el capitan, mi sobrino el cura, las primas Delgados, la tia Rivera, mamá Manuela y otros! pues es porque ven, que aunque pobres, á Dios gracias, no nos falta que comer, y los sirvo en lo que puedo. Por eso nos visitan, por eso y nada mas, creelo. Unos vienen á pedirme prestado, otros á que les saque de este ó aquel empeño, quién á pasar el rato, quién á juzgar los centros de mi casa, y quién á almorzar ó tomar chocolate; pero si yo me muero, como que quedas pobre, verás, verás como se disipan los amigos y los deudos, lo mismo que los mosquitos con la incomodidad del humo. Por estos conocimientos deseara que mi Pedro aprendiera oficio, ya que es pobre, para que no hubiera menester á los suyos ni á los estraños despues de mis dias. Y te advierto, que muchas veces suelen los hombres hallar mas abrigo entre los segundos què entre los primeros; mas con todo eso, bueno es atenense cada uno á su trabajo y á sus arbitrios, y no ser gravoso á nadie.

Tú medio me aturdes con tantas cosas, decia mi madre; pero lo que veo es que un hidalgo sin oficio es mejor recibido y tratado con mas distincion en cualquiera parte decente, que otro hidalgo sastre, bateoja, pintor &c. Ahí está la preocupacion y la vulgaridad, res-

pondia mi padre. Sin oficio puede ser; pero no sin destino ú arbitrio honesto. A un empleado en una oficina, á un militar ó cosa semejante, le harán mejor tratamiento que á un sastre ó á cualquier otro oficial mecánico, y muy bien hecho: razon es que las gentes se distinguan; pero al sastre y aun al zapatero, lo estimarán mas en todas partes, que no al hidalgo tuno, ocioso, trapiento y petardista, que es lo que quiero que no sea mi hijo. A mas de esto, ¿quién te ha dicho que los oficios envilecen á nadie? lo que envilece son las malas acciones, la mala conducta y la mala educacion. ¿Se dará destino mas vil que guardar puercos? pues esto no embarazó para que un Sixto V. fuera Pontífice de la iglesia católica....

Pero esta disputa paró en lo que leereis en el capítulo cuarto.

CAPITULO IV.

En el que Periquillo da razon en qué paró la conversacion de sus padres, y del resultado que tuvo, y fue que lo pusieron al estudio, y los progresos que hizo en él.

Mi madre, sin embargo de lo dicho, se opuso de pie firme á que se me diera oficio, insistiendo en que me pusiera mi padre al colegio. Su merced le decia: no seas cándida;

y si á Pedro no le inclinan los estudios, ó no tiene disposicion para ellos ¿no sera una barbaridad dirigirlo por donde no le gusta? Es la mayor simpleza de muchos padres pretender tener á pura fuerza un hijo letrado ó eclesiástico, aun cuando no sea de su vocacion tal carrera, ni tenga talento á propósito para las letras; causa funesta, cuyos perniciosos efectos se lloran diariamente en tantos abogados firmones, médicos asesinos, y eclesiásticos legos y relajados, como advertimos.

Todavia para dar oficio á los niños es menester consultar su génio y constitucion fisica, porque el que es bueno para sastre ó pintor, no lo será para herrero ó carpintero, oficios que piden, á mas de inclinacion, disposicion de cuerpo y unas robustas fuerzas.

No todos los hombres han nacido útiles para todo. Unos son buenos para las letras, y no generalmente, pues el que es bueno para teólogo, no lo será para médico; y el que será un excelente fisico, acaso será un abogado de á docena, si no se le examina el génio; y asi de todos los letrados. Otros son buenos para las armas é ineptos para el comercio. Otros excelentes para el comercio y topos para las letras. Otros, por último, aptísimos para las artes liberales, y negados para las mecánicas, y asi de cuantos hombres hay.

En efecto, hombres generales y á propó-

sito para todas las ciencias y artes se consideran, ó como fenómenos de la naturaleza, ó como testimonios de la Omnipotencia divina, que puede hacer cuanto quiera.

Sin embargo, yo creo firmemente que estos *omniscios*, que una que otra vez ha celebrado el mundo, han sido solo unos monstruos, si puede decirse así, de entendimiento, de aplicacion y de memoria, y han admirado las generaciones por cuanto han adquirido el conocimiento de muchas mas ciencias que el comun de los sabios sus coetáneos, y las han poseído, tal vez, en un grado mas superior; pero, en mi concepto, no han pasado de unos fenómenos de talento: rarísimos en verdad; mas limitados todavía infinitamente y no han merecido ni merecerán jamás el sagrado renombre de omniscios, pues si omniscio quiere decir el que todo lo sabe, digo que no hay mas que un omniscio dentro y fuera de la naturaleza, que es Dios. Este Ente Supremo, sí es el único y verdadero omniscio, porque es el que única y verdaderamente sabe todo cuanto se puede saber; y en este sentido, conceder un hombre omniscio, fuera conceder otro Dios, de cuyo absurdo están muy lejos con los que honraron al profundo Leibniz con tan pomposo título.

Acaso este grande hombre no seria capaz de ensuelar un zapato, de bordar una sardina, ni de hacer otras mil cosas que todos

vemos como meras frioleras y efectos de un puro mecanismo; y sin acaso, este ingenio célebre, si resucitara, tendria que abjurar muchos de sus preceptos y axiomas, desengañado con los nuevos descubrimientos que se han hecho.

Todo esto te digo, hija mia, para que reflexiones que todos los hombres somos finitos y limitados, que apenas podemos acertar en una ú otra cosa: que los ingenios mas célebres no han pasado de grandes; pero ni remotamente han sido universales, pues esta es prerogativa del Criador, y que segun esto debemos examinar la inclinacion y talento de nuestros hijos para dirigirlos.

No me acuerdo donde he leído que los lacedemonios para destinar á los suyos con acierto, se valian de esta estratagema. Prevenian en una gran sala diferentes instrumentos pertenecientes á las ciencias y artes que conocian; supon tú, que en aquella sala ponian instrumentos de música, de pintura, de escultura, de arquitectura, de astronomia, de geografia, &c. sin faltar tampoco armas y libros: hecho esto disponian con disimulo, que varios niños se juntasen allí solos, y que jugasen á su arbitrio con los instrumentos que quisiesen, y entre tanto, sus padres estaban ocultos y en observacion de las acciones de sus hijos, y notando á qué cosa se inclinaba cada uno de por sí; y cuando advertian que un niño se inclinaba con constancia á las armas,

á los libros, ó á cualquiera ciencia ó arte, de aquellas cuyos instrumentos tenían á la vista, no dudaban aplicarlos á ellos, y casi siempre correspondia el éxito á su prudente examen.

Siempre me ha gustado esta bella industria para rastrear la inclinacion de los niños; así como he reprobado la general corruptela de muchos padres que á tontas y á locas encajan á los muchachos en los colegios, sin indagar ni aun ligeramente si tienen disposicion para las letras.

Hija mia, este es un error tan arraigado como grosero. El niño que tenga un entendimiento somero y tardo, jamás hará progresos en ciencia alguna, por mas que curse las aulas y manosee los libros. Ni éstos ni los colegios dan talento á quien nació sin él. Los burritos entran todos los dias á los colegios y universidades cargados de carbon ó de piedra, y vuelven á salir tan burros como entraron; porque así como las ciencias no están aisladas en los recintos de las universidades ó gimnasios, así tampoco estos son capaces de comunicar un adarme de ciencia al que carezca de talento para aprenderla.

Fuera de esto, hay otra razon harto poderosa para que yo no me resuelva á poner á mi hijo en el colegio, aun cuando supiera que tenia una bella disposicion para estudiante, y esta es mi pobreza. Apenas alcanzo para comer con mi corto destino, ¿de dónde

de voy á cojer diez pesos para la pension mensual, y toda aquella ropa decente que necesita un colegial? y ya ves tú aquí un embarazo insuperable. No, dijo mi madre, que hasta entonces solo habia escuchado sin despegar sus lábios para nada, no: esa no es razon ni menos embarazo; porque con ponerlo de capense ya se remedió todo. Muy bien, dijo mi padre, me has quinado; pero vamos á ver qué salida me das á esta otra dificultad. Yo ya estoy viejo, soy pobre, no tengo que dejarte: mañana me muero, te hallas viuda, sola, sin abrigo ni que comer, con un mocetón á tu lado que cuando mucho sabrá hablar tal cual latinajo y aturdir al mundo entero con cuatro ergos y pedanterias que el mismo que las dice no las entiende; pero que en realidad de nada vale todo eso; porque el muchacho como no tiene quien lo siga fomentando, se queda varado en la mitad de la carrera sin poder ser ni clérigo, ni abogado, ni médico, ni cosa alguna que le facilite su subsistencia ni tus socorros por las letras; siendo lo peor que en ese caso tampoco es útil ya para las artes; pues no se dedicará á aprender un oficio por tres fortísimas razones. La primera, por ciertos humorcillos de vanidad que se pegan en el colegio á los muchachos, de modo que cualquiera de ellos solo con haber entrado al colegio (y mas si vistió la beca) y saber mascar el Ciceron ó el Breviario, ya cree que se envileceria si se colocara

tras de un mostrador, ó si se pusiera á aprender un oficio en un taller. Esto es aun siendo un triste gramatiquillo, ¿qué será si ha logrado el altisonante y colorado título de bachiller? ¡Oh! entonces se persuade que la tierra no lo merece. ¡Pobres muchachos!

Esta es la primera razon que lo inutiliza para las artes. La segunda es, que como ya son grandes, se les hace pesado el trabajo material, al paso que vergonzoso el ponerse de aprendices en una edad en que los demas son oficiales, y aun se dificultaria bastante que hubiera maestro que quisiera encargarse de la enseñanza y mantencion de tales jayanes.

La tercera razon es, que como en tal caso ya los muchachos tienen el colmillo duro, esto es, ya han probado á lo que sabe la libertad, de manera ninguna se quieren sujetar á lo que tan fácilmente se hubieran sujetado de mas niños; y catate ahí el estado de tu Pedro si lo ponemos á estudiar y muero dejándolo, como es factible, en la mitad de la carrera; pues se queda en el aire sin poder seguir adelante ni volver atras. Y cuando tú veas que en vez de contar con un báculo en que apoyarte en la vejez, solo tienes á tu lado un haragán inútil que de nada te sirve (pues en las tiendas no fian sobre silogismos ni latines), entonces darás á Judas los estudios y las bachillerias de tu hijo. Conque, hija mia, hagamos ahora lo que quisieras ha-

ber hecho despues de mis dias. Pongamos á oficio á Pedro. ¿Qué dices? ¿Qué he de decir? respondió mi madre; sino que tú te empeñas en mortificarme y en hacer infeliz á esa pobre criatura, tratando de ordinario poniéndolo de artesano, y por eso hablas y ponderas tanto. Pues qué ¿ya sabes que es un tonto? ¿ya sabes que te vas á morir en la mitad de sus estudios? ¿y ya sabes, por fin, que porque tú te mueras se cierran todos los recursos? Dios no se muere: parientes tiene y padrinos que lo socorran: ricos hay en México harto piadosos que lo protejan, y yo que soy su madre pediré limosna para mantenerlo hasta que se logre. No, sino que tú no quieres al pobre muchacho; pero ni á mí tampoco, y por eso tratas de darme esta pesadumbre. ¿Qué he de hacer? soy infeliz y tambien mi hijo.... Aquí comenzó á llorar la alma mia de mi madre, y con sus cuatro lágrimas dió en tierra con toda la constancia y solidez de mi buen padre, pues éste, luego que la vió llorar la abrazo como que la amaba tiernamente, y la dijo: no llores, hijita, no es para tanto. Yo lo que te he dicho es lo que me enseña la razon y la esperiencia; pero si es de tu gusto que estudie Pedro, que estudie norabuena; ya no me opongo; quizá querrá Dios prestarme vida para verlo logrado, ó cuando no, su magestad te abrirá camino, como que conoce tus buenas intenciones. Consolóse mi madre con esta receta, y des-

de entonces solo se trató de ponerme á estudiar, y me empezaron á habilitar de ropa negra, arte y demas necesarias menudencias.

No parece sino que hablaba mi padre en profecia, segun que todo sucedió como lo dijo. En efecto, tenia mucho conocimiento de mundo y un juicio perspicaz; pero estas cualidades se perdian, las mas veces, por condescender nimiamente con los caprichos de mi madre.

Muy bueno y muy justo es que los hombres amen á sus mugeres y que las den gusto en todo cuanto no se oponga á la razon; pero no que las contemplen tanto que por no disgustarlas, atropellen con la justicia, esponiéndose ellos, y esponiendo á sus hijos á recoger los frutos de su imprudente cariño como me sucedió á mí. Por eso os prevengo para que vivais sobre aviso, de manera que ameis á vuestras esposas tiernamente segun Dios os lo manda y la naturaleza arreglada os inspira; mas no os afemineis como aquel valientísimo Hércules, que despues que venció leones, javalíes, hidras y cuanto se le puso por delante, se dejó avasallar tanto del amor de Omphale que ésta lo desnudó de la piel del leon Nemeo, lo vistió de muger, lo puso á hilar, y aun lo reñia y castigaba cuando quebraba algun huso, ó no cumplia la tarea que le daba. ¡Qué vergonzosa es semejante afeminacion aun en la fábula!

Las mugeres saben muy bien aprovecharse

de esta loca pasion, y tratan de dominar á semejantes maridos de mantequilla.

Cólera da ver á muchos de estos que no conociendo ni sabiendo sostener su caracter y superioridad, se abaten hasta ser los criados de sus mugeres. No tienen secreto por importante que sea, que no las revelan, no hacen cosa sin tomarlas parecer, ni dan un paso sin su permiso. Las mugeres no han menester tanto para querer salirse de su esfera, y si conocen que este rendimiento del hombre se lo han grangeado con su hermosura, entonces desenrollan de una vez todo su espíritu dominante, y ya teneis en cada una de estas una Omphale, y en cada hombre abatido un Hércules marica y sinvergüenza. En este caso, cuando las mugeres hacen lo que se les antoja á su arbitrio, cuando tienen á los hombres en nada, cuando los encuernan, cuando los mandan, los injurian y aun les ponen las manos, como lo he visto muchas veces, no hacen mas sino cumplir con su inclinacion natural, y castigar la vileza de sus maridos ó amantes sin prevenirlo.

Dios nos libre de un hombre que tiene miedo á su muger, que es preciso que le tome su parecer para ir á hacer esto ó aquello, que sabe que la ha de dar razon de adonde fue y de donde viene, y que si su muger grita y se altera, él no tiene mas recurso que apelar á los mimos y caricias para contentarla. Estos hombres, indignos de nombre tan su-

perior, están siempre dispuestos á ser unos descendientes del cabrío, y unos padres de familia ineptísimos; porque ellos no dirigen á sus hijos, sino ellas. Los mismos muchachos advierten temprano la superioridad de las madres, y no tienen á sus padres el menor miramiento; y mas cuando notan que si cometen alguna picardia por la que el padre quiere castigar, con acogerse á la madre, ésta los defiende, y si se ofrece, arma una pendencia al padre, y se queda cometida la culpa y eludida la pena.

No sin razon dijo un antiguo que las madres ayudan á sus hijos en las iniquidades, y estorban el que sus padres los corrijan (*). Lo que os pondré en una estrofito para que la tengais en la memoria.

Suelen ayudar las madres
A la maldad de sus hijos,
Impidiendo que los padres
Les den el justo castigo.

Es verdad que ni mi padre ni mi madre eran de los hombres afeminados, ni de las mugeres altivas que he dicho. Mi padre algunas veces se sostenia, y mi madre jamás se alzaba ni se alzaba, como dicen, con el santo y la limosna; lo que sucedia era que cuando

(*) *Matres omnes in peccato adjutrices et auxilio in paterna injuria esse solent. Terent.*

no le valian sus insinuaciones y sus ruegos para hacer á mi padre desistir de su intento, apelaba á las lágrimas, y entonces era como milagro que no se saliera con la suya; porque las lágrimas de una muger hermosa y amada, son armas eficacísimas para vencer al hombre mas circunspecto.

Sin embargo, algunas ocasiones se sostenia con el mayor vigor. Era bueno que siempre hubiera conservado igual caracter; mas los hombres no somos dueños de nuestro corazon á todas horas, aunque siempre debiéramos serlo.

Finalmente: llegó el dia en que me pusieron al estudio, y éste fue el de D. Manuel Enriquez, sugeto bien conocido en México, así por su buena conducta, como por su genial disposicion y asentada habilidad para la enseñanza de la gramática latina, pues en su tiempo nadie le disputó la primacia entre cuantos preceptores particulares habia en esta ciudad; mas por una tenaz y general preocupación que hasta ahora domina, nos enseñaba mucha gramática y poca latinidad. Ordinariamente se contentan los maestros con enseñar á sus discípulos una multitud de reglas que llaman *palitos*, con que hagan unas cuantas oracioncillas, y con que traduzcan el Breviario, el Concilio, el catecismo de San Pio V. y por fortuna algunos pedacillos de la Eneida y Ciceron. Con semejante método salen los muchachos habladores y no latinos, como di-

ce el padre Calasanz (*). Tal salí yo, y no podía salir mejor. Saqué la cabeza llena de reglitas, adivinanzas, frases y equivoquillos latinos; pero en esto de inteligencia en la pureza y propiedad del idioma, ni palabra. Traducía no muy mal y con alguna facilidad las homilias del Breviario, y los párrafos del Catecismo de los curas; pero Virgilio, Horacio, Juvenal, Persio, Lucano, Tácito y otros semejantes, hubieran salido vírgenes de mi inteligencia si hubiera tenido la fortuna de conocerlos, á excepcion del primer poeta que he nombrado, pues de éste sabia alguna cosa que le habia oido traducir á mi sábio maestro. Tambien supe medir mis versos, y lo que era exámetro, pentámetro &c.; pero jamas supe hacer un distico.

A pesar de esto, y al cabo de tres años acabé mis primeros estudios á satisfaccion, pues me aseguraban que era yo un buen gramático, y yo lo creia mas que si lo viesse. ¡Válgate Dios por amor propio y cómo nos engañas á ojos vistas! *Ello es que yo hice mi oposicion á toda gramática, y quedé sobre las espumas*, mi maestro y convidados muy contentos, y mis amados padres mas huecos que si me hubiera opuesto á la magistral de México y la hubiera obtenido.

Siguiéronse á esta funcion, las galas, los

(*) En su obrita titulada: *Discernimiento de ingenios*, pág. 162.

L.5.

T.1.

P86



Ello es q' yo hice mi oposicion á toda gramática y quedé sobre las espumas.

abrazos. los agradecimientos á mi maestro, y mi salida del estudio; aunque yo no debo salirme sin deciros otras cositas que aprendí y repasé en aquellos tres años. Como allí no habia un corto número de niños, como en mi buena escuela, sino que habia infinidad de muchachos entre pupilos y capenses, todos hijos de sus madres, y de tan diferentes génios y educaciones, y yo siempre fui un maleta de primera, tuve la maldita atingencia de escoger para mis amigos á los peores; y me correspondieron fielmente y con la mayor facilidad; ya se ve, que cada oveja ama su pareja, y esto es corriente: el asno no se asocia con el lobo, ni la paloma con el cuervo: cada uno ama su semejante. Asi yo no me juntaba con los niños sensatos, pundonorosos y de juicio, sino con los maliciosos y estraviados, con cuyas amistades y compañías cada dia me remataba mas, como os sucederá á vosotros y á vuestros hijos, si despreciando mis lecciones no procurais ó hacerlos que tengan buenos amigos, ó que no tengan ninguno, pues es infalible el axioma divino que nos dice: *con el santo serás santo; y te pervertirás con el perverso.* Asi me sucedió puntualmente: bien, que yo ya estaba pervertido; pero con la compañía de los malos estudiantes me acabé de perder enteramente.

Paréceme que al leer estos renglones esclamais: ¡cómo se mudó tan presto nuestro padre! pues en la última escuela en que es-

tuvo, ¡no había olvidado las malas propiedades que había adquirido en la primera! ¡cómo fue esta metamorfosis tan violenta! Hijos míos: las buenas ó malas costumbres que se imprimen en la niñez, echan muy profundas raíces, por eso importa tanto el dirigir bien á las criaturas en sus primeros años. Los vicios que yo adquirí en los míos, ya por el chiqueo de mi madre, las adulaciones de las viejas mis parientas, el indolente método de mi maestro, el pésimo ejemplo y compañía de tanto muchacho desreglado, y sobre todo esto, por mi natural perverso y mal inclinado, profundizaron mucho en mi espíritu, me costó demasiado trabajo irme deshaciendo de ellos á costa de no pocas reprensiones y caricias de mi buen maestro, y del continuo buen ejemplo que me daban los otros niños. Me parece que si nunca me hubieran faltado semejantes preceptores y condiscípulos, no me hubiera vuelto á estraviar, sino que hubiera asentado una conducta acendrada y religiosa; pero ¡ah! que no hay que fiar en enmiendas forzadas ó pasajeras, porque en faltando el respeto ó el fervor, se lleva el diablo esta clase de enmiendas, y quedamos con nuestro vestido antiguo ó tal vez peores.

Así lo esperiménté yo, bien á mi costa. Estaban mis pasiones sofocadas, no muertas: mi perversa inclinación estaba como retirada; pero aun permanecía en mi corazón como siempre: mi mal gémino no se había extinguido; es-

taba oculto solamente como las brasas debajo de la ceniza que las cubre: en una palabra, yo no obraba tan mal y con el descaño que antes, por el amor y respeto que tenía á mi prudente maestro, y por la vergüenza que me imponían los demás niños con sus buenas acciones; pero no porque me faltaban ganas ni disposición.

En efecto, luego que me separé de estos testigos, á quienes respetaba, y me uní otra vez á otros compañeros tan disipados como yo, volví á soltar la rienda á mis pasiones: corrieron éstas con el desenfreno propio de la edad, y se salieron del círculo de la razón, así como un río se sale de madre cuando le faltan los diques que lo contienen.

Sin duda era el muchacho mas maldito entre los mas relajados estudiantes; porque yo era el *Non plus* de los bufones y chocarros. Esta sola cualidad prueba que no era mi carácter de los buenos, pues en sentir del sabio Pascal, *hombre chistoso, ruin carácter*. Ya sabéis que en los colegios estas frases, *parar la bola; pandorguear, cantaletear*, y otras, quieren decir: *mosar, insultar, provocar, zaherir, injuriar, incomodar y agraviar* por todos los modos posibles á otro pobre; y lo mas injusto y opuesto á las leyes de la virtud, buena crianza y hospitalidad es, que estos graciosos hacen lucir su habilidad infame sobre los pobres niños nuevos que entran al colegio. Hé aquí cuan recomendables son estos

truanes majaderos para que atados á un pilar del colegio sufrieran cien azotes por cada pandorga de estas; pero lo sensible es, que los *catedráticos*, *pasantes*, *sotaministros* y demas personas de autoridad en tales comunidades, se desentienden del todo de esta clase de delito, que lo es sin duda grave, y pasa por *muchachada*, aun cuando se quejan los agraviados, sin advertir que esta su condescendencia autoriza esta depravada corruptela, y ella ayuda á acabar de formar los espíritus crueles de los estragatistas como á mí, que veia llorar á un niño de estos desgraciados, á quienes afligia sumamente con las injurias y befa que les hacia, y su llanto que me debia enternecer y refrenar, como que era el fruto del sentimiento de unas criaturas inocentes; me servia de estremés y motivo de risa, y de redoblar mis befas con mas empeño.

Considerad por aqui cuál seria mi bella índole, cuando tenia la fama de ser el mejor pandorguista de todo el colegio, y decian mis compañeros que yo le paraba la bola á cualquiera; que era lo mismo que decir que yo era el mas indigno de todos ellos, y que ninguno, bueno ó malo, dejaria de incomodarse si escuchaba en su contra mi maldita lengua. ¡Os parece, hijo mio, esta circunstancia algo favorable? ¡Con ella sola no advertis mi depravado espíritu y condicion? porque el hombre que se complace en afligir á otro su se-

mejante, no puede menos que tener una alma ruin y un corazon protervo. Ni valga decir, que lo hacen unos muchachos, pues esto lo que prueba es, que si aun desde muchachos son malos, de grandes serán peores, si Dios y la razon no los modera, lo que no es muy comun. Yo tuve una multitud de condiscípulos, y por observacion he visto que ha salido bueno raro de estos genios burlones con exceso; y lo peor es que hay mucho de esto en nuestros colegios.

Por estos principios conoceréis que era perverso en todo. En fin, entré á estudiar filosofia.

CAPÍTULO V.

Escribe Periquillo su entrada al curso de artes: lo que aprendió: su acto general; su grado, y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber.

Acabé mi gramática, como os dije, y entré al máximo y mas antiguo colegio de S. Ildefonso á estudiar filosofia, bajo la direccion del Dr. D. Manuel Sanchez y Gomez, que hoy vive para ejemplar de sus discipulos. Aun no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento en ciencias de su metrópoli; aun no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofia moderna en todas sus partes, todavia resonaban en sus aulas los er-

rores de Aristóteles. Aun se oía discutir sobre el ente de razón, las cualidades ocultas, y la materia prima; y esta misma se definía con la esplicacion de la nada, *nec est quid, &c.* Aun la física experimental no se mentaba en aquellos recintos, y los grandes nombres de *Cartesio, Newton, Para, Muschembroek* y otros, eran poco conocidos en aquellas paredes que han depositado tantos ingenios célebres y únicos, como el de un Portillo. En fin, aun no se abandonaba enteramente el sistema peripatético que por tantos siglos enseñó los entendimientos mas sublimes de la Europa, cuando mi sábio maestro se atrevió el primero á manifestarnos el camino de la verdad sin querer parecer singular, pues escogió lo mejor de la lógica de Aristóteles y lo que le pareció mas probable de los autores modernos en los rudimentos de física que nos enseñó; y de este modo fuimos unos verdaderos eclécticos, sin adherir caprichosamente á ninguna opinion, ni diferir á sistema alguno, solo por inclinacion al autor.

A pesar de este prudente método, todavia aprendimos bastantes despropósitos de aquellos que se han enseñado por costumbre, y los que convenia quitar, segun la razon y el ilustrisimo Feijoo, en los discursos X, XI y XII, del tomo 7 de su Teatro critico.

Asi como en el estudio de la gramática aprendí varios equivoquillos impertinentes, segun os dije, como v. g. *Cara coles comcs; pás-*

tor cito come ad oves: non est peccatum mortale occidere patrem suum, y otras simplezas de estas; asi tambien en el estudio de las súmulas aprendí luego luego mil sofismas ridículos, de los que hacia mucho alarde con los condiscipulos mas cándidos como por ejemplo: *besar la tierra es acto de humildad: la muger es tierra; luego, &c. Todos los apóstoles son doce, S. Pedro es apóstol, ergo &c.;* y cuidado, que echaba yo un ergo con mas garbo que el mejor doctor de la Academia de París, y le empataba una negada á la verdad mas evidente: ello es, que yo argüía y disputaba sin cesar, aun lo que no podia comprender; pero sabia fiar mi razon de mis pulmones, en frase del padre Isla. De suerte que por mas quinadas que me dieran mis compañeros, yo no cedía. Podia haberles dicho: á entendimiento me ganarán; pero á griton non: cumpliéndose en mí, cada rato, el comun refran de que *quien mal pleito tiene, á voces lo mete.*

¿Pues qué tal seria yo de tenaz y tonto despues que aprendí las reducciones, reduplicaciones, equipolencias y otras baratijas de estas, especialmente ciertos desatinados versos, que os he de escribir solamente porque veais á lo que llegan los hombres por las letras. Leed, y admirad.

*Barbara, Celarent, Darii, Ferio Baralipon.
Celantics, Dubitis, Fapesmo, Frisesomorum.
Cesure, Camestris, Festino, Baroco, Darapti.
Felapton, Disamis, Datisti, Bocardo, Ferison.*

¡Qué tall! ¡No son estos versos estupendos! ¡no están mas propios para adornar redomas de botica, que para enseñar reglas sólidas y provechosas! ¡pues hijos míos, yo percibí inmediatamente el fruto de su invencion; porque desatinaba con igual libertad por *Barbara* que por *Ferison*, pues no producía mas que barbaridades á cada palabra. Primero aprendí á hacer sofismas que á conocerlos y desvanecerlos: antes supe obscurecer la verdad, que indagarla: efecto natural de las preocupaciones de las escuelas y de la pedanteria de los muchachos.

En medio de tanta barahunda de voces y terminajos exóticos, supe qué cosa eran silogismo, entimema, sorites y dilemma. Este último es argumento terrible para muchos señores casados, porque lastima con dos cuernos, y por eso se llama bicornuto; y así no pueden absolverlo en forma si se les dijera, v. g. ó quieres que te la pegue tu muger, ó no: si quieres eres cornudo; si no quieres, ella te la sabrá pegar y hará que quieras: luego quieras ó no quieras te ha de lastimar el argumento y te ha de probar tu cornucopia. Este era mi modo de argüir, y ya vereis que es concluyente.

Para no cansaros, yo pasé mi curso de lógica con la misma velocidad que pasa un rayo por la atmósfera sin dejarnos señal de su carrera, y así despues de disputar harto y seguido sobre las operaciones del entendimien-

to, sobre la lógica natural, artificial y utente: sobre su objeto formal y material: sobre los modos de saber: sobre si, Adán perdió ó no la ciencia por el pecado: (cosa que no se le ha disputado al demonio) sobre si la lógica es ciencia ó arte, y sobre treinta mil cosicosas de estas, yo quedé tan lógico como sastre; pero eso sí, muy contento y satisfecho de que sería capaz de concluir en el ergo al mismo Estagirita: ignoraba yo que por los frutos se conoce el árbol, y que segun esto, lo mismo sería meterme á disputar en cualquiera materia, que dar á conocer á todo el mundo mi insuficiencia. Con todo eso, yo estaba mas hueco que un calabazo, y decia á boca llena que era *lógico* como casi todos mis condiscipulos.

No corrí mejor suerte en la fisica. Poco me entretuve en distinguir la particular de la universal: en saber si esta trataba de todas las propiedades de los cuerpos, y si aquella se contraía á ciertas especies determinadas. Tampoco averigué qué cosa era fisica experimental, ó teórica: ni en distinguir el experimento constante del fenómeno raro, cuya causa es incógnita: ni me detuve en saber qué cosa era *mecánica*: cuáles las leyes del movimiento y la quietud: qué significaban las voces *fuerza*, *virtud*, y cómo se componian ó descomponian estas cosas: menos supe qué era *fuerza centripeta*, *centrifuga*, *tangente*, *atraccion*, *gravedad*, *peso*, *potencia*, *resistencia*, y

otras friolerillas de esta clase: y ya se debe suponer que si esto ignoré, mucho menos supere qué cosa era *estática, hidrostática, hidráulica, aerometría, óptica* y trescientos palitros de estos; pero en cambio, disputé ferrosamente sobre si la esencia de la materia estaba conocida, ó no: sobre si la trina dimension determinada era su esencia, ó la agua: sobre si repugnaba el vacio en la naturaleza: sobre la divisibilidad en infinito, y sobre otras alaracas de este tamaño, de cuya ciencia ó ignorancia maldito el daño ó provecho que nos resulta. Es cierto que mi buen preceptor nos enseñó algunos principios de geometría, de cálculo y de física moderna; mas fuérase por la cortedad del tiempo, por la superficialidad de las pocas reglas que en él cabian, ó por mi poca aplicacion, que seria lo mas cierto, yo no entendí palabra de esto; y sin embargo decia al concluir este curso, que era *físico*, y no era mas que un ignorante paratato; pues despues que sustenté un actillo de física, de memoria, y despues que hablaba de esta enorme ciencia con tanta satisfacion en cualquiera concurrencia, tomo que me mochen si hubiera sabido explicar en qué consiste que el chocolate dé espuma, mediante el movimiento del molinillo; por qué la llama hace figura cónica, y no de otro modo: por qué se enfria una taza de caldo ú otro licor soplándola, ni otras cosillas de estas que traemos todos los dias entre manos.

Lo mismo, y no de mejor modo, decia yo que sabia metafísica y ética, y por poco aseguraba que era un nuevo Salomon despues que conluí, ó concluyó conmigo, el curso de artes.

En esto se pasaron dos años y medio: tiempo que se aprovechara mejor con menos reglitas de sùmulas, algun ejercicio en cuestiones útiles de lógica, en la enseñanza de lo muy principal de metafísica, y cuanto se pudiera de física, teórica y experimental.

Mi maestro creo que asi lo hubiera hecho si no hubiera temido singularizarse, y tal vez hacerse objeto de la crítica de algunos zoylos, si se apartaba de la rutina antigua enteramente.

Es verdad, y esto ceda siempre en honor de mi maestro; es verdad que, como dejo dicho, ya nosotros no disputábamos sobre el *ente de razon, cualidades ocultas, formalidades, hecceidades, quididades, intenciones*, y todo aquel enjambre de voces insignificantes con que los aristotélicos pretendian explicar todo aquello que se escapaba á su penetracion. „Es „verdad, dirémos con Juan Buchardo Meck- „nio, que no se oyen ya en nuestras escue- „las estas cuestiones con la frecuencia que en „los tiempos pasados; pero ¿se han aniquila- „do del todo? ¿están enteramente limpias las „universidades de las heces de la barbárie? „Me temo que dura todavia en algunas la te- „nacidad de las antiguas preocupaciones, si no

„del todo, quizá arraigada en cosas que bas-
„tan para detener los progresos de la verda-
„dera sabiduria.” Ciertamente que la decla-
macion de este crítico tiene mucho lugar en
nuestra México.

Llegó por fin el dia de recibir el grado de
bachiller en artes. Sostuve mi acto á satis-
faccion, y quedé grandemente, asi como en
mi oposicion á toda gramática; porque como
los réplicas no pretendian lucir sino hacer lu-
cir á los muchachos, no se empeñaban en sus
argumentos, sino que á dos por tres se daban
por muy satisfechos con la solución menos
nerviosa, y nosotros quedábamos mas anchos
que verdolaga en huerta de indio, creyendo
que no tenian instancia que oponernos. ¡Qué
ciego es el amor propio!

Ello es que así ó asado, yo quedé perfec-
tamente, ó á lo menos asi me lo persuadí,
y me dieron el grande, el sonoro y retum-
bante título de baccalauro, y quedé aproba-
do *ad omnia*. ¡Santo Dios! ¡Qué dia fue aquel
para mí tan plausible, y qué hora la de la
ceremonia tan dichosa! Cuando yo hice el ju-
ramento de instituto, *cuando colocado frente
de la cátedra en medio de dos señores bede-
les con mazas al hombro, me oí llamar bachi-
ller en concurso pleno, dentro de aquel sobe-
rbio General, y nada menos que por un
señor doctor, con su capelo y borla de lim-
pia y vistosa seda en la cabeza, pensé mo-
rime, ó á lo menos volverme loco de gusto,*

L6.

T1.

P.98.



*Cuando colocado frente de la Cátedra en medio
de dos Sres. Bedeles con mazas al hombro me
oí llamar Bachiller.... por un Sr. Doctor con su
Capelo de limpieza, pensé morirme ó volverme lo-
co de gusto.*

Tan alto concepto tenía entonces formado de la bachillería, que aseguro á ustedes que en aquel momento no lo hubiera trocado por el título de un brigadier ó mariscal de campo. Y no creais que es hiperbólica esta proposición, pues cuando me dieron mi título en latin y autorizado formalmente, creció mi entusiasmo, de manera, que si no hubiera sido por el respeto de mi padre y convidados que me contenia, corro las calles, como las corrió el Ariosto cuando lo coronó por poeta Maximiliano I. ¡Tanto puede en nosotros la violenta y excesiva excitacion de las pasiones, sean las que fueren, que nos engaña y nos saca fuera de nosotros mismos como febricitantes ó dementes!

Llegamos á mi casa, la que estaba llena de viejas y mozas, parientas y dependientes de los convidados, los cuales luego que entré, me hicieron mil zalemas y cumplidos. Yo correspondí más esponjado que un guajolote; ya se ve, tal era mi vanidad. La inocente de mi madre estaba demasiado placentera: el regocijo le brotaba por los ojos.

Desnudéme de mis hábitos clericales y nos entramos á la sala donde se habia de servir el almuerzo, que era el centro á que se dirigian los parabienes y ceremonias de aquellos comeditísimos comedores. Creedme, hijos míos, los casamientos, los bautismos, las cantamisas y toda fiesta en que veais concurrencia, no tienen otro mayor atractivo que

la mamuncia. Sí, la coca, la coca es la campana que convoca tantas visitas, y la bandera que recluta tantos amigos en momentos. Si estas fiestas fueran á secas, seguramente no se vierán tan acompañadas.

Y no penseis que solo en México es esta pública gorronería.

En todas partes se cuecen habas, y en prueba de ello, en España es tan corriente, que allá saben un versito que alude á esto. Así dice.

*A la raspa venimos,
Virgen de Illescas,
A la raspa venimos;
Que no á la fiesta.*

Así es, hijos, á la raspa va todo el mundo y por la raspa; que no por dar días ni parabienes. Pero ¿qué mas? Si yo he visto que aun en los pésames no falta la raspa, antes suelen comenzar con suspiros y lamentos y concluir con bizcochos, queso, aguardiente, chocolate ó almuerzo, segun la hora: ya se ve, que habrán oido decir, que los duelos con pan son buenos, y que á barriga llena, corazón contento.

No os disgusteis con estas digresiones, pues á mas de que os pueden ser útiles, si os sabeis aprovechar de su doctrina, os tengo dicho desde el principio, que serán muy frecuentes en el discurso de mi obra, y que ésta es fruto de la inaccion en que estoy en

esta cama; y no de un estudio serio y meditado; y así es que voy escribiendo mi vida segun me acuerdo, y adornándola con los consejos, crítica y erudicion que puedo en este triste estado: asegurandoos sinceramente que estoy muy lejos de pretender ostentarme sabio, así como deseo seros útil como padre, y quisiera que la lectura de mi vida os fuera provechosa y entretenida, y bebierais el saludable amargo de la verdad en la dorada copa del chiste y de la erudicion. Entonces sí estaria contento y habria cumplido cabalmente con los deberes de un sólido escritor, segun Horacio (*), y conforme mi libre traduccion.

*De escritor el oficio desempeña,
Quien divierte al lector y quien lo enseña.*

Mas en fin, yo hago lo que puedo; aunque no como lo deseo.

Sentámonos á la mesa, comenzamos á almorzar alegremente, y como yo era el santo de la fiesta, todos dirigian ácia mí su conversacion. No se hablaba sino del niño bachiller, y conociendo cuan contentos estaban mis padres, y yo cuan envanecido con el tal título, todos nos daban no por donde nos dolia, sino por donde nos agradaba. Con esto no se oía sino tenga vd. bachiller: beba vd. bachiller:

(*) *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,
Lectorem delectando pariterque monendo.*

¡mire vd. bachiller: y torna bachiller, y vuelve bachiller, á cada instante.

Se acabó el almuerzo: despues siguió la comida y á la noche el bailecito, y todo ese tiempo fue un continuo bachilleramiento. ¡Válgame Dios y lo que me bachillerearon ese dia! hasta las viejas y las criadas de casa me daban mis bachillereadas de cuando en cuando. Finalmente, quiso la Magestad divina que concluyera la frasca, y con ella tanta bachilleria. Fuéronse todos á sus casas. Mi padre quedó con sesenta ó setenta pesos menos, que le costó la funcion, yo con una presuncion mas, y nos retiramos á dormir, que era lo que faltaba.

A otro dia nos levantamos á buena hora; y yo que pocas ántes habia estado tan ufano con mi título, y tan satisfecho con que me estuviesen regalando las orejas con su repeticion, ya entonces no le percibia ningun gusto. ¡Qué cierto es que el corazon del hombre es infinito en sus deseos, y que únicamente la sólida virtud puede llenarlo!

No entendais que ahora me hago el santucho y os escribo estas cosas por haceros creer que he sido bueno. No: lejos de mí la vil hipocresia. Siempre he sido perverso, ya os lo he dicho, y aun postrado en esta cama, no soy lo que debia; mas esta confesion os ha de asegurar mejor mi verdad, porque no sale empujada por la virtud que hay en mí, sino por el conocimiento que tengo de ella, y conocimiento que no puede esconder

el mismo vicio; de suerte, que si yo me levanto de esta enfermedad y vuelvo á mis antiguos estravios (lo que Dios no permita) no me desdeciré de lo que ahora os escribo, ántes os confesaré que hago mal; pero conozco el bien (*).

Volviendo á mí, digo, que á los dos ó tres dias de mi grado, determinaron mis padres enviarme á divertir á unos herraderos que se hacian en una hacienda de un su amigo, que estaba inmediata á esta ciudad. Fuíme en efecto....

CAPITULO VI.

En el que nuestro bachiller da razon de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido.

Llegué á la hacienda en compañía del amigo de mi padre, que era no menos que el amo ó dueño de ella. Apeámonos y todos me hicieron una acogida favorable.

Con ocasion del divertimento que habia de los herraderos, estaba la casa llena de gente lucida, asi de México como de los demas pueblos vecinos.

Entramos á la sala, me senté en buen lugar en el estrado; porque jamás me gustó retirarme á largo trecho de las faldas, y des-

(*) *Videó meliora, proboque deteriora sequor. Ovid.*

pues que hablaron de varias cosas de campo, que yo no entendia, la señora grande, que era esposa del dueño de la dicha hacienda, trabó conversacion conmigo y me dijo: conque señorito; ¿qué le han parecido á vd. esos campos por donde ha pasado? Le habrán causado su novedad, porque es la primera vez que sale de México, segun noticias. Asi es, señora, la dije, y los campos me gustan demasiado. Pero no como la ciudad, ¿es verdad? me dijo. Yo por política le respondí: sí señora, me han gustado, aunque ciertamente no me desagrada la ciudad. Todo me parece bueno en su línea; y asi estoy contento en el campo como en el campo; y divertido en la ciudad como en la ciudad. Celebraron bastante mi respuesta, como si hubiera dicho alguna sentencia catoniana, y la señora prosiguió el elogio diciendo: sí, sí, el colegial tiene talento, aunque luciera mejor si no fuera tan travieso, segun nos ha dicho Januario.

Este Januario era un jóven de diez y ocho á diez y nueve años, sobrino de la señora, condiscípulo siempre y grande amigo mio. Tal sali yo, porque era demasiado burlon y gran bellaco, y no le perdí pisada ni dejé de aprovecharme de sus lecciones. El se hizo mi intimo amigo desde aquella primera escuela en que estuve, y fue mi eterno agüizote y mi sombra inseparable en todas partes, porque fue á la segunda y tercera escuela en que me pusieron mis padres; salió conmigo, y conmigo en-

tró y estudió gramática en la casa de mi maestro Enriquez: sali de allí, salió él: entré á S. Ildefonso, entró él tambien: me gradué, y se graduó en el mismo dia.

Era de un cuerpo gallardo, alto y bien formado; pero como en mi consabida escuela era constitucion que nadie se quedara sin su mal nombre, se lo cascábamos á cualquiera aunque fuera un Narciso ó un Adonis; y segun esta regla le pusimos á D. Januario *Juan Largo*, combinando de este modo el sonido de su nombre y la perfeccion que mas se distinguia en su cuerpo. Pero despues de todo, él fue mi maestro y mi mas constante amigo; y cumpliendo con estos deberes tan sagrados, no se olvidó de dos cosas que me interesaron demasiado y me hicieron muy buen provecho en el discurso de mi vida, y fueron: inspirarme sus malas mañas, y publicar mis prendas, y mi sobrenombre de *PERIQUILLO SARNIENTO* por todas partes; de manera, que por su amorosa y activa diligencia lo conservé en gramática, en filosofia y en el público cuando se pudo. Ved, hijos míos, si no seria yo un ingrato si dejara de nombrar en la historia de mi vida con la mayor efusion de gratitud á un amigo tan útil, á un maestro tan eficaz, y al pregonero de mis glorias; pues todos estos títulos desinpeñó á satisfaccion ei grande y benemérito Juan Largo.

No sabia, con todo eso, si aquellas señoras tenian tan larga relacion de mí, ni si sa-

106
 bían mi retumbante nombrecillo. Estaba muy ufano en el estrado dando taba, como dicen, con la señora y una porcion de niñas, entre las cuales no era la menos viva y platiconcilla la hija de la señora mi panegirista, que no me pareció terció de paja, porque sobre no haber quince años feos y estar ella en sus quince, era demasiado bonita é interesante su figura: motivo poderoso para que yo procurara manejarme con cierta afabilidad y circunspeccion lo mejor que podia para agradarla; y ya habia notado que cuando decia yo alguna facetada colegialuna, ella se reia la primera y celebraba mi genialidad de buena gana.

Estaba yo, pues, quedando bien y en lo mejor de mi gusto, cuando en esto que escuché ruido de caballos en el patio de la hacienda, y antes de preguntar quien era, se fue presentando en medio de la sala, con su buena manga, paño de sol, botas de campaña, y demas aderezos de un campista decente.... ¿quién piensan ustedes que seria? ¿Quién habia de ser, por mis negros pecados, sino el demonio de Juan Largo, mi caro amigo y favorecedor! Al instante que entró, me vió, y saludando á todos los concurrentes en comun y sobre la marcha, se dirigió á mí con los brazos abiertos y me halagó las orejas de esta suerte: ¡o mi querido Periquillo Sarnientol! ¡tanto bueno por acá? ¡cómo te va, hermano? ¡qué haces? siéntate....

Lam. 7.

T 1.

P 106.



¿Luego habia de ser por mis negros pecados, sino el demonio de Juan Largo mi caro amigo y favorecedor?

No puedo ponderar la enojada que me di al ver como aquel maldito en un instante habia descubierto mi sarna y mi periqueria delante de tantos señores decentes, y lo que yo mas sentia, delante de tantas viejas y muchachas burlonas, las que luego que oyeron mis dictados comenzaron á reirse á carcajadas con la mayor impudencia y sin el menor miramiento de mi personita. Yo no sé si me puse amarillo, verde, azul ó colorado, lo que si me acuerdo es, que la sala se me oscureció de la cólera, y los carrillos y orejas me ardian mas que si los hubiesen estregado con chile. Miré al condenado Juan Largo, y le respondí no sé qué, con mucho desdén y gravedad, creyendo con este entono corregir la burla de las muchachas y la insolencia de mi amigo; pero nada menos que eso conseguí, pues mientas yo me ponía mas serio, las muchachas reian de mejor gana, de modo que parecia que les hacian cosquillas á las muy puercas, y el pícaro de Juan Largo añadía nuevas facetadas con que redoblaban sus caquinos. Viéndome yo en tal apuro, hube de ceder á la violencia de mi estrella y disimular la bola que tenia, riéndome con todos; aunque si va á decir verdad, mi risa no era muy natural, sino algo sardónica.

En fin, despues que me periquearon bastante y disecaron el hediondo cadáver de su sarnosa etimología, ya que no tenian bazo para reir, ni aquel bribon bufonada con que in-

lor de
ché rui
cienda,
fue pre
buen
na,
te.
he

sultarme, cesó la escena, y calmó, gracias á Dios, la tempestad.

Entonces fue la primera vez que conocí cuán odioso era tener un mal nombre, y qué carácter tan vil es el de los rufianes y graciosos, que no tienen lealtad ni con su camisa; porque son capaces de perder el mejor amigo por no perder la facetada que les viene á la boca en la mejor ocasion; pues tienen el arte de herir y avergonzar á cualquiera con sus chocarrerias, y tan á mala hora para el agraviado, que parece que les pagan, como me sucedió á mí con mi buen condiscipulo, que me fue á hacer quedar mal, justamente cuando estaba yo queriendo quedar bien con su prima. Detestad, hijos míos, las amistades de semejante clase de sugetos.

Llegó la hora de comer, pusieron la mesa, y nos sentamos todos segun la clase y carácter de cada uno. A mí me tocó sentarme frente á un sacerdote vicario de Tlalnepantla, á cuyo lado estaba el cura de Cuautitlan, lugar á siete leguas de México, que era un viejo gordo y harto sério.

Comieron todos alegremente, y yo tambien, que como muchacho al fin, no era rencoroso, y mas cuando trataban de complacerme con abundancia de guisados esquisitos y sabrosos dulces; porque D. Martin, que así se llamaba el amo, era bastante liberal y rico.

Durante la comida hablaron de muchas cosas que yo no entendí; pero despues que al-

zaron los manteles, preguntó una señora ¿si habiamos visto *la cometa*? El cometa dirá vd., señorita, dijo el padre vicario. Eso es, respondió la madama. Si lo hemos visto estas noches en la azotea del curato y nos hemos divertido bastante. ¡Ay! que diversion tan fea dijo la madama. ¿Por qué señorita? ¿Por qué? porque ese cometa es señal de algun daño grande que quiere suceder aquí. Riase vd. de eso, decia el cleriguito: los cometas son unos astros como todos, lo que sucede es, que se ven de cuando en cuando porque tienen mucho que andar, y así son tardones, pero no maliciosos. Si nó, ahí está nuestro amigo D. Januario, que sabe bien qué cosa son los cometas, y por qué se dan tanto á desear de nuestros ojos, y él nos hará favor de explicarlo con claridad para que ustedes se satisfagan. Sí, Januarito, anda, dinos como está eso, dijo la prima; mas el demonio de Juan Largo sabia tanto de cometas como de pirothemia, pero era muy tonto; y así sin cortarse respondió: prima, ese encargo se lo puedes hacer á mi amigo Perico por dos razones, la una porque es muchacho muy hábil, y la dos, porque siendo esta súplica tuya, propia para hacer lucir una buena explicacion cometal, por regla de política debemos obsequiar con estos lucimientos á los huéspedes. Conque vamos, súplicale al Sarnientito que te lo explique: verán ustedes que pico de muchacho. Así que él no esté con nosotros yo te explicaré, no

digo que cosa son cometas, y por donde caminan, que es lo que ha apuntado el padrecito, sino que te diré cuantos son todos los luceros, como se llama cada uno, por donde andan, que hacen, en que se entretienen, con todas las menudencias que tú quieras saber, satisfecho que tengo de contentar tu curiosidad por prolija que sea, sin que haya miedo que no me creas, pues como dijo tío Quevedo:

*El mentir de las estrellas
Es un seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas:*

Conque ya quedamos, Poncianita, que te explicaré el cometa al derecho y al revés mi amigo Perucho, mientras que yo con licencia de estos señores voy á ensillar mi caballo, y diciendo y haciendo se disparó fuera de la sala sin atender á que yo decia, que estando allí los señores padres, ellos satisfarian el gusto de la señorita mejor que yo. No valió la excusa: el vicario de Tlalnepantla me habia conocido el juego, y porfiaba en que fuera yo el explicador. Yo, decia, no señores: fuera una groseria que yo quisiera lucir donde están mis mayores. El cura, que era tan socaron como serio, al oír esta mi urbanidad, se sonrió al modo de conejo y dijo: sabrán ustedes para bien saber, que en tiempo de maras, habia en mi parroquia un cura muy ton-

to y vano, entre los que eran mas tontos: él, pues, un dia estaba predicando lleno de satisfaccion cuantas majaderias se le venian á la cabeza, á unos pobres indios que eran los que únicamente podian tener paciencia de escucharlo. Estaba en lo mas fervoroso del sermón, cuando fue entrando en la iglesia el arzobispo mi señor, que iba á la santa visita. Al instante que entró alborotóse el auditorio y turbóse el predicador; siendo su sorpresa mayor que si hubiera visto al diablo. Callóse la boca, quitóse el bonete, y diciendo su Ilustrísima que continuara, exclamó: ¡cómo era capaz, señor Ilustrísimo, que estando presente mi prelado, fuera yo tan grosero que me atreviera á seguir mi sermón! Eso no, suba usía Ilustrísima, y acabelo, mientras acabo yo la Misa *pro populo*. El arzobispo no pudo contener la risa al ver la grande urbanidad de este cura ignorante, y lo bajó del púlpito y del curatón: apliquen ustedes. Calló el padre gordo diciendo esto. Sonriose el vicario y las mugeres, y yo no dejé de correrme, aunque me cabia cierta duda en si lo diria por mi política, ó por la de Juan Largo; mas no duré mucho en esta suspencion, porque el zaragate del padre vicario probó de una vez todo su arbitrio diciendo á la Poncianita: vd. miña, elija quien ha de explicar lo que es cometa, el colegial ó yo; y si la eleccion recae en mí, lo hare con mucho gusto, porque no me agrada que me rueguen, ni sé hacer desaire á las

señoras. Sin duda la guiñó del ojo; porque al instante me dijo la prima de Largo: vd. señor, quisiera me hiciera ese favor. No me pude escapar: me determiné á darle gusto; mas no sabia ni por donde comenzar, porque mal-dito si yo sabia palabra de cometas, ni cometos: sin embargo, con algun orgullo (prenda esencialísima de todo ignorante) dije: pues, señores, los cometas, ó las cometas, como otros dicen, son unas estrellas mas grandes que todas las demas; y despues de que son tan grandes, tienen una cola muy larguísima.... ¡Muy larguísima! dijo el vicario: y yo que no conocia que se admiraba de que ni castellano sabia hablar, le respondí lleno de vanidad; si, Padre, muy larguísima, ¿pues qué no la ha visto vd.? Vaya, sea por Dios, me contestó. Yo proseguí: estas colas son de dos colores, ó blancas ó encarnadas: si son blancas, anuncian paz ó alguna felicidad al pueblo; y si son coloradas como teñidas de sangre, anuncian guerras ó desastres; por eso la cometa que vieron los reyes magos tenia su cola blanca, porque anunció el nacimiento del Señor, y la paz general del mundo, que hizo por esta razon el rey Octaviano, y esto no se puede negar, pues no hay nacimiento alguno en la noche buena que no tenga su cometita con la cola blanca. El que no los veamos muy seguido es porque Dios los tiene allá retirados, y solo los deja acercarse á nuestra vista cuando han de anunciar la muerte de algun rey, el nacimiento

de algun santo, ó la paz ó la guerra en alguna ciudad, y por eso no los vemos todos los dias; porque Dios no hace milagros sin necesidad. El cometa de este tiempo tiene la cola blanca, y seguramente anuncia la paz de España con el Inglés. Esto es, dije yo muy satisfecho, esto es lo que hay acerca de los cometas. Está vd. servida señorita. Muchas gracias, dijo ella. No, no muchas, dijo el vicario; porque el señorito, aunque me dispense, no ha dicho palabra en su lugar; sino un atajo de disparates endiablados. Se conoce que no ha estudiado palabra de astronomía, y por lo propio ignora qué cosas son estrellas fijas, qué son planetas, cometas, constelaciones, dígitos, eclipses &c. &c. Yo tampoco soy astrónomo, amiguito, pero tengo alguna tintura de una que otra cosilla de estas; y aunque es muy superficial, me basta para conocer que vd. tiene menos, y así habla tantas barbaridades; y lo peor es que las habla con vanidad, y creyendo que entiende lo que dice y que es como lo entiende; pero para otra vez no sea vd. cándido. Sepa vd. que los cometas no son estrellas, ni se ven por milagro, ni anuncian guerras, ni paces, ni la estrella que vieron los reyes del Oriente cuando nació el Salvador, era cometa, ni Octaviano fue rey, sino cesar ó emperador de Roma, ni éste hizo la paz general con el mundo por aquel divino natalicio; sino que el príncipe de la paz Jesucristo, quiso nacer cuando reinaba en el universo una paz general.

que fue en tiempo de Augusto Cesar Octaviano, ni crea vd. finalmente, ninguna de las demas vulgaridades que se dicen de los cometas; y porque no piense vd. que esto lo digo á tintin de boca, le explicaré en breve lo que es cometa. Oiga vd. Los cometas son planetas como todos los demas, esto es: lo mismo que la Luna, Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Jupiter, Saturno y Herschel, los cuales son unos cuerpos esféricos (esto es, perfectamente redondos, ó como vulgarmente decimos, unas bolas) son opacos, no tienen ninguna luz de por sí, asi como no la tiene la tierra, pues la que reflectan ó nos envian, se la comunica el sol. La causa de que los veamos de tarde en tarde, es porque su curso es irregular respecto á los demas planetas, quiero decir: aquéllos hacen sus giros sobre el sol esférica, y éstos elípticamente, pues, unos dan su vuelta redonda, y otros (los cometas) larga; y esta es la causa porque teniendo mas camino que andar, nos tardamos nosotros mas en verlos; asi como mas pronto verá vd. al que haya de ir y venir de aquí á México, que al que haya de ir y venir de aquí á Goatemala; porque el primero tiene menos que andar que el segundo. Esas colas que se les advierten, no son, segun los que entienden, otra cosa mas que unos vapores que el sol les estraee ilumina, asi como ilumina la ráfaga de atomos cuando entra por una ventana; y este mismo sol, conforme la

disposicion en que comunica su luz á este vapor, hace que estas colas de los cometas nos presten un color blanco ó rojo, para cuya persuasion no necesitamos atormentar el entendimiento, pues todos los dias advertimos las nubes iluminadas con una luz blanca ó roja segun su posicion respecto al sol. En virtud de esto, nada tenemos que esperar favorable del color blanco de las colas de los cometas, ni que temer adverso por su color rojo. Esto es lo mas fundado y probable por los físicos en esta materia: lo demas son vulgaridades que ya todo el mundo desprecia. Si vd. quisiere imponerse á fondo de estas cosas, lea al padre Almeida, al Brison, y á otros autores traducidos al castellano que tratan de la materia *pro famatiori*, esto es, con estension. La que yo he tenido para explicar este asunto, ha sido demasiada, y verdaderamente tiene visos de pedanteria, pues estas materias son ajenas y tal vez ininteligibles á las personas que nos escuchan, exceptuando al sr. cura; pero la ignorancia y vanidad de vd. me han comprometido á tocar una materia singular entre semejantes sugetos, y que por lo mismo conozco habré quebrantado las leyes de la buena crianza; mas la prudencia de estos señores me dispensará, y vd. me agradecerá ó no, mis buenas intenciones, que se reducen á hacerle ver, no se meta jamás á hablar en cosas que no entiende.

Contemplan ustedes cómo quedaria yo con

semejante responsorio? Al instante conocí que aquel padre decia muy bien, por mas que yo sintiera su claridad, pues aunque he sido ignorante; no he sido tonto, ni he tenido cabeza de tepeguaje: fácilmente me he docilitado á la razon; porque en la realidad, hay verdades tan demostradas y penetrantes que se nos meten por los ojos á pesar de nuestro amor propio. ¡Infelices de aquellos cuyos entendimientos son tan obtusos que no les entran las verdades mas evidentes! y mas infelices aquellos cuya obstinacion es tal que los hace cerrar los ojos para no ver la luz. ¡Qué pocas esperanzas dan unos y otros de prestarse dóciles á la razon en ningun tiempo! Quedéme confuso, como iba diciendo, y creo que mi vergüenza se conocia por sobre de mi ropa; porque no me atreví á hablar una palabra, ni tenia qué. Las señoras, el cura y demas sugetos de la mesa, solo se miraban y me miraban de hito en hito, y esto me corria mas y mas.

Pero el mismo padre vicario, que era un hombre muy prudente, me quitó de aquella media naranja con el mejor disimulo, diciendo: señores, hemos hablado bastante: yo voy á rezar visperas, y es regular que las señoras quieran reposar un poco para divertirnos esta tarde con los toritos.

Levantóse luego de la mesa, y todos hicieron lo mismo. Las señoras se retiraron á lo interior de la casa, y los hombres, unos se ti-

raron sobre los canapees: otros cogieron un libro: otros se pusieron á divertir á juegos de naipes, y otros, por fin, tomaron sus escopetas y se fueron á pasar el rato á la huerta.

Solo yo me quedé de non, aunque muchos señores me brindaron con su compañía; pero yo les di las gracias, y me escusé con el pretexto de que estaba cansado del camino, y que acostumbraba dormir un rato de siesta.

Cuando ví que todos estaban ó procurando dormir, ó divertidos, me salí al corredor, me recosté en una banca, y comencé á hacer las mas serias reflexiones entre mí acerca del chasco que me acababa de pasar.

Ciertamente, decia yo, ciertamente que este padre me ha avergonzado; pero despues de todo, yo he tenido la culpa en meterme á dar voto en lo que no entiendo. No hay duda, yo soy un necio, un bárbaro y un presumido. ¡Qué he leído yo de planetas, de astros, cometas, eclipses, ni nada de cuanto el padre me dijo? ¡Cuándo he visto ni por el forro, los autores que me nombró, ni he oido siquiera hablar de esto antes que ahora? ¡pues quién diablos me metió en la cabeza ser explicador de cosa que no entiendo, y luego explicador tan sandio y orgulloso? ¿en qué estaria yo pensando? Ya se vé, soy bachiller en filosofia, soy fisico. Reniego de mi fisica y de cuantos fisicos hay en el mundo si todos son tan pelotas como yo. ¡Voto á mis pecados! ¡Qué dirá este padre? ¡que dirá el

er. ¿aura? ¿y qué dirán todos? pero ¿qué han de decir? sino que soy un burro. Para mas fue que yo, el tuno de Juan Largo, que no se atrevió á manifestar su ignorancia. No hay remedio: saber callar es un principio de aprender, y el silencio es una buena tapadera de la poca instruccion. Juan Largo no hablando, dejó á todos en duda de si sabe ó no sabe lo que son cometas; y yo con hablar tanto no conseguí sino manifestar mi necedad y ponerme á una vergüenza pública. Pero ya sucedió, ya no hay remedio. Ahora para que no se pierda todo, es preciso satisfacer al mismo padre, que es quien entiende mi tontera mejor que los demas, y suplicarle me dé un apunte de los autores fisicos que yo pueda estudiar; porque ciertamente la fisica no puede menos que ser una ciencia, á mas de utilísima, entretenida, y yo deseo saber algo de ella.

Con esta resolucion me levanté de la banca y me fui á buscar al vicario que ya habia acabado de rezar, y redondamente le canté la palinodia. Padrecito, le dije: ¿qué habrá vd. dicho de la nueva esplicacion del cometa que me ha oido? Vamos, que vd. no se esperaba tan repentino entremés sobre mesa; pero la verdad, yo soy un majadero y lo conozco. Como cuando aprendí en el colegio unos cuantos preliminares de fisica y algunas propiedades de los cuerpos en general, me acostumbré á decir que era fisico, lo creí fir-

misimamente, y pensé que no habia ya mas que saber en esa facultad. A esta preocupacion se siguió el ver que habia quedado bien en mis actillos, que me alabaron los convidados y que me dieron mis galas; y despues de esto, no habrá ocho dias que me he graduado de bachiller en filosofia, y me dijeron que estaba yo aprobado *para todo*: pensé que era yo filósofo de verdad, que el tal título probaba mi sabiduria, y que aquel pasaporte que me dieron *para todo*, me facultaba para disputar de todo cuanto hay, aunque fuera con el mismo Salomon; pero vd. me ha dado ahora una leccion de que deseo aprovecharme; porque me gusta la fisica, y quisiera saber los libros donde pueda aprender algo de ella; pero que la enseñen con la claridad que vd.

Esa es una buena señal de que vd. tiene un talento no vulgar, me dijo el padre; porque cuando un hombre conoce su error, lo confiesa y desea salir de él, da las mejores esperanzas, pues esto no es propio de entendimientos arrastrados que yerran y lo conocen; pero su soberbia no les permite confesarlos; y asi ellos mismos se privan de la luz de la enseñanza, semejantes al enfermo imprudente que por no descubrir su llaga al médico, se priva de la medicina y se empeora.

Peró ¿dónde aprendió vd. ese monton de vulgaridades que nos contó de los cometas? porque en el colegio seguramente no se las

enseñaron. Ya se ve que no, le respondí. Esa copia de lucidísima erudición que he vaciado se la debo á las viejas y cocineras de mi casa. No es vd. el primero, dijo el padre, que mama con la primera leche semejantes absurdos. Verdaderamente que todas esas son patrañas y cuentos de viejas. Vd. lo que debe hacer es aplicarse, que aun es muchacho y puede aprovechar. Yo le daré el apuntito que me pide de los autores en que puede leer á gusto estas materias, y le daré tambien algunas leccioncitas mientras estemos aquí.

Le dí las gracias, quedando prendado de su bello carácter: iba á pedirle un favor de muchacho, cuando nos llamaron para que nos fuéramos á divertir al corral del herradero.

CAPITULO VII.

Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda.

Sin embargo de que nos llamaron, el padre vicario continuó diciéndome: por lo que toca á lo que vd. me pide acerca de que le instruya de los mejores autores fisicos, le digo, que no es menester apuntito, porque son muy pocos los que he de aconsejar á vd. que lea, y fácilmente los puede encomendar á la memoria. Procure vd. leer *la Fisica experimental de los Abates Pára y Nollet, las Re-*

creaciones filosóficas del padre D. Teodoro de Almeida, el Diccionario de fisica, y el Tratado de fisica de Brisson. Con esto que vd. lea con cuidado tendrá bastante para hablar con acierto de esta ciencia en donde se le ofrezca, y si á este estudio quisiere añadir el de la historia natural como que es tan análogo al anterior, podrá leer con utilidad *el Espectáculo de la naturaleza por Pluche*, y con mas gusto y fruto *la Historia natural del célebre conde de Buffon*, llamado por antonomasia el *Plinio de Francia*.

Estos estudios, amiguito, son útiles, amenos y divertidos; porque el entendimiento no encuentra en ellos lo abstracto de la teología, la incertidumbre de la medicina, lo intrincado de las leyes, ni lo escabroso de las matemáticas. Todo llena, todo deleita, todo embeleza y todo enseña, así en la fisica como en la historia natural. Es estudio que no fatiga y ocupacion que no cansa. La doctrina que ministra es dulce, y el vaso en que se brinda es de oro.

Los que miran el Universo por la parte de afuera, se sorprenden con su primorosa perspectiva: pero no hacen mas que sorprenderse como los niños cuando ven la primera vez una cosa bonita que les divierte. El filósofo como ve el Universo con otros ojos, pasa mas allá de la simple sorpresa: conoce, observa, escudriña y admira cuanto hay en la naturaleza.

Si eleva su entendimiento á los cielos, se pierde en la inmensidad de esos espacios llenos de la Magestad mas soberana: si detiene su consideracion en el sol, mira una mole crecidísima de un fuego vivísimo, penetrante é inestinguible, al paso que benéfico é interesante á toda la naturaleza: si observa la luna, sabe que es un globo que tiene montes, mares, valles, rios, como el globo que pisa; y que es un especial recipiente de la brillante luz del sol para comunicárnosla con sus influencias: si atiende á los planetas como Venus, Mercurio, Marte, y la restante multitud de astros, ya fijos ya errantes, no contempla sino una prodigiosa infinidad de mundos ya luminosos, ya iluminados, ya soles, ya lunas que observan constantemente los movimientos y giros que la sábia Omnipotencia les prescribió desde el principio: si su consideracion descende á este planeta que habitamos, admira la economia de su hechura; mira la agua pendiente sobre la tierra, contenida solo con un débil polvillo de arena: los montes elevados: las cascadas estrepitosas: las risueñas fuentes: los arroyos mansos: los caudalosos rios: los árboles, las plantas, las flores, las frutas, las selvas, los valles, los collados, las aves, las fieras, los peces, el hombre, y hasta los despreciables insectillos que se arrastran; y todo, todo le franquea teatro á su curiosidad é investigacion. La atmósfera, las nubes, las lluvias, el rócío, el grani-

zò, los fuegos fátuos, las auroras boreales, los truenos, los relámpagos, los rayos, y cuantos meteoros tiene la naturaleza, presentan un vastísimo campo á su prolijo y estudioso exámen, y despues que admira, contempla, examina, discurre, pondera y acicala su entendimiento sobre un caos tan prodigioso de entes heterogéneos tan admirables como incomprendibles, reflexiona que el conocimiento ó ignorancia que tiene de estos mismos séres, lo llevan como por la mano hasta la peana del trono del Criador. Entonces el filósofo verdadero no puede menos que anonadarse y postrarse ante el solio de la Deidad Suprema, confesar su poder, alabar su providencia, reconocer en silencio lo sublime de su sabiduria, y darle infinitas gracias por el diluvio de beneficios que ha derramado sobre sus criaturas, siendo entre estas la mas noble, la mas excelsa, la mas privilegiada, y la mas ingrata el hombre, bajo cuyos pies nos dice la voz de la verdad que sujetó todo lo criado: *Omnia subjecisti sub pedibus ejus*; y lo mismo será llegar el filósofo á estos sublimes y necesarios conocimientos, que comenzar á ser teólogo contemplativo; pues asi como todos los rayos de la rueda de un coche descansan sobre la maza que es su centro, asi las criaturas reconocen su punto céntrico en el Criador; por manera, que los impíos ateístas que niegan la existencia de un Dios criador y conservador del Universo, proceden contra el

testimonio comun de las naciones, pues las mas bárbaras y salvages han reconocido este soberano principio; porque los mismos cielos proclaman la gloria de Dios, el firmamento anuncia sus obras maravillosas, y las criaturas todas que se nos manifiestan á la vista, son las conductoras que nos llevan á adorar las maravillas que no vemos. Pero, ya se ve, los Ateistas son unos brutos que parecen hombres, ó unos hombres que voluntariamente quieren ser menos que los brutos. Ello es evidente.... En esto, viendo que nos tardábamos, salieron á llamarnos otra vez las niñas y señores de la hacienda, para que fuéramos á ver las travesuras de los payos y caporales, y tuvimos que suspender, ó por mejor decir, cortar enteramente una conversacion tan dulce para mí; porque en la realidad me entretenia mas que todos los herraderos.

Admiráronse de vernos tan unidos al Padre y á mí, creyendo que yo conservára algun resentimiento por el sonrojillo que me habia hecho pasar sobre mesa: y aun entre chanzas nos descubrieron su pensamiento; pero yo, en medio de mis desbaratos, he debido á Dios dos prendas que no merezco. La una un entendimiento dócil á la razon, y la otra, un corazon noble y sensible, que no me ha dejado prostituir facilmente á mis pasiones. Digo así; porque cuando he cometido, algunos excesos, me ha costado dificultad sujetar el espíritu á la carne. Esto es, he cometido el mal cone-

ciéndolo y atropellando los gritos de mi conciencia y con plena advertencia de la justicia; lo que acaece á todo hombre cuando se desliza al crimen. Por estas buenas cualidades que digo he visto brillar en mi alma, jamás he sido rencoroso ni aun con mis enemigos; mucho menos con quien he conocido que me ha aconsejado bien tal vez con alguna aspepreza, lo que no es comun, porque nuestro amor propio se resiente de ordinario de la mas cariñosa correccion, siempre que tiene visos de regaño; y por eso los de la hacienda se admiraban de la amistosa armonía que observaban entre mí y el Padre.

Fuímonos, por fin, al circo de la diversion, que era un gran corral, en el que estaban formados unos cómodos tablados. Sentámonos el padre vicario y yo juntos, y entretuvimos la tarde mirando herrar los becerros, y ganado caballar y mular que habia. Mas advertí que los espectadores no manifestaban tanta complacencia cuando señalaban á los animales con el fuego, como cuando se toreaban los becerrillos ó se gineteaban los potros, y mucho mas cuando un torete tiraba á un muchacho de aquellos, ó un muleto desprendia á otro de sobre sí; porque entonces eran desmedidas las risadas, por mas que el golpeado inspirara la compasion con la afliccion que se pintaba en su semblante.

Yo como hasta entonces no habia presenciado semejaute escena, no podia menos que

conmoverme al ver á un pobre que se levantaba rengueando de entre las patas de una mula ó las astas de un novillo. En aquel momento solo consideraba el dolor que sentiria aquel infeliz, y esta genial compasion no me permitia reir cuando todos reventaban á carquinos. El juicioso vicario, que ¡ojalá hubiera sido mi mentor toda la vida! advirtió mi seriedad y silencio, y leyéndome el corazon me dijo: ¿vd. ha visto toros en México alguna vez? No, señor, le contesté: ahora es la primera ocasion que veo esta clase de diversiones, que consisten en hacer daño á los pobres animales, y esponerse los hombres á recibir los golpes de la venganza de aquellos, la que juzgo se merecen bien por su maldita inclinacion y barbarie. Así es, amiguito, me dijo el vicario; y se conoce que vd. no ha visto cosas peores. ¿Qué dijera vd. si viera las corridas de toros que se hacen en las capitales, especialmente en las fiestas que llaman *Reales*? Todo lo que vd. ve en estas son frutas y pan pintado: lo más que aqui sucede es que los toretes suelen dar sus revolcadillas á estos muchachos, y los potros y mulas sus caídas, en las que ordinariamente quedan molidos y estropeados los ginetes; mas no heridos ó muertos como sucede en aquellas fiestas públicas de las ciudades que dije; porque allí como se torea toros escogidos por feroces, y están puntales, es muy frecuente ver los intestinos de los caballos enredados en sus

astas, hombres gravemente lastimados y algunos muertos. Padre, le dije yo, ¿y así esponen los racionales sus vidas para sacrificarlas en las armas enojadas de una fiera? ¿y así concurren todos de tropel á divertirse con ver derramar la sangre de los brutos, y tal vez de sus semejantes? Así sucede, me contestó el vicario, y sucederá siempre en los dominios de España, hasta que no se olvide esta costumbre tan repugnante á la naturaleza, como á la ilustracion del siglo en que vivimos.

Conversamos largo rato sobre esto, como que es materia muy fértil, y cuando mi amigo el vicario hubo concluido, le dije: Padre estoy pensando que ese demontre de *Januario* ó *Juan Largo* mi condiscípulo luego que sepa los disparates que yo dije del cometa, y la justa reprehension de vd. me ha de burlar altamente y en la mesa delante de todos, porque es muy pandorguista, y tiene su gusto en pararle la bola, como dicen, á cualquiera en la mejor concurrencia; y yo ciertamente no quisiera pasar otro bochorno como el de al medio dia, ó ya que él sea tan mal amigo y tan imprudente, que padeciera el mismo tártago que yo, haciéndole vd. quedar mal con alguna preguntita de fisica, pues estoy seguro que entiendo tanto de esto como de hacer un par de zapatos; y así le encargo á vd. que me haga este favor y le saque los colores á la cara por faceto.

Mire vd. me dijo el Padre: á mí me es fá-

cil desempeñar á vd.; pero esa es una venganza, cuya vil pasion debe vd. refrenar toda la vida: la venganza denota una alma baja que no sabe ni es capaz de disimular el mas mínimo agravio. El perdonar las injurias no solo es señal característica de un buen cristiano, sino tambien de una alma noble y grande. Cualquiera por pobre, por débil y cobarde que sea, es capaz de vengar una ofensa; para esto no se necesita religion, ni talento, ni prudencia, ni nobleza, cuna, educacion ni nada bueno; sobra con tener una alma vil, y dejar que la ira corra por donde se le antoje para inscribir fácilmente á los sanguinarios sentimientos que inspira. Pero para olvidar un agravio, para perdonar al que nos lo infiere, y para remunerar la maldad con acciones benéficas, es menester no solamente saber el evangelio, aunque esto debia ser suficiente; sino tener una alma heroica, un corazon sensible, y esto no es comun: tampoco lo es ver unos héroes como Trajano, de quien se cuenta que dando audiencia pública, llegó al trono un zapatero fingiendo iba á pedir justicia; acercóse al emperador, y aprovechando un descuido, le dió una bofetada. Alborotóse el pueblo, y los centinelas querian matarlo en el acto; pero Trajano lo impidió para castigarlo por sí mismo. Ya asegurado el alevoso, le preguntó: ¿qué injuria te he hecho ó qué motivo has tenido para insultarme? El zapatero tan necio como vano, le contés-

tó: Señor: el pueblo bendice vuestro amable carácter: nada tengo que sentir de vos; mas he cometido este sacrílego delito, sabiendo que he de morir, solo porque las generaciones futuras digan que un zapatero tuvo valor para dar una bofetada al emperador Trajano. Pues bien, dijo éste; si ese ha sido el motivo, tú no me has de exceder en valor. Yo tambien quiero que diga la posteridad, que si un zapatero se atrevió á dar una bofetada al emperador Trajano, Trajano tuvo valor para perdonar al zapatero. Anda libre.

Esta accion no necesita ponderarse: ella sola se recomienda, y vd. puede deducir de ella y de miles de iguales que hay en su linea, que para vengarse es menester ser vil y cobarde; y para no vengarse es preciso ser noble y valiente; porque el saber vencerse á sí mismo y sujetar las pasiones, es el mas difícil vencimiento, y por eso es la victoria mas recomendable, y la prueba mas inequívoca de un corazon magnánimo y generoso.

Por todo esto, me parece que será bueno que vd. olvide y desprecie la injuria del sr. Januario. Pues padrecito, le dije, si mas valor se necesita para perdonar una injuria que para hacerla, yo desde ahora protesto no vengarme ni de Juan Largo, ni de cuantos me agravién en esta vida. ¡O D. Pedrito, me contestó el vicario, cuán apreciable fuera esta clase de protestas en el mundo! pero no hay que protestar en esta vida con tanta arrogan-

cia; porque somos muy débiles y frágiles, y no podemos confiar en nuestra propia virtud, ni asegurarnos en nuestra sola palabra. A la hora de la tempestad hacen los marineros mil promesas, pero en llegando al puerto se olvidan como si no se hubieran hecho. Cuando la tierra tiembla no se oyen sino plegarias, actos de contrición y propósitos de enmienda; mas luego que se aquieta, el ébrio se dirige al vaso, el lascivo á la dama, el tahur á la baraja, el usurero á su trato, y todos á sus antiguos vicios. Una de las cosas que mas perjudican al hombre, es la confianza que tiene de sí mismo. Esta pone en ocasion de prostituirse á los jóvenes, de estraviarse á las almas timoratas, de abandonarse á los que ministran la justicia, y de ser delincuentes á los mas sábios y santos. Salomon prevaricó, y S. Pedro que se tenia por el mas valiente de los apóstoles, fue el primero y aun el único que negó á su divino Maestro. Conque no hay que fiar mucho en nuestras fuerzas, ni que garrular sobre nuestra palabra; porque mientras no llega la ocasion, todos somos rocas; pero puestos en ella somos unas pajitas miserables que nos inclinamos al primer venticello que nos impele.

Poco mas duró nuestra conversacion, cuando se acabó la tarde y con ella aquella diversion, siéndonos preciso trasladarnos á la sala de la hacienda.

Como en aquella época no se trataba sino

de pasar el rato, todos fueron entreteniéndose con lo que mas les gustaba, y asi fueron tomando sus naipes y bandolones, y comenzaron á divertirse unos con otros. Yo entonces ni sabia jugar, (ó no tenia qué, que es lo mas cierto) ni tocar, y asi me fui por una cabecera del estrado para oír cantar á las muchachas, las que me molieron la paciencia á su gusto; porque se acercaban ácia mí dos ó tres, y una decia: niña, cuéntame un cuento, pero que no sea el de Periquillo Sarniento. Otra me decia: señor, vd. ha estudiado, díganos ¿por qué hablan los pericos como la gente? Otra decia: ¡ay, niña, qué comezon tengo en el brazo! ¿si tendré sarna? Así me estuvieron chuleando estas madamas toda la noche hasta que fue hora de cenar.

Púsose la mesa: sentámonos todos, y con todos, mi amiguísimo Juan Largo, que hasta entonces se habia estado jugando malilla, ó no sé qué.

Mientras duró la cena se trataron diversos asuntos. Yo en uno que otro metia mi cucharada; pero despues de provocado, y siempre con las salvas de: *segun me parece: yo no tengo inteligencia: dicen: he oido asegurar &c;*; pero ya no hablé con arrogancia como al medio dia: ya se ve, tal me tenia de acobardado el sermon que me espetó el vicario en mis vigotes. ¡O cuánto aprovecha una leccion á tiempo!

Se alzó la mesa, y mi buen amigo Juan

Largo, dirigiendo á mi la palabra, comenzó á desahogar su genio bufon lo mismo que yo me habia pensado. Conque Periquillo, me dijo, ¡las cometas son una cosa á modo de trompetas! ¡Vamos, que tú has quedado lucido en el acto del medio dia! Sí, ya sé tus gracias: no sabia yo que tenia por condiscípulo un tan buen fisico como tú, y á mas de fisico, astrónomo. Seguramente que con el tiempo serás el mejor almanaquero del reino. A hombre que sabe tanto de cometas ¡qué cosa se le podrá ocultar de todos los astros habidos y por haber? Las mugeres, como casi siempre obran segun lo que primero advierten, y en esa estragata no veian otra cosa que una burleta, comenzaron á reir y á verme mas de lo que yo queria; pero el padre vicario, que ya me amaba y conocia mi vergüenza, procuró libertarme de aquel chasco, y dijo á D. Martin (que ya dije era dueño de la hacienda) ¡conque pasado mañana tiene vd. eclipse de sol? Sí señor, dijo D. Martin, y estoy tamañito. ¡Por qué? preguntó el vicario. ¡Cómo por qué? dijo el amo; porque los eclipses son el diablo. Ahora dos años, me acordaré, que estaba ya viniéndose mi trigo, y por el maldito eclis nació todo chupado y ruicísimo, y no solo, sino que toda la cria del ganado que nació en aquellos dias se maleó y se murió la mayor parte. Vea vd. si con razon les tengo tanto miedo á los eclipses. Amigo D. Martin, dijo el vicario, yo creo que no es tan bra-

vo el leon como lo pintan: quiero decir, que no son los pobres eclipses tan perversos como vd. los supone. ¡Cómo no, padre? dijo D. Martin. Vd. sabrá mucho, pero tengo mucha esperencia, y ya ve que la esperencia es madre de la ciencia. No hay duda, los eclipses son muy dañinos á las sementeras, á los ganados, á la salud y hasta las mugeres preñadas. Ora cinco años me acordaré que estaba en cinta mi muger, y no lo ha de creer, pues hubo eclis y nació mi hijo Polinario tencuitas. ¡Pero por qué fue esa desgracia? preguntó el cura. ¡Cómo por qué, señor? dijo D. Martin, porque se lo comió el eclis. No se engañe vd. dijo el vicario, el eclipse es muy hombre de bien, á nadie se come ni perjudica, y si no, que lo diga D. January. ¡Qué dice vd. señor bachiller? No hay remedio, contestó éste lleno de satisfaccion, porque le habian tomado su parecer: no, no hay remedio, decia: el eclipse no puede comer la carne de las criaturas encerradas en el vientre de sus madres; pero sí puede dañarlas por su maligna influencia, y hacer que nazcan tencuas ó corcovadas, y mucho mejor puede con la misma malignidad matar las crias y chuparse el trigo, segun ha dicho mi tio atestiguando con la esperencia, y ya ve vd. padre mio, que *quod ab experientia patet non indiget probatione*.

No me admiro, dijo el padre, que su tio de vd. piense de esa manera, porque no tiene motivo para otra cosa; pero me hace mu-

cha fuerza oír producirse de igual modo á un señor colegial. Segun eso, dígame vd. ¿qué son los eclipses? Yo creo, dijo Januario, que son aquellos choques que tiene el sol y la luna, en los que uno ú otro salen perdiendo siempre conforme es la fuerza del que vence: si vence el sol, el eclipse es de luna, y si vence ésta; se eclipsa el sol. Hasta aquí no tiene duda; porque mirando el eclipse en una bandeja de agua, materialmente se ve como pelea el sol con la luna; y se advierte lo que uno ú otro se comen en la lucha; y si tienen virtud estos dos cuerpos para hacerse tanto daño siendo solidísimos, ¿cómo no podrán dañar á las tiernas semillas y á las débiles criaturas del mundo? Eso es lo que yo digo, repuso el bueno de D. Martin: vea vd. padre si digo bien ó mal. No hay que hacer, mi sobrino es muy sabido: así mesmo segun y como él esplica el eclise, lo esplicaba su padre mi difunto hermano, que era hombre de muchas letras, y allá en la Huasteca, nuestra tierra decian todos que era un pozo de ciencia. ¡Ah mi hermano! si él viviera ¡qué gusto tuviera de ver á su hijo Januarito tan adelantado! No mucho; aunque me perdone, dijo el vicario; porque el señor no entiende palabra de cuanto ha dicho; antes es un blasfemo filósofico. ¡Qué pleitos, qué choques, influencias fatales ni malditas quiere vd. que produzcan los eclipses? Sepa vd. señor D. Martin, que el mayor eclipse no le puede hacer



¡Ah mi hermano! Si él viviera ¡qué gusto habría de tener viendo a su hijo Januarito tan adelantado! No mucho, aunque me perdone, dijo el Vicario.

á vd. ni á sus siembras ni ganado, mas daño, que quitarles una poca de luz por un rato. No hay tal pleito del sol y la luna, ni tales faramallas. ¿Se pudiera vd. pelear de manos desde aquí con uno que estuviera en México? Ya se ve que no, dijo D. Martin. Pues lo propio sucede al sol respecto de la luna, prosiguió el vicario; porque dista un astro de otro muchísimas leguas. Pues en resumidas cuentas, preguntó D. Martin, ¿qué es eclis? No es otra cosa, respondió el padre vicario, que la interposicion de la luna entre nuestra vista y el sol, y entonces se llama eclipse de sol, ó la interposicion de la tierra entre la luna y el sol, y entonces se dice eclipse de luna.

¿Ya ve vd. todo eso? dijo el payo, pues no lo entiendo. Pues yo haré que lo perciba vd. clarísimamente, dijo el padre: sepa vd. que siempre que un cuerpo opaco se pone entre nuestra vista y un cuerpo luminoso, el opaco nos embaraza ver aquella porcion de luz que cubre con su disco. Agora lo entiendo menos, decia D. Martin. Pues me ha de entender vd., replicó el padre. Si vd. pone su mano enfrente de sus ojos y la luz de la vela, claro es que no verá la llama. Eso si entiendo. = Pues ya entendió vd. el eclipse. ¿Es posible, padre, decia D. Martin muy admirado, es posible que tan poco tienen que entender los eclises? Sí, amigo mio, decia el vicario. Lo que sucede es, que como su ma-

no de vd. es mayor que la llama de la vela, siempre que la ponga frente de ella, la tapará toda y hará un eclipse total; pero si la pone frente de una luminaria de leña, seguramente no la tapará toda sino un pedazo; porque la luminaria es mas grande que la mano de vd., y entonces puede vd. decir que hizo un eclipse parcial, esto es, que tapó una parte de la llama de la luminaria. ¿Lo entiende vd? Y muy bien, respondió el payo. Pero ¿qué tan fácilmente así se entienden los eclipses del sol y de la luna? Sí señor, dijo el padre. Ya dije á vd. que el sol está muchas leguas distante de la luna: es mucho mayor que ella, lo mismo que la luminaria es mucho mas grande que su mano de vd., y así cuando la luna pasa por entre el sol y nuestros ojos, tapa un pedazo de éste, que es lo que no vemos, y lo que al señor Januario, á vd. y á otros les parece comido, no es otra cosa que la mano que pasa frente de la luminaria. ¿Lo entiende vd? Completamente, dijo D. Martin, y segun eso nunca habrá eclipses totales de sol, porque es la luna mucho mas chica, y no lo puede tapar todo. Así debia ser, dijo el vicario, si siempre la luna pasara á una misma distancia, respecto del sol y nuestra vista; pero como algunas veces pasa quedando muy cerca de nosotros, nos lo cubre totalmente, así como siempre que vd. se ponga la mano junto de los ojos no verá nada de la luminaria, sin em-

bargo de que su mano de vd. es mucho mas chica que la luminaria; y ahora sí creo que me ha entendido vd. ¿Y los de la luna cómo son? preguntó el payo. Del mismo modo, dijo el padre: así como la luna tapa ú oscurece un pedazo del sol (*) cuando se pone entre él y nosotros, así la tierra tapa ú oscurece un pedazo de luna ó toda, cuando se pone entre ella y el sol.

Así debe ser, dijo D. Martin, y ora reflejo que he visto algunos eclipses del sol y luna totales, como vd. les llama, ó que se ha tapado toda, de modo que hemos estado oscuras totalísimamente. Sobre que no le hace que la luminaria sea mas grande que la mano. ¿Y es posible que no son otra cosa los eclipses? Sí señor, dijo el padre, no son otra cosa, y teniendo el año trescientos sesenta y cinco ó sesenta y seis dias, si es bisiesto, tenemos nosotros otros tantos eclipses del sol, y totales, que es mas gracia. ¿Cómo padre! decia D. Martin. Ya se ve que sí, dijo el vicario: ¿ve vd. de noche el sol? No señor, ni una pizca, respondió D. Martin. Pues ahí tiene vd. que se le eclipsa el sol todo entero, y para que vd. no me vea, tanto tiene que yo me meta á la recámara, como que vd. cierre los ojos. Es verdad, decia D. Martin; pe-

(*) Bien sabia el vicario que lo que se oscurece no es el sol, sino la tierra que recibe la sombra; pero se esplicó así porque lo entendiera D. Martin.

ro segun que vd. me ha dicho, y segun lo que agora me dice, creo que el mundo es mucho mas grandisimo que el sol, que no puede menos, sobre que lo estamos mirando. Pues si puede menos, amigo, dijo el vicario; y en efecto es tan pequeño respecto al sol, como lo es una avellana respecto á un coco. Pues entonces, replicó D. Martin, salimos con lo que vd. me dijo, pues aunque mi mano sea mas chica que la luminaria me la puede tapar toda en estando muy cerca de mis ojos. Asi es, dijo el vicario, puede ó no puede taparla toda, segun la distancia en que vd. la pusiere respecto á sus ojos. Si la pone lejos de ellos, no tapará toda la luminaria, algo verá vd. de ella; pero si se la pone en las narices, no verá nada. Ya se ve que así ha de ser, decía D. Martin, y no solamente no verá la luminaria, pero ni la puerta de la hacienda que es mas grande, ni cosa alguna, y eso será porque casi me tapo los ojos con la mano poniéndola tan cerca. Pues vea vd. la razon, dijo el padre, porque se suelen ver algunos eclipses totales de sol causados por la luna, porque ésta aunque mucho mas pequeña que él, si pasa muy cerca de nosotros, como en realidad pasa algunas veces, hace el efecto de la mano frente de la luminaria, y lo mismo hace la tierra, sin embargo de su pequenez eclipsándonos el sol todas las noches por estar pegada á nosotros.

Perfectamente entendí todo el asunto de los

eclises, padre vicario, dijo D. Martin, y creo que cualquiera lo entenderá, por negado que sea. ¡Lo entendistes, hija! ¿lo han entendido muchachas? Todás á una voz respondieron que sí, y que muy bien: que ya sabian que podian hácer eclipses de sol, de luna, ó de luminarias cada vez que se les antojára; pero el buen D. Martin volvió á preguntar: dígame vd. padre, ya que los eclises no son mas que eso, ¿por qué son tan dañinos que nos pierden las siembras, los ganados, y hasta nos enferman y sacan imperfetos los muchachos? Esa es la vulgaridad, respondió el vicario. Los eclipses en nada se meten, ni tienen la culpa de esas desgracias. Las siembras se pierden, ó porque les ha faltado cultivo á su tiempo, ó han escaseado las aguas, ó la semilla estaba dañada, ó era ruin, ó la tierra carece de jugos, ó está cansada, &c. Los ganados malparen, ó las crias nacen enfermas, ya porque se lastiman las hembras, ó padecen alguna enfermedad particular que no conocemos, ó han comido alguna yerba que las perjudica, &c. últimamente, nosotros nos enfermamos ó por el excesivo trabajo, ó por algun desórden en la comida ó bebida, ó por esponernos al aire sin recato estando el cuerpo muy caliente, ó por otros mil achaques que no faltan; y las criaturas nacen tencuas, raquíticas, defectuosas ó muertas, por la imprudencia de sus madres en comer cosas nocivas, por travesear, corretear, alzar cosas pé-

sadas, trabajar mucho, tener cóleras vehementes, ó recibir golpes en el vientre. Conque vea vd. como no tienen los pobres eclipses la culpa de nada de esto. Bien, dijo D. Martin; pero ¿cómo suceden estas desgracias puntualmente cuando hay eclis? La desgracia de los eclipses, dijo el vicario, consiste en que suceda algo de esto en su tiempo; porque los pobres que no entienden de nada, luego luego echan la culpan á los eclipses de cuantas averías hay en el mundo. Asi como cuando uno se enferma, lo primero que hace es buscar achaque á su enfermedad, y tal vez cree que se la ocasionó lo mas inocente. Conque amigo, no hay que ser vulgares, ni que quitar el crédito á los pobrecitos eclipses, que es pecado de restitucion.

Celebraron todos al padre vicario, y le pegaron un buen tabardillo al amigo Juan Largo, de modo que se levantó de allí chillándole las orejas. A poco rato nos fuimos á acostar.

CAPITULO VIII.

En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta á su casa.

A otro dia nos levantamos muy contentos: el señor cura hizo poner su coche, y el padre vicario mandó ensillar su caballo para irse á

sus respectivos destinos. El padre vicario se despidió de mí con mucho cariño, y yo le correspondí con el mismo; porque era un hombre amable, benéfico, y no soberbio ni necio.

Fuéronse, por fin, y yo quedé sin tan útil compañía. El hermano Juan Largo, tan tonto y sinvergüenza como siempre (porque es propiedad del necio no dársele nada de cosa alguna de esta vida), á la hora del almuerzo me comenzó á burlar con la cometa; pero yo le rebatí defendiéndome con los disparates que él habia hablado acerca del eclipse, con cuya diligencia lo dejé corrido, y él debia de haber advertido, que es una majaderia ponerse á apedrear el tejado del vecino el que tiene el suyo de vidrio.

Fuérase porque yo era nuevo en la casa, ó porque tenia un génio mas prudente y jovial, las señoras, las muchachas y todos me querian mas que á Juan Largo, que era naturalmente tosco y engreido. Con esto, cuando yo decia alguna facetada, la celebraban infinito, y de esto mondaba mi rival Januario, y trataba vengarse siempre que hallaba ocasion, sin poder yo librarme de sus maldades, porque las tramaba con la capa de la amistad. ¡Abominable carácter de almas viles, que fabrican la traicion á la sombra de la misma virtud.

Como yo por una parte lo amaba, y él por otra tenia un génio intrigante, me disimulaba sus malas intenciones, y yo me entregaba sin recelo á sus dictámenes.

Todas las tardes salíamos á pasear á caballo. Ya se deja entender qué buen ginete sería yo, que no habia montado sino los caballos de alquiler barato de México: animales flacos, trabajados, y de una zonzera y mansedumbre imponderable. No eran así los de la hacienda, porque casi todos estaban lozanos y eran briosos; motivo bastante para que yo les tuviera harto miedo; por esto me ensillaban los de la señora y de la niña su hija, y todas las tardes, como dije, salíamos á pasear Januario, yo y dos hijos del administrador que eran muy buenas maulas.

De todos los cuatro yo era el menos ginete, ó como dicen, el mas colegial, con esto, me hacian mil travesuras en el campo, como colearme los caballos, maneármelos, espantármelos, y cuanto podian para que, á pesar de ser mansos, se alborotasen y me echaran al suelo, como lo hacian sin mucha dificultad á cada instante, de suerte que aunque los golpes que yo llevaba eran ligeros y de poco riesgo por ser en las yerbas, ó en la arena, sin embargo, fueron tantos que no sé como no bastaron á acobardarme. Bien que mis buenos amigos, despues que reian á mi costa cuanto querian, me consolaban contándome las caidas que habia llevado para aprender, y añadian: „no te apures, hombre, esto no es nada; pero aunque en cada caida te quebraras una pierna, ó se te sumiera una costilla, lo debias tener á mucha dicha, cuando vieras lo que apro-

vechan estas lecciones de los caballos para tenerse bien en ellos; porque, amigo, no hay remedio, los golpes hacen ginete; y tú mismo advertirás, que ya no estás tan lerdo como antes: no, ya te tienes mas y te sientas mejor, y si duras otro poco en la hacienda, nos has de dar á todos ancas vueltas.”

¿Quién creerá que estas frívolas lisonjas eran las vilmas medicinales que aquellos tunantes aplicaban á mis golpes y magullones? ¿y quién creerá que yo me daba por muy bien servido con ellas, y se me olvidaba la jácara que me hacian al caer, y los pujidos que me costaba levantarme algunas veces? ¡Mas, quién lo ha de creer, sino aquel que sepa que la adulacion se hace tanto lugar en el corazon humano, que nos agrada aun quando viene dirigida por nuestros propios enemigos!

El picaron de Januario no se saciaba de hacerme mal por cuantos medios podia, y siempre fingiéndome una amistad sincera. Una tarde de un dia domingo en que se toreaban unos becerros, me metió en la cabeza que entrara yo á torear con él al corral: que eran los becerros chicos: que estaban despuntados: que él me enseñaria; que era una cosa muy divertida: que los hombres debian saber de todo, especialmente de cosas de campo: que el tener miedo se quedaba para las mugeres, y que sé yo que otros desatinos, con los que echó por tierra todo aquel escándalo que yo manifesté al vicario la vez primera que vi la

tal zambra de hombres y brutos. Se me disipó el horror que me inspiraron al principio estos juegos, falté á mi antigua circunspeccion en este punto, y atropellando con todo, me entré al corral á pie; porque me juzgué mas seguro.

A los principios llamaba al becerro á distancia de diez ó doce varas, con cuya ventaja me escapaba fácilmente de su enojo subiéndome á las trancas del corral: mas como en esta vida no hay cosa á que no se le pierda el miedo con la repeticion de actos, poco á poco se lo fuí perdiendo á los becerros, viendo que me libraba de ellos sin dificultad, y ayudado con los estímulos de mis buenos amigos y camaradas, que á cada momento me gritaban, „arrímese colegial: arrímate hombre, no seas collon: anda, cotita,^d y otras incitaciones de esta clase, me fuí acercando mas y mas á sus testas respetables, hasta que en una de esas se me puso por detras de puntillas el sr. Juan Largo, y cuando yo quise huir, no pude, porque él me embrazó la carrera haciendo que tropezaba conmigo, con cuyo auxilio tan á tiempo me alcanzó el becerro, y levantándome en el aire con su mollera, me hizo caer en tierra como un zapote mal de mi grado, y á la distancia de cuatro ó cinco varas. Yo quedé todo desguarnido del susto y del porrazo; pero con todo esto, como el miedo es ligerísimo, y yo temia la repeticion del becerro, que aun es-

peraba concluir su triunfo, me levanté al momento sin advertir que al golpe se me habían reventado los botones y las cintas de los calzoncillos, y así habiéndome bajado á los talones quedé engrillado, sin poder dar un paso y en la mas vergonzosa figura; porque como mis padres eran pobres, las falditas de mi camisa se habían cortado con mucha economía, y el maldito novillo aprovechando mi ineptitud para correr, repitió sobre mi segundo golpe; mas con tal furia que á mí me pareció que me habían quebrado las costillas con una de las torres de Catedral, y que había volado mas allá de la órbita de la luna; pero al dar en el suelo tan furioso costalazo como el que dí, no volví á saber de cosa alguna de esta vida.

Quedé privado: subiéronme cubierto con unas mangas, y se acabó la diversion con el susto, creyendo todas las señoras que me había dado algun golpe mortal en el cerebro.

Quiso Dios que no pasó de una ligera suspension del uso de los sentidos; pues con los auxilios de la lana prieta, el álcali, ligaduras y otras cosas, volvi en mí al cabo de media hora, sin mas novedad que un dolorcillo en el hueso cocix que no dejaba de molestarte mas de lo que yo queria.

Pero cuando estuve en mi entero acuerdo y me ví rodeado de todos los señores que estaban en la hacienda, tendido en una cama, muy abrigado, y llenos todos de sobresalto,

L.3. T.1. P.145.



Me levanté al momento, sin advertir q. el golpe se me habían reventado los botones, y cintas de los calzoncillos, y habiéndome bajado á los talones quedé engrillado sin poder dar un paso, y en la mas vergonzosa figura.

preguntándome unos: ¿cómo se siente vd? otros: ¿qué tiene vd? y todos: ¿qué le duele? y en medio de esta concurrencia advertí mis tirantes rotos, mis calzones sueltos, y me acordé de la escasez de las faldas de mi camisa y del lance que me acababa de pasar, me llené de vergüenza (pasión que no me ha faltado del todo), y hubiera querido haber caído honestamente como Cesar cuando lo asesinó Bruto.

Les dí gracias por su cuidado contestándoles que no me habia hecho mayor mal; mas con todo eso, la señora de la hacienda me hizo tomar un vaso de vinagre aguado, y á poco rato una porcion de calahuala, con lo que al otro día estaba yo enteramente restablecido.

Mi buen amigo Januario en aquel primer rato de mi mal, y cuando todos estaban temiendo no fuera cosa grave, se manifestó bien apesadumbrado con toda aquella hipocresia que sabia usar; mas al siguiente dia que me vió fuera de riesgo, me cogió á cargo y comenzó á desahogar todas sus bufonadas haciéndome poner colorado á cada momento delante de las muchachas con el vergonzoso recuerdo de mi pasada aventura, insistiendo en mi desnudez, en lo escaso de mi camisa y en el indecente modo de mi caída.

Como él con sus truanadas excitaba la risa de las niñas, y yo no podia negarlo, me avergonzaba terriblemente, y no hallaba mas recurso que suplicarle no me sonrojara en aquellos términos; pero mi súplica solo servia de

espuelas á su maldita verbosidad, y esto me añadía mas vergüenza y mas enojo.

Para serenarme me decia: no seas tonto, hermano, si esto es chanza. Esta tarde nos iremos á pasear á Cuamatla, verás qué hacienda tan bonita. ¿Qué caballo quieres que te ensillen? ¿el almendrillo ó el grullo de tia? yo le contesté la primera vez que me lo dijo: amigo, yo te agradezco tu cariño; pero escústate de que me ensillen ningún caballo, porque yo no pienso volver á montar en mi vida grullos ni grullas, ni pararme delante de una vaca, cuanto menos delante de los toros ó becerros. Anda, hombre, decia él, no seas tan cobarde; no es ginete el que no cae, y el buen toreador muere en las astas del toro. Pues muere tú, norabuena, le respondia yo, y cae cuantas veces quisieres, que yo no he reñido con mi vida. ¿Qué necesidad tengo de volver á mi casa con una costilla menos ó una pierna rota? No, Juan Largo, yo no he nacido para caporal ni vaquero. En dos palabras: yo no volví á montar á caballo en su compañía, ni á ver torear siquiera, y desde aquel dia comencé á desconfiar un poco de mi amigo. ¡Feliz quien escarmienta en los primeros peligros! pero mas feliz el que escarmienta en los peligros ajenos, como dijo un antiguo (*). Esto se llama saber sacar fruto de las mismas adversidades.

(*) *Felix quem faciunt aliena pericula cautum.*

A los tres dias de este suceso se acabaron las diversiones, y cada huésped se fue para su casa. El malvado Januario habia advertido que yo veía con cariño á su prima y que ella no se incomodaba por esto, y trató de pegarme otro chasco que estuvo peor que el del becerro.

Un dia que no estaba en casa D. Martin porque se habia ido á otra hacienda inmediata, me dijo Januario: yo he notado que te gusta Ponciana, y que ella te quiere á tí. Vamos, dime la verdad, ya sabes que soy tu amigo y que jamás me has reservado secreto. Ella es bonita: tú tienes buen gusto, y yo te lo pregunto, porque sé que puedo servir á tus deseos. La muchacha es mi prima y no me puedo yo casar con ella; y así me alegrará que disfrutara de su amor un amigo á quien yo quisiera tanto como á tí. ¿Quién habia de pensar que ésta era la red que me tendia este maldito para burlarse de mí á costa de mi honor? Pues así fue, porque yo tan fácil como siempre, lo creí, y le dije: que tu prima es de mérito, es evidente: que yo la quiero, no te lo puedo negar; pero tampoco puedo saber si ella me quiere ó no, pues no tengo por donde saberlo. ¿Cómo no? dijo Januario, ¿pues qué nunca la has dicho tu sentimiento? Jamás la he hablado de eso, le respondí. Y ¿por qué? instó él. ¿Cómo por qué? le dije yo, porque le tengo vergüenza: dirá que soy un atrevido; lo avisará á su ma-

dre, ó me echará noramala. A mas de eso, tu tia es muy celosa, jamás nos da lugar de hablar, ni la deja sola un momento; ¿conque cómo quieres que yo tenga lugar para tratar con esa niña unas conversaciones de esta clase? Rióse Januario grandemente, burlóse de mi temor y recato, y me dijo: eres un pasguate; no te juzgaba yo tan zozco y para nada: ¡miren qué dificultades tan grandes tienes que vencer! quita allá collon. Todas las mugeres se pagan de que las quieran, y aunque no correspondan agradecen el que se los digan. Ahora ¿no has oido decir: que al que no habla nadie lo oye? pues habla, salvage, y verás como alcanzas. Si temes á la vieja de mi tia, yo te haré juego, yo te proporcionaré que la hables á solas, espacio y á tu satisfaccion. ¿Qué dices? ¿quieres? habla: verás que yo solo soy tu verdadero amigo.

Con semejantes consejos, viendo que la ocasion me brindaba con lo mismo que yo apetecia, no me tardé mucho en admitir su obsequiosa oferta, y le di mas agradecimientos que si me hubiera hecho un verdadero favor.

El bribón se apartó de mí por un corto rato, al cabo del cual volvió muy contento y me dijo: todo está hecho. He dado un vomitorio á Poncianita, y me ha desembuchado todo: ha cantado redondamente, y me ha confesado que te quiere bien. Yo le dije, que tú mueres por ella y que deseas hablarla á solas. Ella quisiera lo mismo, pero me puso el

embarazo de su madre que la trae todo el día como un llavero. La dificultad al parecer es grande; mas yo he discurrido el arbitrio mejor para que vds. logren sus deseos sin zozobra, y es éste: el tío no ha de venir hasta mañana: ya tú sabes la recámara donde ella duerme con su madre, y sabes que su cama está á la derecha luego que se entra; y así esta misma noche puedes entre las once y las doce ir á hablarla todo cuanto quieras, en la inteligencia de que la vieja á esa hora está en lo mas pesado de su sueño. Poncianita está corriente, solo me encargó que entraras con cuidado y sin hacer ruido, y que si no está despierta, la toques la almohada, que ella tiene un sueño muy ligero. Conque mire vd. sr. Periquillo, y qué pronto se han vencido todas las dificultades que te acobardan; y así no hay que ser zenzo, logra la ocasion ántes que se pase, ya yo hice por tí quanto he podido.

Repetí las gracias á mi grande amigo por sus buenos oficios, y me quedé haciendo mi composicion de lugar, pensando qué le diria yo á esa niña (pues á la verdad mi malicia no se estendia á mas que á hablar) y desquando que corrieran las horas para hacer mi visita de lechuza.

Entre tanto el traidor Juan Largo, que ni palabra habia hablado á su prima acerca de mis amorcillos, fue á ver á su tia, y le dijo: que tuviera cuidado con su hija; porque yo

era un completo zaragate: que él ya habia notado que yo la hacia mil señas en la mesa, y que ella me las correspondia: que algunas noches me habia buscado en mi cama, y no estaba yo en ella; y así que mudara á Poncianita á otra recámara con una criada, y que ella se acostara en la misma cama que su prima aquella noche y estuviera con cuidado á ver si él se engañaba. Todo le pareció muy bien á la señora: lo creyó como si lo viera, agradeció á Januario el celo que manifestaba por el honor de su casa: prometió tomar el consejo que le acababa de dar, y sin mas averiguacion, se encerró en un cuarto con la inocente muchacha y le dió una vuelta del demonio, segun me contó á los dos meses una criada suya que se fue á acomodar á mi casa, y ésta oyó el chisme del pícaro primo, y advirtió el injusto castigo de Ponciana.

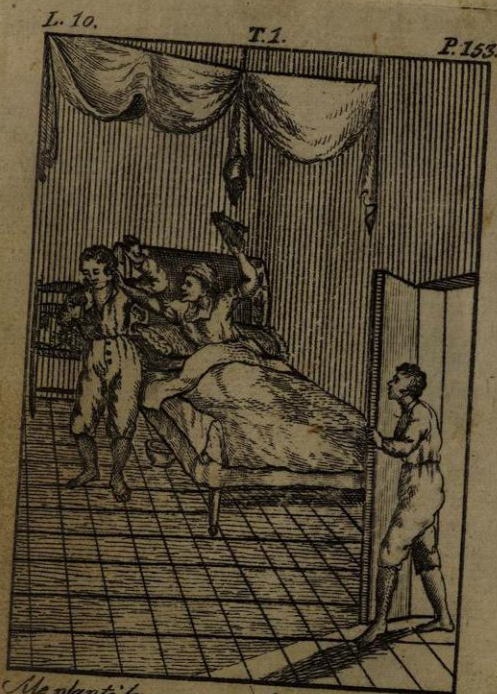
Dos lecciones os da este suceso, hijos míos, de que os debereis aprovechar en el discurso de vuestra vida. La primera es para no ser fáciles en descubrir vuestros secretos á cualquiera que se os venda por amigo; lo uno porque puede no serlo, sino un traidor, como Januario, que trate de valerse de vuestra simplicidad para perderos; y lo otro, porque aun quando sea un amigo, quizá llegará el caso de no serlo, y entonces, si es un vil como muchos, descubrirá vuestros defectos que le hayais comunicado en secreto, para vengarse. En todo caso, mejor es no manifestar el

secreto que aventurarlo: *si quieres que tu secreto esté oculto, decia Séneca, no lo digas á nadie; pues si tú mismo no lo callas, ¿cómo quieres que los demas lo tengan en silencio?*

La otra leccion que os proporciona este pasage es, que no os lleveis de las primcras ideas que os inspire cualquiera. El creer lo primero que nos cuentan sin examinar su posibilidad, ni si es veraz ó no el mensagero que nos trae la noticia, arguye una ligereza imperdonable, que debe graduarse de necedad, y necedad que puede ser, y ha sido muchas veces causa de unos daños irreparables. Por un chisme del perverso Amán iban á perecer todos los judios en poder del engañado Asuero; y por otro chisme y calumnia del maldito Juan Largo, sufrió la niña su prima un castigo y un descrédito injusto.

En el discurso de aquel día la señora me mostró bastante ceño ó mal modo; pero como muchacho, no presumí que yo mismo era la causa de él, atribuyéndolo á alguna enfermedad ó indisplencia con la familia sirviente. Si extraño que la niña no asistió á la mesa; pero no pasó de echarla menos.

Llegó la noche: cenamos, me acosté, y me quedé dormido sin acordarme de la consabida cita; cuando á las horas prevenidas, el perro de Januario, que se desvelaba por mi daño, viendo que yo roncaba alegremente, se levantó y fue á despertarme diciéndome: flojo, condenado ¿qué haces? anda que son las



Me plantó la vieja madre tan furioso zapatazo en la cara, q' me hizo ver al sol a media noche.

once, y te estará esperando Poncianita. Era mi sueño mayor que mi malicia; y así mas de fuerza que de gana me levanté en paños menores; descalzo y temblando de frío y de miedo me fui para la recámara de mi amada, ignorante de la trama que me tenía urdida mi grande y generoso amigo. Entré muy quedito: me acerqué á la cama, donde yo pensaba que dormia la inocente niña; toqué la almohada, y cuando menos lo pensé, me plantó la vieja madre tan furioso zapatazo en la cara, que me hizo ver al sol á media noche. El susto de no saber quién me habia dado, me decia que callara; pero el dolor del golpe me hizo dar un grito mas recio que el mismo zapatazo. Entonces la buena vieja me afianzó de la camisa, y sentándome junto á sí me dijo: cálese vd., mocoso atrevido, ¿qué venia á buscar aquí? ya sé sus gracias. ¿Así se honra á sus padres? ¿así se pagan los favores que le hemos hecho? ¿este es el modo de portarse un niño bien nacido y bien criado? ¿qué deja vd. para los payos ordinarios y sin educacion? Picaro, indecente, osado, que se atreve á arrojarse á la cama de una niña doncella, hija de unos señores que lo han favorecido. Agradezca que, por respeto de sus buenos padres, no hago que lo majen á palos mis criados; pero mañana vendrá mi marido, y en el dia haré que se lleve á vd. á México, que yo no quiero picaros en mi casa.

Yo lleno de temor y confusion me le hizo que, floré y supliqué tanto que no lo avisara á D. Martin, que al fin me lo prometió. Fuíme á mi cama, y observé que reia bastante el indigno Januario debajo de la sábana; pero no me di por entendido.

Al dia siguiente vino D. Martin; y la señora prestando no sé qué diligencia precisa en la capital, hizo poner el coche, y sin volver á ver á la pobre muchacha, me condujeron á la casa de mis padres, sin darse la señora por entendida con su marido, segun me lo prometió.

CAPITULO IX.

Llega Periquillo á su casa y tiene una larga conversacion con su padre sobre materias curiosas é interesantes.

Llegamos á mi casa donde fuí muy bien recibido de mis padres, especialmente de mi madre que no se hartaba de abrazarme, como si acabara de llegar de luengas tierras y de alguna espedicion muy arriesgada. El señor D. Martin estuvo en casa dos ó tres dias mientras concluyó su negocio, al cabo de los cuales se retiró á su hacienda, dejándome muy contento porque se habia quedado en silencio mi desórden.

El señor mi padre un dia me llamó á so-

jas y me dijo: „Pedro, ya has entrado en la juventud sin saber en donde dejaste la niñez, y mañana te hallarás en la virilidad ó en la edad consistente sin saber como se te acabó la juventud. Esto quiere decir, que hoy eres muchacho y mañana serás un hombre: tienes en tu padre quien te dirija, quien te aconseje y cuide de tu subsistencia; pero mañana, muerto yo, tú habrás de dirigirte y mantenerte á costa de tu sudor ó tus arbitrios, só pena de perecer, si no lo haces asi; porque ya ves que yo soy un pobre y no tengo mas herencia que dejarte que la buena educacion que te he dado, aunque tú no la has aprovechado como yo quisiera.

En virtud de esto, pensemos hoy lo que ha de ser mañana. Ya has estudiado gramática y filosofia, estás en disposicion de continuar la carrera de las letras, ya sea estudiando teología, ó cánones, ya leyes ó medicina. Las dos primeras facultades dan honor y aseguran la subsistencia á los que se dedican á ellas con talento y aplicacion: mas es como preciso que sean eclesiásticos para que logren el fruto de su trabajo y sean útiles en su carrera; pues un secular por buen teólogo ó canonista que sea, ni podrá orar en un púlpito, ni resolver un caso de conciencia en un confesonario; y asi es que estas facultades son estériles para los seculares, y solo se pueden estudiar por ilustrarse, en caso de no necesitar los libros para comer.

La medicina y la abogacia son facultades útiles para los seculares. Todas son buenas en sí, y provechosas, como el que las profese sea bueno en ellas, esto es, como salga aprovechado en su estudio; y así seria una necesidad muy torpe que el teólogo adocenado, el médico ignorante, el leguleyo, ó rábula acusaran á estas ciencias del poco crédito que ellas tienen, ó les echaran la culpa de que nadie los ocupe: porque nadie los juzga útiles, ni quieren fiar su alma, su salud ni sus haberes en unas manos trémulas é insuficientes.

Esto es decirte, hijo mio, que tienes cuatro caminos que te ofrecen la entrada á las ciencias mas oportunas para subsistir en nuestra pátria; pues aunque hay otras, no te las aconsejo; porque son estériles en este reino, y cuando te sirvan de ilustracion, quizá no te aprovecharán como arbitrio. Tales son la física, la astronomia, la química, la botánica &c. que son parte de la primera ciencia que te dije.

Tampoco te persuado que te dediques á otros estudios que se llaman bellas letras; porque son mas deleitables al entendimiento que útiles á la bolsa. Supongamos que eres un gran retórico y mas elocuente que Demóstenes: ¿de qué te servirá si no puedes lucir tu oratoria en una cátedra ó en unos estrados? que es como decirte, si no eres sacerdote ó abogado. Supon tambien que te dedicas al estudio de las lenguas, ya vivas ya muertas, y que

sabes con primor el idioma griego, el hebreo, el francés, el ingles, el italiano y otros, esto solo no te proporcionará subsistir.

Pero con mas eficacia te apartara yo de la poesia, si la quisieras emprender como arbitrio; porque el trato con las musas es tan encantador como infructuoso. Comunmente cuando alguno está muy pobre dice que *está haciendo versos*. Parece que estas voces *poeta y pobre* son sinónimas, ó que el tener la habilidad de poetizar es un anatema para perecer. Algunos familiares de Pindo han logrado labrar su fortuna por su número; pero han sido pocos en realidad. Virgilio fue uno de ellos, que fue protegido de Augusto; pero no se hallan fácilmente Augustos ni Mecenas que patrocinen Virgilio; antes muchos otros que han tenido las dos circunstancias que Horacio requiere para la poesia, que son *númen y arte*, han pedido limosna cuando se han atenido á esta habilidad, y otros mas prudentes se han apartado de ella, mirándola como un comercio pernicioso á su mejor colocacion: tal fue D. Esteban Manuel Villagas, cuyas *Eróticas* tenemos. Por esto te aconsejo en esta parte con las mismas palabras de Bocangel.

*Si hicieres versos, haz pocos,
Por mas que te asista el génio,
Que aunque te lo aplauda el gusto,
Ha de reñirlo el talento.*

Que es como decirte: aunque tengas gusto de hacer versos; aunque estos sean buenos y te los celebren, haz pocos, no te embelesces ni te distraigas en este ejercicio, de suerte que no hagas otra cosa; porque entonces, si no eres rico, ha de reñirlo el taléto: pues la bolsa lo ha de sentir, y la moneda andará reñida contigo como con casi todos los poetas. El padre del gran Ovidio le decía que no se dedicara á las Musas, poniéndole por causal la pobreza que se podia esperar de ellas, pues le acordaba que Homero siendo tan celebrado poeta murió pobre. *Nullas reliquit opes.*

No es esto decirte que son inútiles la poesía y las demas ciencias que te he dicho; antes muchas de ellas son no solo útiles, sino necesarias á ciertos profesores. Por ejemplo: la dialéctica, la retórica y la historia eclesiástica, son necesárisimas al teólogo: la química, botánica y toda la fisica es, tambien precisa para el médico; la lógica, la oratoria y la erudición en la historia profana, son tambien no solo adornos, sino báculos forzosos para el que quiera ser buen abogado. Ultimamente, el estudio de las lenguas ministra á los literatos una esquisita y copiosa erudición en sus respectivas facultades, que no se logra sino bebiéndose en las fuentes originales, y la dulce poesia les sirve como de sánete ó refrigerio que les endulza y alegra el espíritu fatigado con la prolija atención con que se dedican á los asuntos sérios y fastidiosos; pero

estos estudios considerados con separación de las principales facultades, (si se deben separar) solo serán un mero adorno, podrán dar de comer alguna vez; pero no siempre, á lo ménos en América, donde faltan proporcion, estímulos y premios para dedicarse á las ciencias.

Conque de todo esto sacamos en conclusión, que un pobre como tú que sigue la carrera de las letras para tener con que subsistir, se ve en necesidad de ser ó sacerdote teólogo ó canonista; ó siendo secular, médico ó abogado; y así, ya puedes elegir el género de estudio que te agrada, advirtiéndote antes, que en el acierto de la elección consistirá la buena fortuna que te hará feliz en el discurso de tu vida.

Yo no exijo de tí una resolución violenta ni despremeditada. No, hijo mio, esta no es puñalada de cobarde. Ocho dias te doy de plazo para que lo pienses bien. Si tienes algunos amigos sábios y virtuosos, comunícales las dudas que te ocurran, aconsejáte con ellos, aprovéchate de sus lecciones, y sobre todo, consúltate á tí mismo: examina tu taléto é inclinación, y despues que hagas estas diligencias, resolverás con prudencia la carrera literaria que pienses abrazar. En inteligencia, que si de tus consultas y exámen, deduces que no serás buen letrado ni sacerdote, ni secular, no te apures ni te avergüences de decirme, que por la gracia de Dios, yo no soy

un padre ridículo, que he de incomodarme porque me participes el desengaño que saques por fruto de tus reflexiones. No, Pedro mio, dime, dime con toda franqueza tu nuevo modo de pensar: yo te puse el arte de Nebrija en la mano, por contemporizar con tu madre; mas ahora que ya eres grande, quiero contemporizar contigo; porque tú eres el héroe de esta escena, tú eres el mas interesado en tu logro, y así tu inclinacion y tu aptitud para esto ó para aquello, se debe consultar, y no la de tu madre ni la mia.

No soy yo de los padres que quieren que sus hijos sean clérigos, frailes, doctores ó licenciados, aun cuando son ineptos para ello ó les repugna tal profesion. No: yo bien sé que lo que importa es que los hijos no se queden flojos y haraganes, que se dediquen á ser útiles á sí y al estado, sin sobrecargar la sociedad contándose entre los vagos, y que esto no solamente las ciencias lo facilitan; tambien hay artes liberales y ejercicios mecánicos con que adquirir el pan honradamente.

Y así, hijo mio, si no te agradan las letras, si te parece muy escabroso el camino para llegar á ellas, ó si penetras, que por mas que te apliques, has de avanzar muy poco, viniendo á serte infructuoso el trabajo que impendas en instruirte, no te aflijas, te repito. En ese caso tiende la vista por la pintura, ó por la música; ó bien por el oficio que te acomode. Sobran en el mundo sastres, plateros,

tejedores, herreros, carpinteros, bateojas, carroceros, canteros y aun zurradores y zapateros que se mantienen con el trábajo de sus manos. Dime, pues, qué cosa quieres ser, á qué oficio tienes inclinacion, y en qué giro te parece que lograrás una honrada subsistencia; y creeme que con mucho gusto haré porque lo aprendas, y te fomentaré mientras Dios me diere vida; entendido que no hay oficio vil en las manos de un hombre de bien: ni arte mas ruin, oficio ú ejercicio mas abominable que no tener arte, oficio ni ejercicio alguno en el mundo. Sí, Pedro, el ser ocioso é inútil, es el peor destino que puede tener el hombre; porque la necesidad de subsistir y el no saber cómo ni de qué, lo ponen como con la mano en la puerta de los vicios mas vergonzosos, y por eso vemos tantos drogueros, tantos rufianes de sus mismas hijas y mugeres, y tantos ladrones; y por esta causa tambien se han visto y se ven tan pobladas las cárceles, los presidios, las galeras y las horcas.

Asi pues, hijo mio, consulta tu génio é inclinacion con espacio, para abrazar éste ó el otro modo con que juzgues prudentemente que subsistirás los dias que el cielo te conceda, sin hacerte odioso ni gravoso á los demas hombres tus hermanos, á quienes debes ser benéfico en cuanto puedas, que esto exige la legitima sociedad en que vivimos.

Pero tambien debes advertir, que aunque tú has de ser el juez que te examine, por la

misma razon has de ser muy recto sin dejar-
te gobernar por la lisonja, pues entonces per-
derás el tiempo: tus especulaciones serán va-
nas, y te engañarás á tí mismo, si no prue-
bas tu capacidad y analizas tu genio como
si fuera el de un extraño, y sin hacerte el mas
mínimo favor. El gran Horacio aconseja á los
escritores *que para escribir elijan aquella ma-
teria que sea mas conforme á sus fuerzas, y
vean el peso que puedan tolerar sus hombros,
y el que resistan* [*].

Pues es cierto que si las fuerzas exceden
á la carga, ésta se sobrellevará; mas si la car-
ga es mayor que las fuerzas, rendirá al hom-
bre, quien vergonzosamente caerá bajo su peso.

Es una verdad que se introduce sin vio-
lencia dentro de nuestros corazones, que *no
todos lo podemos todo*; pero la lástima es que
aunque conocemos su evidencia, la conocemos
respecto de los demas; mas no respecto de
nosotros mismos. Cuando alguno emprende ha-
cer esto ó aquello y le sale mal, luego de-
cimos. ¡Oh! pues si se mete á lo que no en-
tiende, ¿no es preciso que yerre? pero cuan-
do nosotros emprendemos, creemos que somos
capaces de salirnos con la nuestra, ¿y si er-
ramos? ¡Oh! entonces nos sobran mil discul-
pas á nuestro favor para cubrirnos de las no-
tas de imperitos ó atolondrados.

(*) *Sumite materiam vestris qui scribitis aequam
viribus; et versate diu quid ferre recusent,
quid valeant humeri.....in Arte poetic.*

Por esto no me cansaré de repetirte, hijo
mio, que antes de abrazar ésta ó la otra fa-
cultad literaria, ésta ó aquella profesion me-
cánica &c., lo pienses bien, veas si eres ó no
á propósito para ello; pues aun cuando te so-
bre inclinacion, si te falta talento, errarás lo
que emprendas sin ambas cosas, y te espon-
drás á ser objeto de la mas severa critica.

Ciceron fue el depósito de la elocuencia ro-
mana; tenia inclinacion á la poesia; pero no
aquel talento propio para ella que llaman *es-
tro*; lo que fue causa de que cometiese una
ridicula cacofonia, ó mal sonido de palabras en
aquel verso que censuró con otros Quintiliano.

O fortunatam natam me consule Romam.

Y Juvenal dijo, que si las *Filípicas*, con
que irritó el ánimo de Antonio las hubiera di-
cho con tan mala poesia, nunca hubiera muer-
to degollado.

El célebre Cervantes fue un grande inge-
nio, pero desgraciado poeta; sus escritos en
prosa le grangearon una fama inmortal (aun-
que en esto de pesetas, murió pidiendo limos-
na. Al fin fue de nuestros escritores); pero de
sus versos, especialmente de sus comedias, no
hay quien se acuerde. Su grande obra del
Quijote no le sirvió de *parco* para que no
lo acribillaran por mal poeta; á lo menos Vi-
llegas en su séptima elegia dice hablando con
su amigo:

*Irás del Helicon á la conquista
Mejor que el mal poeta de Cervantes,
Donde no le valdrá ser Quijotista.*

Este par de ejemplitos te asegurará de las verdades que te he dicho. Conque anda, hijo, piénsalas bien, y resuelve qué es lo que has de ser en el mundo; porque el fin es que no te quedes vago y sin arbitrio."

Fuése mi padre y yo me quedé como tonto en vísperas; porque no percibía entonces toda la solidez de su doctrina. Sin embargo, conocí bien que su merced quería que yo eligiera un oficio ó profesion que me diera de comer toda la vida; mas no me aproveché de este conocimiento.

En los siete días de los ocho concedidos de plazo para que resolviera, no me acordé sino de visitar á los amigos y pasear, como lo tenia de costumbre, apadrinado del consentimiento de mi cándida madre; pero en el octavo me dió mi padre un recordoncito, diciéndome: „Pedrillo, ya sabrás bien lo que has de decir esta noche acerca de lo que te pregunté hoy hace ocho dias." Al momento me acordé de la cita, y fui á buscar un amigo con quien consultar mi negocio.

En efecto lo hallé; pero ¡qué amigol como todos los que yo tenia, y los que regularmente tienen los muchachos desbaratados, como yo era entonces. Llamábase este amigo Martin Pelayo, y era un vicho punto menos ma-

leta que Juan Largo. Su edad seria de diez y nueve á veinte años; jugadorcillo mas que Birjan, enamorado mas que Cupido, mas bailarador que Batilo; mas tonto que yo, y mas zángano que el mayor de la mejor colmena. A pesar de estas nulidades, estaba estudiando para *padre*, segun decia, con tanta vocacion en aquel tiempo para ser sacerdote como la que yo tenia para verdugo: sin embargo, ya estaba tonsurado y vestia los hábitos clericales, porque sus padres lo habian encajado al estado eclesiástico á fuerza, lo mismo que se encaja un clavo en la pared á martillazos, y esto lo hicieron por no perder el rédito de un par de capellanias gruesas que habia heredado. ¡Qué mal estoy y estaré toda mi vida con los mayorazgos y las capellanias heredadas!

Pero de cualquier modo, éste fue el eximio doctor, el hombre provecto, y el sábio virtuoso que yo elegí para consultar mi negocio, y ya ustedes verán qué bien cumpliria con las buenas intenciones de mi padre. Así salió ello.

Luego que yo le informé de mis dudas y le dije algo de lo que mi padre me predicó, se echó á reir y me dijo: eso no se pregunta. Estudia para clérigo como yo, que es la mejor carrera, y cierra los ojos. Mira: un clérigo es bien visto en todas partes: todos lo ven-ran y respetan aunque sea un tonto, y le disimulan sus defectos: nadie se atreve á mo-

tejarlos ni contradecirlos en nada: tiene lugar en el mejor baile, en el mejor juego, y hasta en los estrados de las señoras no parece despreciable; y por último, jamás le falta un peso, aunque sea de una misa mal dicha en una carrera. Conque así estudia para clérigo y no seas bobo. Mira tú: el otro día en cierta casa de juego se me antojó no perder un albur, á pesar de que vino el as contrario delante de mi carta, y me afancé con la apuesta, esto es, con el dinero mio y con el ageno. El dueño reclamaba y porfiaba con razon que era suyo; pero yo grité, me encolericé, juré, me cogí el dinero y me salí á la calle, sin que hubiera uno que me dijera *esta boca es mia*, porque el que menos me juzgaba diácono, y ya tú ves que si este lance me hubiera sucedido siendo médico ó abogado secular, ó me salgo sin blanca, ó se arma una campaña de que tal vez no hubiera sacado las costillas en su lugar. Conque otra vez te digo, que estudies para clérigo y no pienses en otra cosa.

Yo le respondí: todo eso me gusta y me convence demasiado; pero mi padre me ha dicho, que es preciso que estudie teología, cánones, leyes ó medicina; y yo, la verdad, no me juzgo con talentos suficientes para eso. No seas majadero, me respondió Pelayo. No es menester tanto estudio ni tanto trabajo para ser clérigo, ¿tienes capellania? No tengo, le respondí. Pues no le hace, prosiguió él: or-

dénate á título de idioma; ello es malo, porque los pobres vicarios son unos criados de los curas, y tales hay que les hacen hasta la cama; pero esto es poco, respecto á las ventajas que se logran, y por lo que toca á lo que dice tu padre de que es necesario que estudies teología ó cánones para ser clérigo, no lo creas. Con que estudies unas cuantas definiciones del Ferrer ó de Lárraga, te sobra; y si estudiases algo de Cliquet, ó del curso Salmaticense, ¡oh! entonces ya serás un teólogo moralista consumado, y serás un Séneca para el confesonario, y un Ciceron para el púlpito, pues podrás resolver los casos de conciencia mas arduos que hayan ocurrido y puedan ocurrir, y predicarás con mas séquito que los Masillones y Burdalúes, que fueron unos grandes oradores, segun me dice mi catedrático, que yo no los conozco ni por el forro.

Pero hombre, la verdad, le dije: yo creo que no soy bueno para sacerdote, porque me gustan mucho las mugeres, y segun eso, pienso que soy mejor para casado. Perico: ¡qué tonto eres! me contestó Pelayo. ¿No ves que esas son tentaciones del demonio para apartarte de un estado tan santo? ¿Tú crees, que solo siendo eclesiástico podrás pecar por este rumbo? no amigo, tambien los seculares, y aun los casados pecan por el mismo. A mas de que ¡qué cosa.... pero no quiero abrirte los ojos en esta materia. Ordenate, hom-

bre, ordénate y quítate de ruidos, que después, tú me darás las gracias por el buen consejo.

Despedíme de mi amigo, y me fuí para casa, resuelto á ser clérigo, topara en lo que topara; porque me hallaba muy bien con la lisongera pintura que me habia hecho Martin del estado.

Llegó la noche, y mi buen padre, que no se descuidaba en mi provecho, me llamó á su gabinete y me dijo: „Hoy se cumple el plazo, hijo mio, que te di para que consultaras y resolvieras sobre la carrera de las ciencias ó de las artes que te acomode, para dedicarte á ellas desde luego; porque no quiero que estés perdiendo tanto tiempo. Dime pues, ¿qué has pensado y qué has resuelto?“ „Yo, señor, le respondí, he pensado ser clérigo. Muy bien me parece, me dijo mi padre; pero no tienes capellanía, y en este caso, es menester que estudies algun idioma de los indios, como mexicano, otomí, tarasco, matzagua ú otro para que te destines de vicario y administres á aquellos pobres los santos sacramentos en los pueblos. ¿Estás entendido en esto? Si señor, le respondí, porque me costaba poco trabajo decir que sí; no porque sabia yo cuales eran las obligaciones de un vicario.

Pues ahora es menester que tambien sepas, añadió mi padre: que debes ir sin réplica á donde te mandare tu prelado, aunque sea al

peor pueblo de tierra caliente, aunque no te guste ó sea perjudicial á tu salud; pues mientras mas trabajos pases en la carrera de vicario, tantos mayores méritos contraerás para ser cura algun dia.

En los pueblos que te digo, hay mucho calor y poca ó ninguna sociedad, si no es con indios mazorrales. Allí tendrás que sufrir á caballo y á todas horas en las confesiones, soles ardientes, fuertes aguaceros, y continuas desveladas ó vigiliias. Batallarás sin cesar con los alacranes, turicatas, tlalages, pinolillo, garapatas, gegenes, zancudos, y otros insectos venenosos de esta clase, que te beberán la sangre en poco tiempo. Será un milagro que no pases tu trinquetada de tercianas que llaman *frios*, á los que sigue después ordinariamente una tiricia consumidora; y en medio de estos trabajos, si encuentras con un cura tétrico, necio y regañon, tendrás un vasto campo donde ejercitar la paciencia; y si topas con uno flojo y regalon, cargará sobre tí todo el trabajo, siendo para él lo pingüe de los emolumentos. Conque esto es ser sacerdote y ordenarse á título de idioma ó administracion. ¿Te gusta? Si señor, le respondí de cumplimiento, pues á la verdad no dejó de resfriar mi ánimo el detall que me habia hecho de los trabajos y mala vida que suelen pasar los vicarios; pero yo decia entre mí ¿qué luego ha de dar en un ojo? ¿luego he de ir á tener á tierra caliente, á un pueblo ruin? ¿luego ha de

haber alacranes, moscos, ni esos otros salvages que me dice mi padre? ¿luego me han de dar los frios, ó los curas á quienes sirva han de ser todos flojos ó regañones? quizá no será asi; sino que hallaré un buen pueblo y cura, y entonces pasearé bien, tendré dinero, y dentro de un par de años lograré un curato riquillo, y descansando yo en mis vicarios, ya me podré tender boca arriba, y raparme una videta de ángeles.

Estas cuentas estuve yo haciendo á mis solas, mientras mi padre fue á la puerta para enviar una criada á traer tabaco. Volvió su merced, se sentó y continuó su conversacion de este modo.

Conque, Pedrillo, supuesta la resolucion que tienes de ordenarte, ¿qué quieres estudiar? ¿cánones ó teología? Yo me sorprendí, porque cuanto me agradaba tener dinero rascándome la barriga hecho un flojo, tanto asi me repugnaba el estudio y todo género de trabajo.

Quedéme callado un corto rato, y mi padre advirtiéndome mi turbacion, me dijo: cuando resolviste dedicarte á la iglesia, ya preveniste la clase de estudios que habias de abrazar, y así no debes detener la respuesta. ¿Qué, pues, estudias? ¿cánones ó teología? Yo muy fruncido le respondí: señor, la verdad, ninguna de esas dos facultades me gusta, porque yo creo que no las he de poder aprender, porque son muy difíciles: lo que quiero estudiar es moral, pues me dicen que para ser vica-

rio, ó cuando mas, un triste cura, con eso sobra.

Levantóse mi padre al oír esto, algo amohinado, y paseándose en la sala decia: ¡Vea vd! estas opiniones erróneas son las que pervertien á los muchachos. Asi pierden el amor á las ciencias: asi se estravian y se abandonan: asi se empapan en unas ideas las mas mezquinas, y abrazan la carrera eclesiástica, porque les parece la mas fácil de aprender, la mas socorrida y la que necesita menos ciencia. De fácto, estudian cuatro definiciones y cuatro casos los mas comunes del moral, se encajan á un sínodo, y si en él aciertan por casualidad, se hacen presbíteros en un instante, y aumentan el número de los idiotas con descrédito de todo el estado; y encarándose á mí, me dijo: en efecto, hijo, yo conozco varios vicarios que imbuidos en la detestable máxima que te han inspirado de que no es menester saber mucho para ser sacerdotes, y mirando, por desgracia, que algunos han soltado el acocote para tomar el cáliz, ó se han desnudado la pechera de arrieros para vestirse la casulla, se han echado con las petacas y se han metido á lo que no eran llamados; pero no creas tú, Pedro, que una mal mascada gramática y un mal digerido moral, bastan como piensas, para ser buenos sacerdotes y ejercer dignamente el terrible cargo de cura de las almas.

Muy bien sé, que hubo tiempos, en que (como nos refiere el abate Andrés en su histo-

ria de la literatura) decayeron las ciencias en la Europa en tanto grado, que el que sabia leer y escribir tenia quanto necesitaba para ser sacerdote, y si por fortuna sabia algo del canto llano, entonces pasaba plaza de doctor; pero ¿quién duda que la santa iglesia no se afligiria por esta tan general ignorancia, y que condescenderia con la ineptitud de estos ministros por la obscuridad del siglo, por la inopia de sugetos idóneos, y porque el pueblo no careciera del pasto espiritual; y así á trueque de que sus hijos no perecieran de hambre, teniendo por la gracia de Jesucristo, el pan tan abundante, tenia que fiar con dolor su repartimiento á unas manos groseras, y que encomendar, á mas no poder, la administracion de la Viña del Señor á unos operarios imperitos?

Pero así como en aquel tiempo hubiera sido un error grosero decir que sobra con saber leer para hacerse alguno digno de los sagrados órdenes, por mas que así sucediera; de la misma manera lo es hoy asegurar que para obtener tan alta dignidad *sobra* con una poca de gramática y otro poco de moral, por mas que muchos no tengan mas ciencias quando se ordenan; pues tenemos evidentes testimonios de que la iglesia lo tolera, mas no lo quiere.

Todo lo contrario; siempre ha deseado que los ministros del altar estén plenamente dotados de ciencia y virtud. El sagrado concilio

de Trento manda: „que los ordenados sepan la lengua latina, que estén instruidos en las letras; desea que crezca en ellos con la edad el mérito y la mayor instruccion; manda que sean idóneos para administrar los sacramentos y enseñar al pueblo, y por último, no, mandó establecer los seminarios donde siempre haya un número de jóvenes que se instruyan en la disciplina eclesiástica, los que quiere que aprendan gramática, canto, cómputo eclesiástico, y otras facultades útiles y honestas: que tomen de memoria la sagrada escritura, los libros eclesiásticos, homilias de los santos, y las fórmulas de administrar los sacramentos, en especial, lo que conduce á oír las confesiones, y las de los demas ritos y ceremonias. De suerte, que estos colegios sean unos perennes planteles de ministros de Dios.”
Ses. 23 cap. 11, 13, 14 y 18.

Conque ya ves, hijo mio, como la santa iglesia quiere, y siempre ha querido, que sus ministros estén dotados de la mayor sabiduria, y justamente; porque ¿tú sabes que cosa es y debe ser un sacerdote? seguramente que no. Pues oye: un sacerdote es un sábio de la ley, un doctor de la fe, la sal de la tierra y la luz del mundo. Mira ahora si desempeñará estos títulos, ó los merecerá siquiera, el que se contenta con saber gramática y medio moral, y mira si para obtener dignamente una dignidad, que pide tanta ciencia, bastará ó sobra con tan poco, y esto suponiendo que se se-

pa bien. ¿Qué será ordenándose con una gramática mal mascada y un moral mal aprendido?

Por otra parte: cuando vemos tantos sacerdotes sábios y virtuosos que ya viejos, enfermos y cansados, con las cabezas trémulas y blancas, en fuerza de la edad y del estudio, aun no dejan los libros de las manos: aun no comprehenden bastante los arcanos de la teología: aun se obscurecen á su penetracion muchos lugares de la sagrada Biblia: aun se confiesan siempre discípulos de los santos padres y doctores de la iglesia, y se reconocen indignos del sagrado carácter que los condecora, ¿qué juicio haremos de la alta dignidad del sacerdocio? ¿y cómo no nos convenceremos del gran fondo de santidad y sabiduria que requiere un estado tan sublime en los que sean sus individuos?

Y si despues de estas sérias consideraciones, tendemos la vista por el oriente opuesto, y vemos cuan tranquilos y satisfechos se introducen al *Sancta Sanctorum* muchos jovenitos con cuatro manotadas que le han dado á Nebrija y otras tantas al P. Larraga. Si vemos que algunos, apenas se ordenan de presbiteros, cuando se despiden no solo de estos pobres libros, sino quizá y sin quizá hasta del breviario. Y por último, si damos un paso fuera de la capital, y ciudades donde residen los diocesanos y cabildos, y vemos por esos pueblos de Dios, lances de ignorancia es-

candalosos y aun increíbles (*) y si escuchamos en esos púlpitos sandeces y majaderias que no están escritas, ¿qué juicio nos hemos de formar de estos ministros? ¿cuál de su virtud? ¿y cuál de lo recto de la administracion espiritual de los infelices pueblos encargados á su custodia? ¡Oh! que para referir los daños de que son causa, seria preciso decir lo que Eneas á Dido al contarle las desgracias de Troya. ¿Quién reprimirá las lágrimas al referir tales cosas?

Aquí sacó mi padre su relox y me dijo: ha sido larga la conferencia de esta noche; mas aun no te he dicho todo cuanto necesi-

(*) *Tal es el que sigue. Reconcilióse en un lugar de España el eximio doctor Suarez para celebrar, y el miserable vicario que lo oyó de penitencia, era tan ignorante, que no sabia la forma de la absolucion. Fué necesario que el mismo penitente se la fuera apuntando asi como se hace con el que ha de recitar una relacion que no sabe; pero por fin, con este auxilio absolvió nuestro vicario al dicho sacerdote, quien luego que acabó su misa, fué á ver al cura lleno de escándalo, y con razon, y le dió parte de lo que le habia acontecido; pero ¿cuál seria la sorpresa de este teólogo cuando oyó al cura que muy mesurado le dijo: Padre, ese vicario es muy tonto, ya yo le tengo dicho varias veces que no se meta en absolver, sino que oiga las confesiones y me remita á los penitentes, que yo los absolveré.*

Conozco que este caso se hará increíble; pero se hará tal á los que no hayan salido de México ó de otras ciudades; pero los que hemos andado por los poblachos distantes de las mitras, lo creemos como si lo hubieramos visto, porque hemos presenciado otros mas lastimosos en su linea: yo pudiera citar algunos si no fueran tan modernos.

tas sobre un asunto tan interesante; sin embargo, lo dejaremos pendiente para mañana, porque ya son las diez, y tu madre nos espera para cenar. Vámonos.

CAPITULO X.

Concluye el padre de Periquillo su instruccion. Resuelve este estudiar teologia. La abandona. Quiere su padre ponerlo á oficio; él se resiste, y se refieren otras cosillas.

Cenamos muy contentos como siempre, y nos fuimos á acostar como todas las noches. Yo no pude menos que estar rumiando lo que acababa de decir mi padre, y no dejaba de conocer que me decia el credo; porque hay verdades que se meten por los ojos, aunque uno no quiera; pero por mas que me convencian las razones que habia oído, no me podia resolver á estudiar cánones ó teologia, que era el intento de mi buen padre; pues así como me agradaba la vida libre y holgazana, así me fastidiaba el trabajo. Finalmente, yo me quedé dormido, haciendo mis cuentas de cómo conseguiria ser clérigo para tener dinero sin trabajar, y de cómo eludiria las buenas intenciones de mi padre. En esto se desvelan muchos niños sin advertir que se desvelan en su ruina.

Al otro dia despues que vino mi padre de

misa, me llamó á su cuarto y me dijo: no quiero que se nos vaya á olvidar la contestacion de anoche. Te decia Pedro, que los pueblos padecen mucho cuando sus curas y vicarios son ignorantes, ó inmorales; porque jamás las ovejas estarán seguras ni bien cuidadas en poder de unos pastores nécios ó desidiosos: y todo esto te lo he dicho para probarte que la sabiduria nunca sobra en un sacerdote, y mas si está encargado del cuidado de los pueblos; y para mayor confirmacion de mi doctrina, oye.

En los pueblos puede haber, y en efecto habrá en muchos, algunas almas místicas y que aspiren á la perfeccion por el camino ordinario, que es el de la oracion mental. ¡Y qué direccion podrá dar un padre vicario semi-lego á una de estas almas, cuando por desidia ó ineptitud no solo no ha estudiado la respectiva teologia, pero ni siquiera ha visto por el forro las obras de Santa Teresa, la Lucerna mística del padre Esquerra, los desengaños místicos del padre Arbiol, y quizá ni aun el Kempis ni el Villacastin? ¡Cómo podrá dirigir á una alma virtuosa y abstracta el que ignora los caminos? ¡Cómo podrá sondear su espíritu ni distinguir si es una alma ilusa, ó verdaderamente favorecida, cuando no sabe qué cosa son las vias purgativa, iluminativa, contemplativa, y unitiva? ¡cuando ignora qué cosa son revelaciones, éxtasis, raptos, y deliquios? ¡cuando le coge de nuevo lo que son conso-

laciones y sequeidades? ¿cuando se sorprende al oír las voces de ósculo santo, abrazo divino, y desposorio espiritual? ¿y cuando (por no cansarte con lo que no entiendes) ignora del todo los primores con que obra la divina gracia en las almas espirituales y devotas? ¿No es verdad? ¿no conoces tú que si te pusieras á llevar un navio á Cádiz, á Cavite ó á otro puerto, con las luces que tienes de pilotage (que son ningunas) seguramente darías con la embarcacion infeliz que se te confiara en un banco, en un arrecife, ó en un golfo, sin llegar jamás por jamás al puerto de su destino? Esto lo debes comprender, porque la comparacion es muy sencilla. Pues lo mismo sucede á estos infelices vicarios *Lárragos* á secas que apenas saben absolver á un pecador comun, (como los indios que no saben mas que llevar una canoa á *Ixtabalco*). Ellos los pobres son ciegos, y las almas que aspiran á entrar por la via de la perfeccion, tambien son ciegas, y necesitan una buena guia que las dirija. No la hallan en los directores modorros, y sucede que (á no ser por un favor especial de la gracia) ellas ó se entibian, ó se pierden; y las guias ó se confunden, ó se precipitan en los errores de la ilusion que ellas les comunican.

Esta es una verdad terrible; pero es una verdad que no negará ningun sacerdote sabio. Yo lo que veo (y que confirma mi opinion en el particular) es: que los sacerdotes

virtuosos, santos y doctos, son muy escrupulosos para confesar y dirigir monjas y otras almas espirituales, y cuando las dirigen son muy eficaces para no dejar de la mano la sonda de la doctrina y la prudencia, A mas de esto, consultan con el teólogo por esencia, con Dios digo, en los ratos de oracion que tienen, y como saben que deben hacer cuantas diligencias humanas estén en su arbitrio para conseguir el acierto, consultan las dudas que tienen con otros varones sábios y espirituales. Esto veo, y esto me hace creer lo contingente que será el acierto de la direccion espiritual de unas almas místicas fiado á unos pobres clérigos casi legos, que apenas saben lo muy preciso para decir misa y absolver al penitente en virtud de la promesa de Jesucristo.

De manera, hijo mio, que estoy firmemente persuadido que si la iglesia santa pudiera hacer que todos sus ministros fueran teólogos y santos, no omitiria sacrificio alguno para conseguirlo; pero la escasez de varones y talentos tales como los necesarios, hace que provea á los fieles de aquellos que se encuentran tal cual útiles para la simple administracion de los Sacramentos.

Aun hay mas. Ya te dije que los sacerdotes son los maestros de la ley. A ellos toca privativamente la esplicacion del dogma, y la interpretacion de las Sagradas Escrituras. Ellos deben estar muy bien instruidos en la revelacion y tradicion en que se funda nuestra

fe, y ellos en fin, deben saber sostener *ante faciem mundi* lo sólido é incontrastable de nuestra santa religion y creencia.

Pues ahora, supongamos un caso remoto, pero no imposible. Supongamos, digo, que un pobrecito vicario de estos de que hablamos, ó un religioso hebdomadario, ó que llaman de *misa y olla*, tiene con un herege una disputa acerca de la certeza de nuestra religion, de la justicia de su dogma: de lo divino de sus misterios: de la realidad del cumplimiento de las profecias: de lo evidente de la venida del Mesias: del cómputo de las semanas de Daniel ó cosa semejante (advirtiendo que los hereges que promueven ó entran en estas disputas, aunque son ciegos para la fe, no lo son para las ciencias. He vivido en puerto de mar, y he conocido y tratado á algunos) ¿cómo conocerán sus sofismas? ¿cómo eludirán sus argumentos? ¿cómo distinguirán su malicia de la fuerza intrínseca de la razon? ¿y cómo podrá salir de sus lábios la verdad triunfante, y con el brillo que le es tan natural? Ello es cierto que si solo el *Ferrer*, el *Cliquet*, el *Laraga* ú otro sumista de moral semejante fueran bastantes para contrarrestar á los hereges, no sé como hubiera salido san Agustin con los Maniqueos, san Geronimo con los Donatistas, ni otros santos padres con otras chusmas de heresiarcas á quienes combatieron y confundieron con brillantez y solidez de argumentos.

De todo lo dicho debes concluir, Pedro mio, que para ser un digno sacerdote no sobra con saber lo muy preciso; es necesario imbuirse y empaparse en la sólida teologia, y en las reglas ó leyes eclesiásticas que son los cánones de la iglesia.

„Agrega a esto, que es tan peculiar al sacerdote la literatura, que á mediados del siglo XIII no eran promovidos al clericalato sino los literatos, segun la novela de Justiniano 6, cap. 4 y 123, cap. 12. De modo que Julianó el antecesor escribia: *Qui enim literas nescit, clericus esse non potest*. Sucedió que „para significar un hombre docto y literato, „empezó á usarse el nombre de *clérigo*, y el „de *lego* para denotar un ignorante ó que no „sabia las letras, de donde provino tambien que „á los legos doctos se les daba el título de „*clérigos*; y por el contrario, los eclesiásticos „no literatos eran llamados tambien *legos*. (*Clericus* (son palabras de Oderico Vital en el „lib. 3) *cognominatus est, quia peritia literarum, aliarumque artium apprimè imbitus est*. „En la Crónica Andrense leemos tambien las „siguientes palabras: *Aliquibus Romanis annuentibus hispanum quendam. Burdinum nomine, satis clericum, ei fecit subordinari*. Y „en la historia de los obispos de Eistet: *Iste Joannes Episcopus... magnus clericus in Jure Canonico fuit*, esto es, gran letrado. „El mismo significado se observa que tuvo antiguamente en la lengua francesa, pues *clere*

„queria decir lo mismo que *docto*, como tambien clergie lo mismo que ciencia y doctrina.”

Toda esta erudicion y alguna mas, la recogió el señor Muratori en su opúsculo titulado: *Reflexiones sobre el buen gusto*, cap. 7, fól. 70, 71 y 72, donde lo podrás ver, confirmando que para merecer el nombre de clérigo, es menester ser literato; y de lo contrario, el que no lo sea, no será un padre clérigo, sino un padre *lego*.

Harto te he dicho, y asi si quieres ser eclesiástico, ¿dime qué te resuelves á estudiar?

Viéndome yo tan atacado, no hubo remedio, respondí á mi padre que estudiaria teología, y á los dos dias ya era yo cursante teólogo, y vestia los hábitos clericales.

No tardé mucho en ver en la universidad á mi amigo Pelayo, á quien dí parte de todo lo que me habia ocurrido con mi padre, y cómo yo no pudiendo escaparme de sus insinuaciones, elegí estudiar teología. Ello será un perdedero de tiempo, supuesto que no te gusta el estudio, me dijo mi amigo; pero si no hay otro remedio, ¿qué se ha de hacer? A veces es preciso contemporizar con los viejos ideáticos, aunque uno no quiera, aunque sea para engañarlos mientras se realizan nuestros proyectos. Mi padre tambien es del tenor siguiente: ha dado en que estudie cánones á *fortiori*; y aun me habla de licenciaturas y borlas; pero yo que no soy vanidoso, no pienso en eso: lo que quiero es acabar mis

cánones bien ó mal: alcanzar el gradillo: ordenarme y quitarme de libros ni quebraderos de cabeza. Tú puedes hacer lo mismo: aguantata tus cursos de universidad con la paciencia que un purgado, y cuando menos lo pienses te hallarás hecho un bachiller teólogo, que para el caso de que digan que lo eres, con eso basta.

Ni es menester que te des mala vida ni te derritas los sesos sobre los libros. Estudia de carrera lo que te señale tu catedrático, enséñate á manejar el *ergo* por imitacion, y frecuenta la universidad, porque los cursos importan, hijo; los cursos son mas precisos que la ciencia misma, para lograr el grado. Bien saben y sabemos, que á lo que vamos los mas estudiantes á la universidad, no es á aprender nada; sino á cuajar un rato unos con otros; pero lo cierto es, que el que no tiene su certificacion de haber cursado el tiempo prefijado por estatuto, no se graduará, aunque sea mas teólogo que santo Tomás; y si la tiene, él será bachiller, aunque no sepa quien es Dios por el padre Ripalda; pero ello es que asi la vamos pasando, y asi la pasaremos tú y yo con mas descanso.

Yo apenas faltó de la universidad tal cual vez; pero del colegio si me deserto con frecuencia. Los domingos, jueves y fiestas de guardar, no tenemos clase por el colegio: y yo que *salo* uno ó dos dias á la semana, ya verás qué poco me mortifico.

Esto es lo que harás tú, si quieres que no

se te haga pesado el estudio de la teología. Acompáñate conmigo: arráncale á tu padre los realitos que puedas, y confía de mí en que no solo te pasarás buena vida, sino que te civilizarás, porque advierto que eres un mexicano payo, y yo te quiero sacar á barreras. Sí, yo te llevaré á varias casas de señoritas finas que tengo de tertulias: aprenderás á bailar, á bailar, á contestar con las gentes decentes. Fuera de esto, te sentaré en los estrados y haré que te comuniques con las damas; porque el trato con las señoras ilustra demasiado. Ultimamente, te enseñaré á jugar al villar, malilla de campo, tresillo, básiga y albures, que todas estas habilidades son partes de un mozo fino é ilustrado, y de este modo nos la pasaremos buena. Al cabo de un año tú no te conocerás, y me darás las gracias por los buenos oficios de mi amistad.

El cielo vi abierto con el plan de la vida que me propuso Pelayo: porque yo no aspiraba á otra cosa que á holgar y divertirme; y así le dí las gracias por el interés que tomaba en mis aumentos, y desde aquel día me puse bajo su direccion y tutela.

El inmediatamente trató de cumplir con sus deberes, llevándome á varias tertulias que frecuentaba en algunas casas medianamente decentes, y en las que vivian señoritas de título como la Cucaracha, la Pisa bonito, la Quebrantahuesos y otras de igual calaña.

Ya se deja entender que los tertulios y ter-

tulias debajo de sus levitas, casacas y túnicos eran muchachas y jóvenes de primera tijera, esto es, mozos y mozas estragados, libertinos y tunos de profesion.

Con tan buenas compañías y la direccion de mi sapientísimo mentor, dentro de pocos meses salí un buen bandolonista, bailador incansable, contradanzista eterno, decidor, refranero, atrevido y lépero á toda prueba.

Como mi maestro se habia propuesto civilizarme é ilustrarme en todos los ramos de la caballería de la moda, me enseñó á jugar al villar, tresillo, tuti y juegos carteados; no se olvidó de instruirme en las cábulas del bisbis, ni en los ardides para jugar albures segun arte, y no asi así á la buena de Dios, ni á lo que la suerte diera; pues me decia: *que el que limpio jugaba, limpio se iba á su casa*, sino siempre con su pedazo de diligencia.

Un año gasté en aprender todas estas murrangas; pero eso sí, salí maestro y capaz de poner cátedra de fullería y leperaje á lo decente; porque hay dos clases de tunantismo: una soez y arrastrada como la de los enfrazados, y borrachos que juegan á la rayuela ó á la taba en una esquina: que se trompean en las calles: que profieren unas obscenidades escandalosas: que llevan á otras lepezcas descalzas y hechas pedazos, y se emborrachan públicamente en las pulquerías y tabernas, y estos se llaman pillos y léperos ordinarios.

La otra clase de tunantismo decente, es aquella que se compone de mozos decentes y estraviados que con sus levitas, casaquitas y aun perfumes, son unos ociosos de por vida, cofrades perpetuos de todas las tertulias, cortejos de cuanta coqueta se presenta, seductores de cuanta casada se proporciona, jugadores, tramposos y fulleros siempre que pueden: cócoras de los bailes, sustos de los con-vites, gorriones intrusos, sinvergüenzas, descarados, necios á nativitate, tarabillas perdurables y máquinas vestidas, escandalosas y perjudiciales á la desdichada sociedad en que viven; y estos tales son pillos y léperos decentes, y de esta clase de pillería digo, que pude haber puesto cátedra pública, segun lo que aproveché con las lecciones de mi maestro y el ejemplo de mis concursantes en el corto espacio de un año.

El pobre de mi padre estaba muy ageno de mis indignos adelantamientos, y muy pagado de Martin Pelayo, que visitaba mi casa con frecuencia; porque ya os he dicho que vuestro abuelo era de tan buen entendimiento como corazon. En efecto, era hombre de bien y virtuoso, y como tales personas son fáciles de engañarse por las astucias de los malvados, entre yo y mi amigo teniamos alucinado á mi buen padre; porque yo era un gran picaro, y Pelayo era otro picaro mas que yo; y asi entre los dos hacíamos cera y pavilo de las crederas de mi padre que tenia por un mozo muy

fino, arreglado y buen estudiante al tal tino de Martin, y éste á mis escusas hacia delante de mis padres unos elogios encarecidísimos de mi talento y aplicacion, con lo que les clavaba mas la espina, esto es, á mi padre, que á mi madre no era menester nada de eso; porque como me amaba sin prudencia, mis mayores maldades las disculpaba con la edad, y mis menores me las pasaba por gracias y travesturas.

Pero asi como la moneda falsa no puede correr mucho tiempo sin descubrir ó su mal trojel ó su liga; asi la maldad no puede pasar muchos dias con la capa de la hipocresia sin manifestar su sordidez. Puntualmente sucedió lo mismo conmigo, pues mi padre un dia que yo no lo pensaba, me preguntó ¿que cuándo era mi acto? ¿ó que si estaba en disposicion de tenerlo? Ciertamente, que si como me preguntó eso, me hubiera preguntado ¿que si estaba apto para bailar una contradanza? ¿para pervertir una jóven? ¿ó para amarrar un alburito? no me tardo mucho en responder afirmativamente; pero me hizo una pregunta difícil, porque yo con mis qué haceres, no pude dedicarme á otro estudio, de suerte que mi Biluart estaba limpio y casi intacto.

Sin embargo, era preciso responder alguna cosa, y fue: que mi catedrático no me habia dicho nada, que se lo preguntaria. No, me dijo mi padre, no le preguntes nada, que yo lo haré. En mala hora se encargó mi padre de

semejante comision; porque fue al segundo dia al colegio, y le preguntó á mi maestro ¿que en qué estado estaba yo de estudio? y que si me hallaba capaz de sustentar un acto, le hiciese favor de avisárselo para hacer sus diligencias para los gastos.

Mi maestro tan veraz como serio, le contestó: amigo, yo deseaba que vd. me viera para decirle que su niño no promete las mas leves esperanzas de aprovechar, no porque carezca de talento, sino por falta de aplicacion. Es muy abandonado: rara semana deja de faltar uno ó dos dias á la clase, y cuando viene, es á enredar y á hacer que pierdan el tiempo los otros colegiales. En virtud de esto, ya vd. verá cuál será su aptitud, y cuáles sus adelantos. A mas de esto, yo le he advertido ciertas amistades y malas inclinaciones que me hacen temer la ruina próxima de este mozo; y asi vd. como buen padre vele sobre su conducta, y vea en qué lo ocupa con sujecion; porque si no, el muchacho se le pierde, y vd. ha de dar á Dios cuenta de él.

Mi padre se despidió de mi maestro bastante avergonzado (segun despues me dijo) y lleno de una justa colera contra mí. ¡Pobres padres! ¡y qué ratos tan pesados les dan los malos hijos! Fue á casa al medio dia: me saludó con mucha desazon: se entró á la recámara con mi madre, y ésta como á las dos horas salió con los ojos llorosos á mandar poner la mesa. Mi padre apenas comió, mi madre tampoco; yo, como sinvergüenza y que ignoraba que

era el eje sobre quien se movia aquel disgusto, no dejé de hacer cuanto pude por agotar los platos; porque al fin no hay sinvergüenza que no sea gloton. Durante la comida no habló mi padre una palabra, y así que se concluyó, se levantaron los manteles, y se dieron gracias á Dios; se retiró mi padre á dormir siesta y me dijo con mucha seriedad: esta tarde no vaya vd. al colegio, que lo he menester.

Como la culpa siempre acusa, yo me quedé con bastante miedo, temiendo no hubiera sabido mi padre algunas de mis gracias extraordinarias, y me quisiese dar con un garrote el premio que merecian.

Luego concebí que yo habia sido la causa de la cólera, de la parsimonia de la mesa, y de las lágrimas de mi madre; pero como estaba satisfecho en que ésta no me queria, sino me adoraba, no tuve empacho para decirle: señora ¿qué novedad será esta de mi padre? A lo que la pobrecita me contestó con sus lágrimas, y me refirió todo lo que habia acaecido á mi padre con mi maestro, y como estaba resuelto á ponerme á oficio.... ¡A oficio dije yo, á oficio? No lo permita Dios, señora. ¿Qué pareciera un bachiller en artes, y un cursante teólogo convertido de la noche á la mañana en sastre ó carpintero? ¿qué burla me hicieran mis discípulos? ¿qué dijeran mis parientes? ¿qué se hablará? Pues hijo, me contestó mi madre: ¿qué quieres que haga? ya yo he rogado á tu padre bastante, ya se lo he

dicho, ya le he llorado; pero está renuente, no hay forma de convencerse: dice que no quiere que se lo lleve el diablo juntamente contigo por darme gusto. Yo no sé qué hacer. . . . No llore vd. señora, la dije: yo sí sé lo que se ha de hacer. Seguro está que mi padre tenga el gusto de verme de hojalatero ni de sastre. Pues que ¡ya se cerraron los cuarteles! ¡ya se acabaron las casacas y el pan de municion! ¡Qué quieres decir con eso, Pedrito? me decía mi madre. Nada, señora, le contesté; sino que antes que aprender oficio, me meteré á soldado, á bien que tengo buen cuerpo, y me recibirán en cualquiera parte con mil manos.

Aquí redobló mi madre su llanto, y me dijo: ¡ay hijo de mi alma! ¿qué es lo que dices! ¿soldado? ¿soldado? no lo permita Dios. No te precipites ni te desesperes: yo volveré á rogarle á tu padre esta tarde, y ya que dice que no eres para los estudios, y que es fuerza darte destino, veremos si te coloca en una tienda. . . . Calle vd. madre, le dije. Eso es peor. ¿Qué bien pareciera un bachiller tizado y lleno de manteca, y un teólogo despachando tlapco de chilitos con vinagre? No, no: soldado y nada mas; pues una vez que á mi padre ya se le hace pesado mantenerme, el rey es padre de todos, y tiene muchos miles para vestirme y darme de comer. Esta tarde me voy á vender en la bandera de China, y mañana vengo á ver á vd. vestido de recluta.

Cada vez que yo me acuerdo de este y

otros malos ratos que dí á la pobre de mi madre, y de las lágrimas que derramó por mí, quisiera sacarme el corazón á pedazos de dolor; pero ya es tarde el arrepentimiento, y solo sirven estas lecciones, hijos míos, para encargarnos que mireis á vuestra madre siempre con amor y respeto verdadero, sin imitar á los malos hijos como yo fui; antes rogad á Dios no castigue los estravios de mi juventud como merecen, y acordaos que por boca del Sábio os dice: *honra á tu padre, y no olvides los gemidos de tu madre. Acuérdate que á ellos les debes la vida, y págales lo que te han dado.*

Finalmente, esta escena paró en que mi madre me rogó, me instó, me lloró porque no fuera soldado, jurándome que se volvería á empeñar con mi padre para que desistiera de su intento y no me pusiera á oficio, con cuya promesa me serené, como que eso era lo que yo deseaba, y por lo que afligí tanto á su merced, no porque á mí me agradaba la carrera militar, y mas en clase de soldado, como que veía con horror todo género de trabajo.

¿Qué bueno hubiera sido que mi madre me hubiera quebrado en la cabeza cuanta silla habia en la sala, y bien amarrado me hubiera despachado al primer cuartel, y allí me hubiesen encajado luego luego la gala de recluta, con eso se hubieran acabado mis bachillerías y sus cuidados; pero no lo hizo así, y tuvo despues que sufrir lo que Dios sabe.

Al cabo de rato salió mi padre ya con sombrero y bastón, y me dijo: tome vd. la capa y vamos. Yo la tomé y salí con su merced con temor, y mi madre se quedó con cuidado.

A poco haber andado, se paró mi padre en un zahuan, y me dijo: amigo, ya estoy desengañado de que es vd. un gran perdido, y yo no quiero que se acabe de perder. Su maestro me ha dicho que es un flojo, vago, y vicioso, y que no es para los estudios. En virtud de esto, yo tampoco quiero que sea para la ganzua ni para la horca. Ahora mismo elige vd. oficio que aprender, ó de aquí llevo á vd. á presentarlo al rey en la bandera de China.

Todos los retobos que usé con mi madre, con mi padre se volvieron sumisiones, como que sabia yo que no acostumbraba mentir y era resuelto; y así no pude hacer mas que humillarme y pedirle por favor que me diese un plazo para informarme del oficio que me pareciera mejor. Concedióme mi padre tres dias á modo de ahorcado, y volvimos para casa, donde hallamos á mi pobre madre enferma de un gran flujo de sangre que le habia venido por la pesadumbre que le dió, y el susto con que se quedó.

Ya se ha dicho que mi padre la amaba con extremo; y así lleno de sentimiento acudió á que la medicina la auxiliara. En efecto, al segundo dia ya estuvo mejor; pero sin dejar de llorar de cuando en cuando; porque

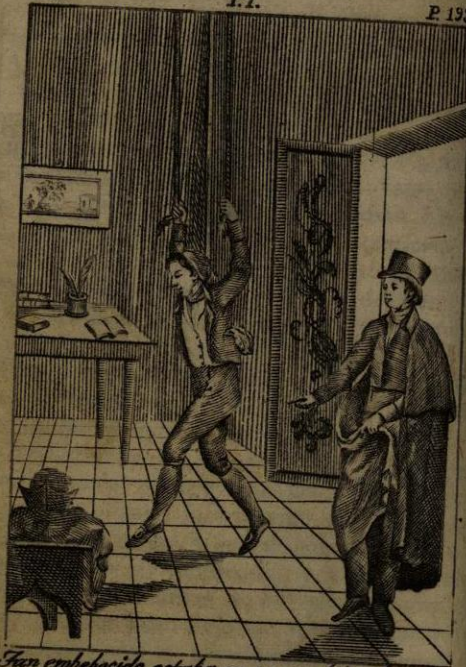
ya yo le habia dicho la resolucion de mi padre, y ella en medio de su dolencia no se habia descuidado en suplicarle no me pusiera á oficio, á lo que mi padre le contestó: que se restableciera de su achaque, y que ahí se veria lo que por fin se habia de hacer.

Esta respuesta desconsoló á mi madre, y fue causa de que yo no las tuviera todas conmigo; porque no habiendo visto jamás á mi padre tan tenaz en su propósito y tan esquivo con mi madre, al parecer, me hizo entender que de aquella vez no me escaparia yo de cualquier aprendizaje.

No sabiendo qué hacer para librarme de la férula de los maestros mecánicos, que me amenazaba por momentos, discurri la traza mas diabólica que podia en lance tan apurado, y fue, ir á ver á mi caritativo preceptor y sábio amigo, el inclito Martin Pelayo. Con la confianza que tenia, me entré de rondon hasta su cuarto, donde le hallé columpiándose de un lazo que pendia del techo, tarareando unas boleras y dando saltos en el suelo.

Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando yo entré, y prosiguió brincando como un gamo, hasta que yo le dije: ¿qué es esto, Martin? ¿te has vuelto loco ó estás aprendiendo á maromero? Entonces él me vió y me contestó: ni estoy loco, ni quiero ser volatin; sino que estoy trabajando por aprender á hacer la octava que piden estas boleras, y diciendo esto continuó sus cabriolas.

L.I. T.I. P. 193.



Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando entré, y prosiguió brincando como un gamo.

Yo, mirando lo espacio que estaba, le dije: suspende un poco tus lecciones, que traigo un asunto de mucha importancia que comunicarte, y del que solo tu amistad puede sacarme con bien. El entonces muy cortés se quitó del lazo, se sentó conmigo en su cama, y me dijo: no sabia yo que traías asunto, pero dí lo que se ofrezca, que ya sabes cuanto te estimo.

Le conté punto por punto todas mis cuantas, rematando con decirle que para libertarme del deshonor que me esperaba en el aprendizaje, habia pensado meterme á fraile. El me oyó con bastante gravedad, y me dijo: Perico, yo siento los infortunios que te amenazan por el genio ridículo y escrupuloso de tu padre; pero supuesto que no hay medio entre ser oficial mecánico ó soldado, y que el único arbitrio de evadirte de ambas cosas de esas, es meterte á fraile, *yo soy de tu mismo parecer; porque mas vale tuerta que ciega: peor es ser el sastre Perico, ó el soldado Perico, que no el padre fr. Pedro.* Ello es verdadero, que la vida de fraile trae sus incomodidades inaguantables, como el estudio, la asistencia de comunidad, la observancia de las reglas, la subordinacion á los prelados y la sujecion ó privacion de la libertad que tanto te acomoda á tí y á mí; pero todo es hacerse. A mas de que en cambio de esas molestias, tiene el estado sus ventajas considerables, como el honor de la religion que se

estiede por todos sus individuos, aunque sean legos; el respeto que infunde el santo hábito, y sobre todo, hijo, el afianzar la torta para siempre. Ya verás tú, que estas conveniencias no las encuentra un artesano ni un soldado; y asi me parece que lleves adelante tu pensamiento.

Pues yo he venido, le dije, á consultarte mis designios, y á suplicarte te empeñes con tu padre para que me dé una esuela de recomendacion para que me admita tu tio el provincial de S. Diego; porque esto urge, y en la tardanza está el peligro; pues como yo consiga la patente de admitido, ya á mi padre se le quitará el enojo, y me verá de distinto modo.

Pues eso es lo de menos, me dijo Pelayo, ven mañana temprano que yo haré que mi padre ponga la esuela esta noche. Con este consuelo me despedí de Martin muy contento, y me volví á mi casa.

Entré en ella, y encontré de visitas á D. Martin el de la hacienda, á la señora su esposa la que me cascó el zapatazo, á su niña y al famoso Juan Largo ó Januario, que toda la familia habia venido á México á pasear; porque como todo fastidia en este mundo, los que viven en las ciudades buscan su diversion en el campo, y los que viven en el campo anhelan por la ciudad para divertirse, y ni unos ni otros logran por largo tiempo satisfacer sus deseos; porque como la tris-

zeza no está en el campo ni en la ciudad sino en el corazon, nos siguen los fastidios y cuidados donde quiera que llevamos nuestro corazon.

Luego que hube saludado á las visitas y que cesaron los cumplimientos de moda, me aparté al corredor con Januario y hablamos largo sobre diversos asuntos, ocupando el mejor lugar de la conversacion los mios, entre los que le conté mis aventuras, y la última resolution que tenia de volverme fraile; á lo que Juan Largo me contestó muy aprisa: sí, sí, Periquillo, vuélvete fraile, hijo, vuélvete fraile: no harás cosa mejor. No todos los hombres hacen lo que deben, sino lo que les está mas á cuento para sus fines particulares: quién hay que se ordene porque es inútil para otra cosa, ó por no perder una capellania: quién que se casa con la primera que encuentra mas que no le tenga amor, ni con que mantenerla, solo por escaparse de una leva: quién que se meta á soldado porque no lo persiga la justicia ordinaria, por tramposo ó por alguna fechoría que ha cometido; y quién, en fin, que hace mil cosas contra su gusto, solo por evitar éste ó el otro lance que considera serle peor; conque ¿qué nuevo ni raro será que tú te metas á fraile por no aprender oficio, ni ser soldado?

Sí, Perico, haces bien, alabo tu determinacion; pero hermano, aviva, aviva el negocio; porque al mal paso darle prisa.

Así concluyó su arenga este grande hombre. El, es claro que me dijo muchas verdades, pero trucas. Si me hubiera dicho despues de ellas, que aunque asi lo hacen, en ello nada justo hacen ni digno de un hombre de bien, y que por lo comun estas trampas y artificios de que se valen para eludir el castigo, escusar el trabajo, engañar al superior ó evitar por el camino mas breve la desgracia inminente ó que parece tal, no son sino unos remedios paliativos ó aparentes, que despues de tomados se convierten en unos venenos terribles, cuyas funestas resultas se lloran toda la vida; si me hubiera dicho esto, repito, quizá quizá me hubiera hecho abrir los ojos y cejar de mi intento de ser religioso, para el que no tenia ni natural ni vocacion; pero por mi desgracia los primeros amigos que tuve fueron malos, y de consiguiente pésimos sus consejos.

A otro dia marché para la casa de Pelayo, quien puso en mis manos la esuela de su padre, el que no contento con darla, pensando que yo era un jóven muy virtuoso, prometió ir á hablar por mí á su hermano el provincial, para que me dispensara todas aquellas pruebas y dilaciones que sufren los que pretenden el hábito en semejantes religiones austeras.

No parece sino que me ayudaba en todo aquella fortuna que llaman de picaro; porque todo se facilitaba á medida de mi deseo.

Yo recibí mi esquila con mucho gusto, dí las gracias á mi amigo por su empeño, y me volví para casa.

CAPITULO XI.

Toma Periquillo el hábito de religioso, y se arrepiente en el mismo dia. Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto.

Todo aquel dia lo pasé contentísimo esperando que llegara el siguiente para ir á ver al provincial. No quise ir en esa tarde, por dar lugar á que el padre de Pelayo hiciese por mí el empeño que habia ofrecido.

Nada ocurrió particular en este dia; y al siguiente á buena hora me fui para el convento de S. Diego, y al pasar por la alameda, que estaba sola, me puse frente á un árbol, haciéndolo pasar en mi imaginacion la plaza de provincial, y allí me comencé á ensayar en el modo de hablarle en voz sumisa, con la cabeza inclinada, los ojos bajos, y las dos manos metidas dentro de la copa del sombrero.

Con estas y cuantas esterioridades de humildad me sugirió mi hipocresía, marché para el convento.

Llegué á él, anduve por los claustros preguntando por la celda del prelado, me la enseñaron, toqué, entré y hallé al padre provincial sentado junto á su mesa, y en ella es-

taba un libro abierto, en el que sin duda leía á mi llegada.

Luego que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias en que poco antes me habia ensayado, y le entregué la carta de recomendacion de su hermano. La leyó, y mirándome de arriba abajo, me preguntó que si queria ser religioso de aquel convento. Si, padre nuestro, respondí. ¡Y vd. sabe, prosiguió, qué cosa es ser religioso, y de la estrecha observancia de N. P. S. Francisco? ¡Lo ha pensado vd. bien? Si padre, respondí. ¡Y qué le mueve á vd. el venir á encerrarse en estos claustros, y á privarse del mundo estando como está en la flor de su edad? Padre, dije yo, el deseo de servir á Dios. Muy bien me parece ese deseo, dijo el provincial; pero qué ¿no se puede servir á su Magestad en el mundo? No todos los justos ni todos los santos lo han servido en los monasterios. Las mansiones del Padre celestial son muchas, y muchos los caminos por donde llama á sus escogidos. En correspondiendo á los auxilios de la gracia, todos los estados y todos los lugares de la tierra son á propósito para servir á Dios. Santos ha habido casados, santos célibes, santos viudos, santos anacoretas, santos palaciegos, santos idiotas, santos letrados, santos médicos, abogados, artesanos, mendigos, soldados, ricos; y en una palabra, santos en todas clases del estado. Conque, de aqui se sigue que para servir á Dios, no es condicion

precisa el ser fraile, sino el guardar su santa ley, y ésta se puede guardar en los palacios, en las oficinas, en las calles, en los talleres, en las tiendas, en los campos, en las ciudades, en los cuarteles, en los navios, y aun en medio de las sinagogas de los judios y de las mezquitas de los moros.

La profesion de la vida religiosa es la mas perfecta; pero si no se abraza con verdadera vocacion, no es la mas segura. Muchos se han condenado en los claustros, que quizá se hubieran salvado en el siglo. No está el caso en empezar bien, es menester la constancia. Nadie logra la corona del triunfo, sino el que pelea varonilmente hasta el fin. En la edad de vd. es preciso desconfiar mucho de esos ímpetus ó fervores espirituales, que ordinariamente no pasan de unas llamaradas de zaca-te, que tan pronto se levantan como se apagan; y asi sucede que muchos ó no profesan, ó si profesan es por la vergüenza que les causa el *qué dirán*; y estos tales profesos, como que lo son sin su voluntad, son unos malos religiosos, desobedientes y libertinos, que con sus vicios y apostasias dan que hacer á los superiores, escandalizan á los seculares, y de camino quitan el crédito á las religiones; porque como dice santa Teresa, y es constante: el mundo quiere que los que siguen la virtud, sean muy perfectos; nada les dispensa, todo les nota, les advierte y moteja con el mayor escrupulo, y de aqui es, que los mundanos

fácilmente disculpan los vicios mas groseros de los otros mundanos; pero se escandalizan grandemente si advierten algunos en este ó el otro religioso ó alma dedicada á la virtud. Levantan el grito hasta el cielo, y hablan no solo contra aquel fraile, v. gr. que los escandaliza, sino contra el honor de toda la religion, sin pesar en la balanza de la justicia los muchos varones justos y arreglados que ven en la misma religion, y aun en el mismo convento.

Para evitar que los jóvenes se pierdan abrazando sin vocacion un estado que ciertamente no debe ser de holgura, sino de un trabajo continuo, para cumplir los prelados con nuestra obligacion, y no dar lugar á que las religiones se descrediten por sus malos hijos, debemos examinar con mucha prudencia y eficacia el espíritu de los pretendientes, aun antes de que entren de novicios, pues el noviciado es para que ellos esperimenten la religion; pero el prelado debe examinarles el espíritu aun antes de ser novicios.

En virtud de esto, vd. que desea servir á Dios en la religion, ¿ya sabe que aqui de lo primero que ha de renunciar es de la voluntad; porque no ha de tener mas voluntad que la de los superiores, á quienes ha de obedecer ciegamente? Si padre, dije yo. ¿Sabe que ha de renunciar para siempre al mundo, sus pompas y vanidades, asi como lo prometió en el bautismo? Si, padre. ¿Sabe que aqui no

ha de venir á holgar ni á divertirse, sino á trabajar y á estar ocupado todo el día? Si, padre; y si padre, y si padre, respondí á setenta *sabes* que me preguntó, que ya pensaba yo que era llegada mi hora y me estaban sacramentando; y todo este exámen paró en que me dió mi patente allí mismo, advirtiéndome que fuera mi padre á verse con su Reverencia.

Tales fueron mis palabras estudiadas y mis hipocresías, que la llevó entre oreja y oreja aquel buen prelado, y formó de mí un concepto ventajoso. Ya se ve, él era bueno; yo era un pícaro, y ya se ha dicho lo fácil que es que los pícaros engañen á los hombres de bien, y mas si los cojea desprevenidos.

El bendito provincial al despedirme, me abrazó y me dijo: Puez hijo mio, vaya con Dios, y pidale á su Magestad que le conserve en sus buenos propósitos, si así conviene á su mayor gloria y bien de su alma. Dígale todos los dias con el mayor fervor: *confirma hoc Deus, quod operatus es in nobis*, y disponga su corazon cada dia mas y mas para que fecundice en él la gracia del Espíritu Santo, y produzca frutos opimos de virtud. Con esto le besé la mano, y me retiré para casa.

¿Quién creará que cuando salí del convento sentí no sé qué de bueno en mí, que me parecia que deberas tenia yo vocacion de ser religioso? No se me olvidaba aquel aspecto venerable del anciano prelado, aquellas palabras

tan llenas de uncion y penetrantes que tanto éco hicieron en mi corazon, aquella su prudencia, aquel su caracter amable, y aquel todo hechicero de la verdadera virtud, capaz de enamorar al mismo vicio.

En efecto, yo decia entre mí: ¿qué mano que hubiera nacido para fraile, que no lo hubiera advertido, y Dios quisiera haberse valido de este accidente para reducirme y meterme en el camino que me conviene? No hay duda: asi debe ser. Yo me acuerdo haber oído decir que Dios hace renglones derechos con pautas torcidas, y éste ha de ser uno de ellos, sin remedio. Estos y semejantes discursos ocupaban mi imaginacion en el camino del convento á mi casa.

Luego que llegué á ella, me entré á ver á mi madre, y le conté cuanto me habia pasado manifestándole la patente de admitido en el convento de S. Diego. De que mi madre la vió, no sé como no se volvió loca de gusto, creyendo que yo era un jóven muy bueno, y que cuando menos seria yo otro S. Felipe de Jesus.

No hay que dudar ni que admirarse de esta sorpresa de mi madre, pues si mis maldades le parecian gracias, mi virtud tan al vivo ¿qué le parecería?

Vino mi padre de la calle, y mi madre llena de júbilo le impuso de todas mis intenciones, enseñándole al propio tiempo la patente del padre provincial.

¡Ves, hijo, le decia; ves como no es tan bravo el leon como lo pintan? ¿ves como Pedrito no era tan malo como tú decias? El como muchacho ha sido traviesillo; ¿pero qué muchacho no lo es? Tú querias que fuera un santo desde criatura, querias bien, pero hijo, es una imprudencia: ¿cómo han de comenzar los niños por donde nosotros acabamos? es necesario dar tiempo al tiempo. Ya ves qué mutacion tan repentina. ¿Cuándo la esperabas? Ayer decias que Pedro era un pícaro: y hoy ya lo ves hecho un santo: ayer pensabas que habia de ser el lunar de su linage; y hoy ya ves que él será el lustre de su familia, porque familia que cuenta un deudo fraile, no puede ser de obscuro pincipio: yo á lo menos asi lo entiendo, y en esta fe y creencia he de vivir; aunque me digan, como ya me lo han dicho, que esto es una preocupacion de las que han echado mas raices en América que en otras partes del mundo; pero yo no lo creo, sino que en teniendo una familia un pariente fraile, ya puede apostárselas en nobleza con el Preste Juan de las Indias sin haber menester ejecutorias, genealogias, ni esotras zarandajas de que tanto blazonamos los nobles, porque esas cosas solo las saben los parientes y amigos de las casas; pero los extraños que no las ven, no pueden saber si son nobles ó no. Lo que no sucede teniendo un deudo fraile; porque todo el mundo lo ve, y nadie puede dudar de que es noble él, sus

padres, sus abuelos, sus bisabuelos y sus tatarabuelos; y si el dicho fraile se casara, fueran nobles y muy nobles sus hijos, nietos, biznietos, tataranietos y choznos; porque un fraile es una ejecutoria andando. Conque mira si tengo razon de estar contenta, y si tú tambien debes estarlo con la nueva resolucion de Pedrito.

Yo por un agujerito de la puerta habia estado oyendo y figgando toda esta escena, y ví que mi padre leyó, releyó, y remiró una, dos y tres veces la patente; y aun advertí que mas de una vez estuvo por limpiarse los ojos, á pesar de que no tenia lagañas. ¡Tal era la duda que tenia de mi verdad que apenas creia lo que estaba leyendo!

Sin embargo de esta su sorpresa, oyó muy bien toda la arenga de mi madre, á la que luego que concluyó, le dijo: ¡Válgate Dios, hija, qué cándida eres! ¡cuántas boberias me has dicho en un instante! Si alguno nos hubiera escuchado, yo me avergonzara; pues las familias que en realidad son nobles, como la tuya, no aspiran á parecerlo con el empeño de tener un hijo religioso, ni hacen vanidad de ello cuando lo tienen; ántes ese empeño y esa vanidad, es una prueba clara de una no conocida nobleza, ó que á lo menos no puede manifestarse de otro modo; modo ciertamente muy aventurado, y que puede estar sujeto á mil trácalas; pero esto no es lo que importa por ahora, á mas que la nobleza ver-

dadera consiste en la virtud. Esta es su piedra de toque y su prueba legítima; y no los puestos brillantes, eclesiásticos ó seculares, pues estos muchas veces se pueden hallar en personas indignas de tenerlos por su mala moral &c. Lo que importa por ahora es esta patente. Yo me hago cruces y no acabo de entender como es esto. Ayer era Pedro tan libertino y descarriado, que hacia continuas faltas en el colegio por irse á tunantear con sus amigos, y hoy tan sujeto y virtuoso que pretende ser religioso, y de una religion estrecha y observante? Ayer tan flojo que aun para estudiar teologia, ponía mil cortapizas, y hoy tan decidido por el trabajo de una comunidad? Ayer tan disipado, ¿hoy tan recolecto? Ayer tan uno y hoy tan otro? No sé cómo será esto.

Yo no ignoro que Dios es poderoso y puede hacer cuanto quiera: sé muy bien que de una Magdalena hizo una santa, de un Dimas un confesor, de un Saulo un Pablo, de un Aurelio un Agustino, y de otros pecadores otros tantos siervos suyos que han edificado su iglesia; pero estos casos no son comunes; porque no es comun que el pecador corresponda á los auxilios de la gracia; lo corriente es despreciarlos cada instante, y por eso está el mundo tan perdido. No sé por qué me parece que éstas son picardías de Pedro.... Cállate, dijo mi madre, como tú no quieres al pobre muchacho, aunque haga milagros te han

de parecer mal. Sus defectos, si los crees, aunque no los veas; pero de su virtud dudas, aun mirándola con los ojos. Bien dicen, en dando en que un perro tiene rábía, hasta que lo matan.

¿Qué estás hablando, hija? decía mi padre: ¿qué virtud estoy mirando yo, ni jamás he visto en Pedro? ¿Qué mas prueba de virtud que esa patente? decía mi madre. No, esta patente no prueba virtud, replicaba mi padre; lo que prueba es que tuvo habilidad para engañar al provincial hasta arrancársela por sus fines particulares. Tú harás y dirás todo eso por no gastar en el hábito y en la profesion; pero para eso no es menester que quites de las piedras para poner en mi hijo. Aun tiene tios, y cuando no, yo pediré los gastos de limosna. Asi se esplicó mi madre, á quien mi padre, con mucha prudencia contestó: no seas tonta, muger. No son los gastos, sino la experiencia que tengo la que me hace desconfiar de Pedro. Conozco su genio, y tengo examinado su carácter, por eso dudo que sea cierta su vocacion. El es mi hijo, lo amo, y lo amo mucho; pero este amor no me quita el conocimiento que tengo de él. Sé que no le gusta el trabajo, que le agrada la libertad, los amigos y el lujo demasiado, y que es muy variable en su modo de pensar. A mas de esto, es muy jóven, le falta mucho para saber distinguir bien las cosas, y todo ello me hace creer que apenas estará en el convento

dos ó tres meses, verá el trabajo de la religion y se saldrá. Esto es lo que deseo escusar, no los gastos, pues siempre he erogado gustoso cuantos he considerado concernientes á su bien.

No obstante, yo de buena gana y con la misma voluntad que otras veces gastaré en esta ocasion quanto sea necesario, y me daré los plácemes de que sea con provecho suyo.

Aqui paró la sesion, y salieron los dos buenos viejos á comer.

A la noche me llamó mi padre á solas, me hizo mil preguntas, á las que yo contesté *amén*, *amén*, con la misma hipocresia que al provincial: me echó su merced mi buen sermón explicándome qué cosa era la vida de un religioso: cuál la perfeccion de su estado: cuáles sus cargos: cuán temibles son las resultas que se debe prometer el que abraza sin vocacion un estado semejante, y qué se yo que otras cosas, todas ciertas, justas, muy bien dichas y para mi bien; pero esto es lo que los muchachos oyen con menos atencion: y así no es mucho se les olvide pronto. Ello es que yo estuve en el sermón con los ojos bajos y con una modestia tal, que ya parecia un novicio. Tan bien hice el papel, que mi padre creyó que era la pura verdad; y me ofreció ir por la mañana á ver al padre provincial: me dió su bendicion, le besé la mano y nos fuimos á acostar.

Yo dormí muy contento y satisfecho, por-

que los habia engañado á todos, y me habia escapado de ser aprendiz ó soldado.

A otro dia cuando me levanté, ya mi padre habia salido de casa, y cuando volvió á ella al medio dia, me dijo delante de mi madre: señor Pedrito, ya vi al provincial: ya está todo en corriente, y de aquí á ocho dias, dándonos Dios vida, tomarás el hábito.

Mi madre se alegró, y yo fingí alegrarme mas con la noticia.

Comimos, y á la tarde fui á ver á Pelayo y le dí cuenta del buen estado de mi negocio. Él me dió los plácemes de este modo: me alegró, hermano, de que todo se haya facilitado. El caso es que aguantas las singularidades de los frailes, y mas en el año del noviciado; porque te aseguro que las tienen y de marca; pues esto de levantarse á media noche: rezar todo el dia: apdar con los ojos bajos: hablar poco: ayunar mucho: pelarse á azotes: barrer los claustros: estudiar y sufrir por toda la vida á tanto fraile grave, es una tarea inacabable, un subsidio eterno, una esclavitud constante, y una série no interrumpida de trabajos, de que solo la muerte podrá librarte; pero en fin, ya lo hiciste, y es menester morderte un brazo; porque si no, ¿qué dirá tu padre? ¿qué dirá tu madre? ¿qué dirán tus parientes? ¿qué dirá el provincial? ¿qué dirán los conocidos de tu casa? ¿qué dirá mi padre? y ¿qué dirán todos? Si ahora te arrepintieras, fuera un escándalo para el

público, un deshonor para tí, y una vergüenza terrible para tus pobres padres; y así no hay remedio, hermano, á lo hecho pecho, dice el refran: ahora es fuerza que seas fraile quieras ó no quieras.

Hay hombres cuyo carácter es tan venenoso que hacen mal, aun cuando ellos piensan que hacen bien. Son como el gato que lastima al tiempo de hacer cariños. Así era el de Pelayo, que despues que decia que me estimaba, parece que se empeñaba en enredarme ó afligirme; pues primero me pintó que la religion era una Jauja; y ya que estuve comprometido, me la representó como una mazmorra, desacreditándola por ambos lados.

Yo me despedí de él, bien contristado, y casi casi ya estaba por retractarme de mis propósitos; pero la vergüencilla y éste *qué dirán*, este *qué dirán* del mundo, que es causa de que atropellemos casi siempre con las leyes divinas, me hizo forzar mi inclinacion, hacer á un lado mis temores, y llevar adelante mi falsa intentona.

En aquellos ocho dias se prepararon todas las cosas necesarias para mi ingreso, se dió parte de él á todos mis amigos, parientes, conocidos, bien y malhechores, y de todos ellos recibió mi padre mil parabienes y mi madre mil enhorabuenas, que hacian por junto dos mil faramallas, que llaman políticas, ceremonias y cumplimientos; pero que no dejan to-

das ellas una onza de utilidad, por mas que se multipliquen en número.

Mis padres se ocupaban en estos ocho dias en recibir visitas y en disponer lo necesario para la entrada, y yo me ocupaba en andar con Pelayo despidiéndome de mis tertulias no con poco dolor de mi corazon, que sentia demasiada violencia en la separacion de mis pecaminosas distracciones.

Mi gran Pelayo se habia propuesto avisar en cuantas partes íbamos, de mis nuevos intentos, y lo pronto que estaba mi noviciado. Yo le rogaba que los callara: mas á él se le hacia escrúpulo y cargo de conciencia el reservarlos; y como todas las casas que visitábamos eran de aquellos y aquellas que llaman de lo *haja*, me daban mis estragatas terribles, especialmente las mugeres. Una me decia: ¡ay! ¡qué lástima! tan niño y encerrarse. Otra: ¡qué gracia! y tan muchacho. Otra: ¡qué no se acordará vd. de mí? Otra: ¡já que no profesas vd! Esta: yo no creo que vd. sea bueno para fraile siendo tan muchacho, no feo, y con tantas gracias. Aquella: ¡contradancista y fraile! vámos: yo no lo creo; y así todas, y cuando se ofrecia proferir algunos cuentecillos y palabritas obscenas (que se ofrecian á cada paso) saltaba alguna muchacha burlona con la frialdad de ¡ay niña! *¿quién dice eso? llate, no perturbemos al siervo de Dios.*

Sin embargo de todas estas bufonadas, yo me divertia todo lo posible por despedida.

Hacia orejas de mercader y bailaba, tocaba el bandolon, platicaba, seducia y hacia cosas que son mejores para calladas. Tales fueron los ejercicios preparatorios en que me entretuve en los ocho dias precedentes á mi frailazgo. Asi salió ello.

No contento con la libertad que tenia en la calle hasta las ocho de la noche, (que hasta esa hora se le estendió la licencia al religioso *in fieri*) ni satisfecho con las holguras que me proporcionaba mi maestro Pelayo, mi genio festivo, y la facilidad de las damas que visitábamos, todavia aspiraba á seducir á Poncianita la hija de D. Martin el de la hacienda que frecuentaba mi casa diariamente; mas la muchacha era virtuosa, discreta y juguetona. Conocia bien mi caracter, y me tenia por lo que era, esto es, por un joven calavera y malicioso, pero tonto en la realidad; y así á todos los mimos y sorrocloeos que yo la hacia, me contestaba con mucho agrado; pero tambien con mucha variedad, y siempre haciéndome ver que me queria. Con esto yo mas bobo y malicioso que ella, pensaba lograr alguna vez la conquista; pero ella mas honrada y viva que yo, pensaba que esta vez jamás llegaria, como en efecto jamás llegó.

Un dia le dí yo mismo una esquelita que decia una sarta de tonteras y requiebros, y remataba asegurándola de mi buena voluntad, y que si yo no hubiera de entrarme religioso, con nadie me casaria sino con ella. Por aqui

se puede conocer muy bien lo que yo era, y como es compatible la ignorancia suma con la suma malicia; pero lo mas digno de celebrarse es la chusca contestacion de ella á mi papel, que decia: *Señorito: agradezco la buena voluntad de vd., y si pudiera la corresponderia, pero estoy queriendo bien á otro caballero, que si esto no fuera, con nadie me casaria yo mejor que con vd. aunque sacara dispensa. Dios lo haga buen religioso, y le dé ventura en lides.=La que vd. sabe.*

No puedo ponderar bien las agitaciones que sentí con esta receta. Ella me encoló, me enamoró y enfureció en términos que esa noche que fue la víspera de mi entrada, apenas puede dormir. ¡Qué tal seria el alboroto de mis pasiones! pero por fin, amaneció, y con la vista de otros objetos, fue calmando un poco aquel tumulto.

Llegó la tarde: me despedí de mi madre, tias, y conocidas á quienes abracé muy compungido, sin descuidarme de hacer la misma ceremonia con la domina Poncianita, la que correspondió mi abrazo con bastante desden, como que estaba presente su madre, y no me queria como me significaba.

Acabada la tanda de abrazos, lágrimas y monerías, nos fuimos para el convento mi padre, yo, mis tios, y una porcion de convidados que iban á ser testigos de mi hipocresia.

Luego la suerte (adversa para mí) presagió mi desventura, en mi concepto; porque

el silencio con que íbamos, y la larga série de coches que seguia el nuestro, representaba bien un duelo, y cuantos nos miraban en la calle, no pensaban otra cosa. En efecto, á mí y á mis padres se nos podia haber dado el pésame con justicia.

Llegamos á S. Diego: se avisó al padre provincial, quien nos recibió con su acostumbrado buen carater: dispuso todas las cosas, y fuimos al coro, donde se celebró la funcion. Tomé el hábito; pero no me desnudé de mis malas cualidades: yo me ví vestido de religioso y mezclado con ellos; pero no sentí en mi interior la mas mínima mutacion: me quedé tan malo como siempre, y entonces espermenté por mí mismo que *el hábito no hace al monge*.

Despidióse mi padre de mí y de aquella venerable comunidad, hicieron lo mismo los demás, y Juan Largo me dió un grande abrazo, á cuyo tiempo le dije: no dejes de venir á verme, él me lo prometió; se fueron todos, y me quedé yo solo y curtido entre los frailes, y como suele decirse, rabo entre piernas, y como perro en barrio ageno.

Inmediatamente comencé á estrañar lo áspero del sayal. Llegó la hora de refectorio, y me disgustó bastante lo parco de la cena. Fuíme á acostar, y no hallaba lugar que me acomodára: por todas partes me lastimaba la cama de tablas, y como nunca me habia dado una ensayadita en estas mortificaciones ni de chanza, se me asentaban demasiado.

Daba vueltas y mas vueltas, y no podia dormir pensando en Poncianita, en la Zorra, en la Cucaracha, y en otras iguales sabandijas, y me arrepentia sinceramente de mi determinacion, renegaba del apoyo que hallé en Pelayo, y me daba al diablo juntamente con la esquila de recomendacion que tan breve me habia facilitado mi presidio, que asi nombraba yo mi nuevo estado; pero él no tenia la culpa, sino yo que no era para él.

¿No soy buen salvaje y majadero, me decía yo mismo, en haberme condenado por mi propia voluntad á esta cárcel tan espantosa, y á esta vida tan miserable? ¿Qué caudales me he robado? ¿qué moneda falsa he fabricado? ¿qué heregias he dicho? ¿qué casa he incendiado? ¿ni qué crimen atroz he cometido, para padecer lo que padezco? ¿Quién diablos me metió en la cabeza ser fraile solo por librarme de ser aprendiz ó soldado? En cualquiera de estos dos ejercicios me la pasara yo mejor seguramente, porque comiera cuando pudiera hasta hartarme, y lo que se me diera la gana, me pusiera camisa mas que fuera de manta, durmiera en colchon si lo tenia, y hasta que se me antojara el dia que estuviera franco, y por último, gozaria de mi libertad andando entre mis amigos y conocidas en los bailes y jaranitas; y no aqui con esta jerga pegada al pellejo, descalzo, comiendo mal, durmiendo peor y sobre unas duras tablas, encerrado, trabajando, y sin ver una muchacha

ni cosa que lo parezca por todo esto. ¡Ah! reniego de mí, y maldita sea la hora en que yo pensé ser fraile.

Así hablaba yo conmigo mismo, y así hablan todos aquellos jóvenes de ambos sexos, y en especial las niñas miserables, que sin una inspiracion de Dios y sin una vocacion perfecta, abrazan el estado religioso: estado santo, estado quieto, dulce y celestial para los que son llamados á él por la gracia; pero estado duro, difícil é infernal para los que se introducen á él sin vocacion. ¡Cuántos, cuántos lo experimentan en sí mismos á la hora de ésta, tal vez, y sin remedio! Cuidado, hijos míos, cuidado con errar la vocacion sea cual fuere, cuidado con entrar en un estado sin consultar mas que con vuestro amor propio, y cuidado por fin, con echaros cargas encima que no podais tolerar, porque perecereis debajo de ellas.

Maldiciendo y renegando, como os digo, me quedé dormido cerca de las once y media de la noche, y apenas había pegado mis párpados, cuando entra en mi celda un novicio despertador, y me dice: hermano, hermano, levántese su caridad, vamos á maitines. Abrí los ojos: advertí que era fuerza obedecer, y me levanté echando zapos y culebras en mi interior.

Fui á coro, y medio durmiendo y rezongando lo que entendia del oficio, concluí mi tarea y volví á mi celda apeteciendo un poci-

llo de chocolate, siquiera á aquella hora, porque ciertamente tenia hambre; pero no habia ni á quien pedirselo.

Reinaba un profundo silencio en aquellos estrechos dormitorios, y en medio del pavor que me causaba, para entretener mi hambre, mi vigilia y mi desesperacion, me volví á entregar á mis ideas libertinas y melancolicas, y tanto me abstraí en ellas, que derramé hartas lágrimas de cólera y de arrepentimiento; pero me venció el sueño al cabo de las cuatro de la mañana, y me quedé dormido; mas ¡ó desgracia de flojos! no bien había comenzado á roncar, cuando hé aquí al hermano novicio que me vino á despertar para ir á prima.

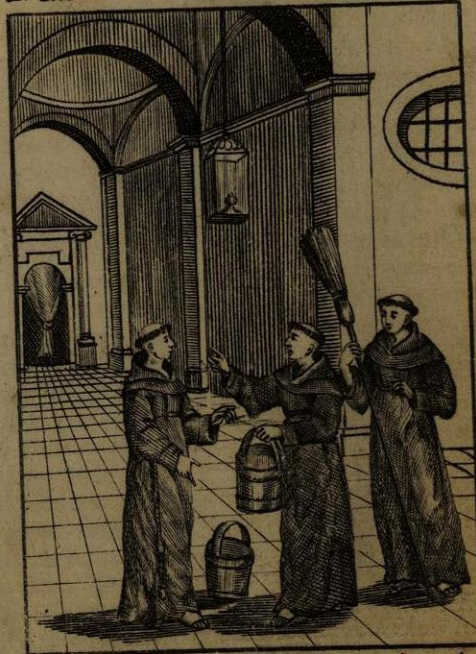
Me levanté otra vez lleno de rabiá, maldiciéndome á guiza de cóndenado; pero allá en mi corazon y sin hablar una palabra, diciéndo entre mí: ¿pues no es ésta una vida pesadísima? ¡Habrás visto empeño como el que ha tomado este frailecillo en no dejarme dormir! El es mi agüizote sin duda, es mi Pedro Recio en México; pues si aquel le quitaba á Sancho los platos de delante luego que comenzaba á comer, éste me quita á mí el sueño luego que comienzo á dormir.

Pensando estos despropósitos me fui á coro, recé mas que un ciego, y al cantar abría tanta boca, pero de hambre, porque como la cena de la noche anterior no me gustó mucho, apenas la probé; y así tenia el estómago en un hilo, deseando se acabara la prima

para ir á desquitarme con el chocolate, que me lo prometia de lo de mucho y bueno, pues habia oido decir en el siglo, que los frailes tomaban muy buen caracas, y cuando en casa habia algun pocillo muy grande, decian, este pozuelon es frailerico: con esto yo decia entre mi: á lo menos si la cena fue mala, el desayuno será famoso. Sí, no hay duda; ahora me soplaré un tazon de buen chocolate con sus correspondientes bizeochos, ó cuando no, con cuartilla de pan enmantecado por lo menos.

En esta santa contemplacion se acabó el rezo y salimos de coro: ¡pero cuál fue mi tristeza y enojo cuando dieron las seis, las seis y media, las siete, y no parecia tal chocolate, ni pareció en toda la mañana, porque me dijeron que era dia de ayuno! Entonces me acabé de dar á Barrabás, renegando mas y con doble fervor de mi maldito pensamiento de ser fraile, y mas cuando fueron otros dos novicios, y presentándome dos cubetas de cuero, me dijeron: hermano, venga su caridad: tome esas cubetas, y vamos á barrer el convento mientras es hora de ir á coro.

Esta está peor, me decia yo: ¡conque no dormir, no comer, y trabajar como un macho de noria! ¡Esto es ser novicio! ¡esto es ser fraile! ¡ah, pese á mi maldita ligereza, y á los infames consejos de Pelayo y de Juan Largo! No hay remedio, yo no soy fraile, yo me salgo; porque si duro aqui ocho dias me acaba de llevar el diablo de sueño, de hambre



Fueron otros dos novicios y presentándome dos cubetas de cuero, me dijeron: hermano, venga su caridad tome esas cubetas y vamos á barrer el convento mientras es hora de ir á coro

y de cansancio, Yo me salgo, sí; yo me salgo....; pero ¡tan breve! ¡aun no caliente el lugar, y ya quiero marcharme? no puede ser. ¡Qué diran! Es fuerza aguantar dos ó tres meses, como quien bebe agua de tabaco, y entonces disimularé mi salida fingiéndome enfermo; aunque no habrá para qué afanarme en fingir, pues mi enfermedad será real y verdadera con semejante vida, y plegue á Dios que de aquí allá no haya yo estacado la salea en estos santos paredones. ¡Qué hemos de hacer!

Así discurría yo mientras subía agua y regaba los tránsitos con la pichancha, siempre triste y cabizbajo; pero admirándome de verlo alegres que barrian los otros dos frailecitos mis compañeros, que eran tanto ó mas jóvenes que yo: ya se ve, eran unos virtuosos, y habian entrado allí con verdadera vocacion, y no por escusarse de trabajar, para holgarse como yo.

El uno de ellos, que era el mas muchacho, era muy alegre, su color era blanco, su pelo bermejo, sus ojillos azules y muy vivos, su boca llena de una modesta sonrisa, y como estaba fatigado con el trabajo, estaba coloradito y bonito que parecia un S. Antonio: advirtió mi semblante sombrío y triste, y creyendo el inocente que era efecto de una suma austeridad, y de los escrúpulos que me agitaban, se llegó á mí y me dijo con mucho agrado: hermanito, ¡qué tiene? ¡por qué está tan triste? alégrese: la alegría no se opo-

ne al servicio de Dios. Este Señor es todo bondad. Somos sus hijos, no sus esclavos: quiere que lo amemos como á padre, y que lo adoremos como al Señor Supremo; no que lo temamos con un miedo servil: no, si no es nuestro tirano. Es un Dios lleno de dulzura, no un Dios filicida como el Saturno de los paganos. Su vista sola alegra á los santos y hace toda la felicidad del cielo. Su servicio debe inspirar á los suyos la mayor confianza y alegría.

El santo rey David nos dice espresamente: *servid al Señor con alegría*, y el Eclesiástico: arroja lejos de tí la tristeza, porque es pasión que á muchos quita la vida, y en ella no hay utilidad (*). Pero ¿qué mas? el mismo Jesucristo nos manda que no queramos hacernos tristes como los hipócritas (**). Conque hermanito, alegrarse, alegrarse, y desechar escrúpulos é ideas funestas que ni hacen honor á la deidad, ni traen provecho á las almas.

Yo le agradecí sus consejos al buen religioso, y le envidié su virtud, su serenidad y alegría; porque no sé qué tiene la sólida virtud que se hace amable de los mismos malos.

Llegó la hora de la misa conventual, y fuimos á coro. Entonces advertí que no asistian algunos padres que habia visto por el conven-

(*) *Tristitiam longe repelle á te, multos, enim, occidit tristitia et non est utilitas in ea.*

(**) *Nolite fieri sicut hypocritae tristes.*

to. Pregunté el motivo, y me dijeron que eran padres graves y jubilados, ó exentos de las asistencias de comunidad. Con esto me consolé un poco; porque decia: en caso de profesar, que lo dudo, como yo sea padre grave, ya estoy libre de estas cosas. Fuimos á coro.

CAPITULO XII.

Trátase sobre los malos y los buenos consejos: muerte del padre de Periquillo, y salida de éste del convento.

Estuve en el coro durante la tercia y la misa; pero con la misma atención que el facistol. Todo se me fue en cabecear, estirar los párpados y bostezar, como quien no habia cenado ni dormido.

El que precedia lo notó, y luego que salimos me dijo: hermano, parece que su caridad es harto flojillo, enmendarse, que aqui no es lugar de dormir.

Yo no dejé de incomodarme, como que no estaba acostumbrado á que me regañaran mucho; pero no osé replicar una palabra. Me calé la capilla, y marché á continuar la limpieza de mi santo cuartel.

Llegó la hora bendita del refectorio, y aunque la comida era de comunidad, á mi me pareció bajada del cielo, como que á un buen hambre no hay mal pan.

En fin, me fui acostumbrando poco á poco á sufrir los trabajos de fraile, y el encierro de novicio, manteniendo el estomago debilitado: consolando á mis ojos soñolentos: animando mis miembros fatigados con el trabajo, y tolerando las demas penalidades de la religion, con la esperanza de que en cumpliendo seis meses, fingiria una enfermedad, y me volveria á mis antiguos ajos y coles, que habia dejado en la calle.

Esta esperanza se avaloraba con la vista de mi padre de cuando en cuando; pero mas y mas con los siempre cristianos, prudentes y caritativos consejos de mis dos mentores Juanario y Pelayo.

Uno me decia: sí, Perico, no harás otra cosa mejor que mudarte de aquí: mírate ahí como te has puesto en dos dias, flaco, triste, amarillo, que ya con la mortaja encima no falta mas sino que te entierren, lo que no tardarán mucho en hacer estos benditos frailes, pues con toda su santidad son bien pesados é imprudentes. Luego luego quisieran que un pobre novicio fuera eanonizable: todo le notan, todo le castigan: nada le disimulan ni perdonan: ya se vé, ningun padre maestro se acuerda que fue novicio. Esto me decia el menos malo de mis amigos, que era Pelayo; que el Juan Largo maldito, ese era peor: blasfemaba de cuantos frailes y religiosos habia en el mundo; y ¡en que términos lo haria, pues siendo yo algo peor que Barrabás, me escandalizaba?

Ciertamente que no son para escritas las cosas que me decia de todas, y en especial de aquella venerable religion, que no tenia la culpa de que un pícaro como yo se acogiera á ella sin vocacion y sin virtud, solo para eludir los muy justos designios de mi padre; pero por sus consejos inferireis el fondo de maldad que abrigaba su corazon. No seas tonto, me decia: salte, salte á la calle: no te vayas á engreir aquí y profeses, que será enterrarte en vida. Eres muchacho, salvage, goza del mundo. Las muchachas tus conocidas siempre me preguntan por tí: mi prima ha llorado mucho, te estraña, y dice que ojalá no fueras fraile que ella se casara contigo. Conque salte, Periquillo, hijo, salte, y cástate con Poncianita que es la única hija de D. Martin y tiene sus buenos pesos. Ahora, ahora que te quiere has de lograr la ocasion; pues si ella pierde la esperanza de tu salida y se enamora de otro, lo pierdes todo. ¡Ojalá y yo no fuera su primo! á buen seguro que te diera estos consejos, pues yo los tonara para mí; pero no puedo casarme con ella, al fin se ha de casar con cualquiera, y ese cualquiera no ha de ser otro mas que tú que eres mi amigo; pues lo que se ha de llevar el moro, mejor será que se lo lleve el cristiano. ¿Qué dices? ¿qué le digo? ¿cuándo te sales?

Yo era maleta, y luego con las visitas y persuasiones de éste tuno me pervertia mas y mas; y llegué á tanto grado de desidia que

no hacia cosa á derechas de cuantas me mandaba la obediencia. Si salia á acolitar, estaba en el altar inquietisimo: mi cabeza parecia molinillo, y no paraban mis ojos de revisar á cuanta muger habia en la iglesia; si barria el convento, lo hacia muy mal; si servia el refectorio, quebraba los platos y escudillas; si me tocaba algun oficio en el coro, me dormia; finalmente, todo lo hacia mal, porque todo lo hacia de mala gana; con esto, raro era el dia en que no entraba al refectorio con la almohada, la escoba ó los tepalcates colgados, con un tapaojos ó con otra señal de mis malas mañas y de las ridiculeces de los frailes, como yo decia.

Los primeros dias se me asentaba la silla un poco, esto es, se me hacian pesadas semejantes burlas y mogigangas como yo las llamaba siendo su propio nombre *penitencias*; pero despues me fui connaturalizando con ellas de modo que se me daba tanto de entrar al coro ó refectorio con una sarta de guijarros, pendiente del cuello, como si llevara un rosario de Jerusalén.

Asi cayendo y levantando, y haciendo desesperar a los benditos religiosos, llegué á cumplir seis meses de novicio, tiempo que desde el primer dia me habia prefijado para salirme á la calle y volverme á mis andanzas en el siglo. Ya estaba yo pensando de qué mal seria bueno enfermarme, ó fingir que me enfermaba, para cohonestar mi veleidad, y habien-

do por último elegido la epilepsia, ya iba á descargar sobre el corazon sensible de mi padre el golpe fatal, escribiéndole mi resolucion de salirme, cuando llegó Januario y me dió la triste noticia de hallarse mi dicho padre gravemente enfermo y desauiciado de los médicos.

Afligióme semejante nueva, y trataba de acelerar mi salida; pero Januario me contuvo diciéndome, que tiempo habia para ella: que por entonces suspendiera mi resolucion pues nada iba á medrar, y antes podria suceder que mi padre con la pesadumbre se agravara y se abreviaran sus dias por mi violencia; y así, que me sosegara; que por muerte ó por vida de mi padre se haria la cosa despues con mas acierto y menos precipitación.

Hicelo así; y confieso que me convenció, porque á pesar de ser tan malo, esta vez me aconsejó como hombre de bien.

Los hombres, hijos míos, son como los libros. Ya sabeis que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno; así los hombres, no hay ninguno tan perverso, que tal cual vez no tenga algunos buenos sentimientos; y en esta inteligencia, el mayor pecador, el mas relajado y libertino puede darnos un consejo sano y edificante.

Cinco dias pasaron despues del que me habló Januario, cuando vino á verme D. Martin, y previniéndome el ánimo con los consuelos que le dictó su caridad, me dió una carta cerra-

da de mi padre y con ella la noticia de su fallecimiento.

La naturaleza apretó mi corazón, y mis lágrimas manifestaron en abundancia mis sentimientos. D. Martín repitió sus consuelos, y se fue á dar algunas limosnas al padre provincial para sufragios por el alma del difunto. El padre vicario, los coristas y mis conovicios, entraron á mi celda y me daban todos aquellos consuelos que se apoyan en la religion; y luego que calmó un poco mi dolor, me dejaron solo y se retiraron á sus destinos.

Dos días pasaron sin que yo me atreviese á abrir la carta, pues cada vez que la quería abrir, leía el sobrescrito que decia: *A mi querido hijo Pedro Sarmiento.—Dios lo guarde en su santa gracia muchos años.* Entonces se estremecía mi corazón sobremanera, y no hacia mas que besarla y humedecerla con mis lágrimas, pues aquellos pocos caracteres me acordaban el amor que siempre me habia tenido, y su constante virtud que me habia inspirado.

¡Ay, hijos! ¡qué cierto es que el buen padre, la buena esposa y el buen amigo, solo se conocen cuando la muerte cierra sus ojos! Yo sabia que mi padre era bueno; pero no lo conocí bien hasta que tuve la noticia de su fallecimiento. Entonces á un golpe de vista ví su prudencia, su amor, su juicio, su afabilidad y todas sus virtudes, y al mismo tiempo eché de ver el maestro, el hermano, el amigo y el padre que habia perdido.

Al cabo de tres días abrí la carta, cuyo contenido lei tantas veces que se me quedó en la memoria, y por ser sus documentos digna herencia de vuestro abuelo, os la quiero dejar aquí escrita.

Amado hijo: al borde del sepulcro te escribo ésta, que segun mi órden, te entregarán luego que esté mi cadáver sepultado.

No tengo mas bienes que dejar á tu pobre madre, que cuatro reales y los pocos muebles de casa para que pase sin ansias algunos días de su triste viudedad; y á ti, hijo mio, ¿qué te podré dejar, sino escritas por mi mano trémula y moribunda, aquellas mismas máximas que he procurado inspirarte toda mi vida? Hazles lugar en tu corazón y procura traerlas á la memoria con frecuencia. Obsévalas, que jamás te arrepentirás de su observancia.

Ama á Dios, témelo y reconócelo por tu padre, tu Señor y tu benefactor.

Sé fiel á los gobernantes, y respeta á las autoridades que mandan en su nombre.

Pórtate con todos como quisieras se portaran contigo.

A nadie hagas daño, y jamás omitas el bien que puedas hacer.

No aflijas á tu madre, ni excites su llanto; porque las lágrimas que derraman las madres por los malos hijos, claman ante Dios contra éstos por la venganza.

Jamás desprecies los clamores del pobre, y hallen sus miserias un depósito en tu corazón.

No juzgues del mérito de los hombres por su exterior, que éste es engañoso las mas veces.

No te empeñes nunca en singularizarte en nada.

Si profesares en esa santa religion, no olvides en ningun tiempo los votos con que te has consagrado á Dios.

No te afanes por alcanzar los puestos honoríficos de la religion, ni te entristezcas si no los alcanzas, que esto no es propio del verdadero religioso que ha abandonado el mundo y sus pompas aparentes.

Si fueres padre maestro ó prelado, no olvides la observancia de tu regla; ántes entonces debes ser mas modesto en el hábito, mas puntual en el coro, y mas edificante en todo; pues no es razon que exijas de tus súbditos el estrecho cumplimiento de su obligacion, si tú les enseñas otra cosa con el ejemplo.

No te mezcles en los negocios y asambleas de los seglares, porque no los escandalice tu relajacion; pues tan bien parece un religioso en el coro, en el claustro, en el altar, púlpito ó confesonario, como mal en el paseo, tertulia, juego, baile, coliseo y estrados de visitas.

No uses copetes en el cerquillo á modo de faisán ó pavo, que ésta sola divisa manifiesta el poco espíritu religioso, y declara bien lo apegado al mundo y á sus modas.

Finalmente, si no profesas, guarda los preceptos del Decálogo en cualquiera que sea el estado de tu vida. Ellos son pocos, fáciles, úti-

les, necesarios y provechosos. Están fundados en el derecho natural y divino. Lo que nos mandan es justo: lo que nos prohíben es en beneficio nuestro y de nuestros semejantes: nada tienen de violento sino para los abandonados y libertinos; y por último, sin su observancia es imposible lograr ni la paz interior en esta vida, ni la felicidad eterna en la otra.

Acuérdate pues, de esto, y de que dentro de pocos dias seguirás el camino en que va á entrar tu padre, cuya bendicion con la de Dios te alcance por siempre. A Dios, hijo amado. A las orillas de la eternidad, tu amante padre—Manuel.

Esta carta no hizo mas efecto que entristecerme algunos ratos, pero sin profundizar sus verdades en mi corazon, porque á este le faltaba disposicion para recibir tan saludable semilla.

Pasaron quince dias, en cuyo corto tiempo se me olvidaron en gran parte los sentimientos de la muerte de mi padre, los avisos de su carta (esto es, el primer espíritu de compuncion con que la lei) y solo me acordaba de mi apetecida libertad.

Al cabo de estos dias vino Enero y me trajo un recado de mi madre, diciéndome que estaba muy apesurada y triste en su soledad, y que ya era tiempo para que yo realizara mis proyectos, pues habiendo muerto mi padre ya no habia cosa que embarazara mi salida; ántes ésta podria servir á mi madre de

consuelo, y otras cosas á este modo conque acabé yo de resolverme.

Le manifesté á *Januario* la carta de mi padre, y él luego que la leyó se echó á reír, y me dijo: está bueno el sermón, no hay que hacer. Tu padre, hermano, erró la vocación de medio á medio. Era mejor para misionero que para casado; pero consejos y bigotes, dicen que ya no se usan. La herencia está muy buena, aunque yo no daría por ella una peseta. Si como tu padre te dejó advertencias, te hubiera dejado monedas, se las deberías agradecer mas; porque, amigo, un peso duro, vale mas que diez gruesas de consejos. Guarda esta carta, y salte á ver qué haces con lo que ha dejado tu padre, porque tu madre ¿qué ha de hacer? en cuatro dias lo gasta y se acaba, y ni tú ni ella lo disfrutan.

Yo le agradecí aquellos que me parecían buenos consejos, y le dije que le propusiera á mi madre mi salida, pretestándole mi enfermedad y lo útil que yo le podía ser á su lado. *Januario* me ofreció desempeñar el asunto y volver al otro dia con la razón.

Inquietísimo me quedé yo esperando la resolución de mi madre, no porque yo quería captar su venia, pues no la juzgaba necesaria, sino para con esta hipocresía atarle la voluntad de modo que me franqueara sin reserva todos los medicillos que mi padre habia dejado, y se fiara de mí, como si yo fuera un buen hijo.

Todo me salió segun me lo propuse, pues al dia siguiente volvió *Januario*, y me dijo: que todo estaba corriente: que él habia ponderado mucho mi falsa enfermedad á mi madre, y díchole que yo lloraba mucho por ella, que tanto por mi salud, como por servirla y acompañarla, deseaba salirme; pero que esperaba su parecer, porque era tan bueno su hijo, que sin su licencia no daría un paso. A lo que mi madre le contestó: que saliera en horabuena, pues mi salud valía mas que todo, y en todas partes se podía servir á Dios.

Oidos que tales orejas, dije yo al escuchar estas razones. Mañana comemos juntos, *Januario*;... y al instante vamos á visitar á *Poncianita*, me dijo él, que cada dia está mas chula el diantre de la muchacha.

En conversaciones tan edificantes como estas pasamos el rato que me permitió la campana, á cuyo toque se despidió *Januario*, quedándome yo deseando llegara la noche para avisarle mi determinacion al padre maestro de novicios.

Llegó en efecto, y á mi parecer mas tarde que otras veces. Luego que tuve lugar, me entré en la celda del vicario, y le dije que estaba enfermo, y á mas de eso, que mi madre habia quedado viuda, pobre y sin mas hijo que yo, y que así pensaba en volverme al siglo; que me hiciera favor de facilitarme mi ropa.

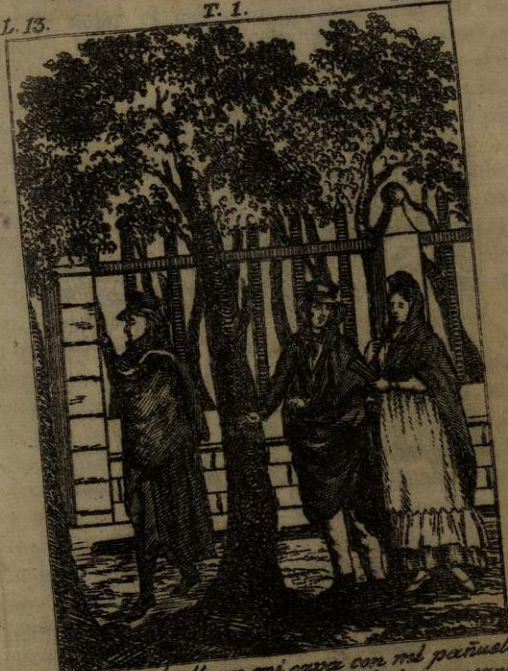
El buen religioso me escuchó con santa paciencia, y me dijo: que viera lo que hacia;

que esas eran tentaciones del demonio; si estaba enfermo, médicos y botica tenía el contento, y que allí me curarian con el mismo cuidado que en mi casa: que si mi madre había quedado viuda y pobre, no había quedado sin Dios, que es padre universal y no desampara á sus criaturas; y por último, que lo pensara bien. Ya lo tengo bien pensado, padre nuestro, le dije, y no hay remedio, yo me salgo, porque ni la religion es para mí, ni yo para la religion.

Enfadóse su paternidad con estas razones, y me dijo: la religion es para todos los que son para ella; mas su caridad dice bien, que no es para la religion, y así me lo ha parecido algunas veces. Vaya con Dios. Esta noche avisaré á nuestro padre provincial, y mañana se irá á su casa ó á donde le parezca.

Me retiré de su vista, y esa noche ya no quise ir á coro ni á refectorio (ni me hicieron instancia tampoco), y á otro día entre nueve y diez de la mañana, me llamó el padre vicario, me despojó solemnemente de los hábitos, me dió mi ropa, y me marché para la calle.

Iba yo envuelto en mi capa, con mi pañuelo amarrado en la cabeza, y lleno de confusion pensando que estaba como excomulgado y separado de aquellos siervos de Dios. No sé qué pavor se apoderaba de mi corazon cada vez que volvia la cara y veia aquellas sagradas paredes, depósitos de la virtud y quietud, de donde yo me retiraba.



Iba yo envuelto en mi capa con mi pañuelo en la cabeza, y lleno de confusion pensando que estaba excomulgado y separado de aquellos siervos de Dios.

No hay duda, decía yo entre mí, yo acabo de dejar el asilo de la inocencia, yo he dejado la única tabla que podía asegurarme del naufragio de esta vida mortal. Dios me verá como un ingrato, y los hombres me despreciarán como un inconstante. . . . ¡Ah, si pudiera yo volverme!

En estas serias meditaciones iba embebecido, cuando me tiró de la capa uno de mis antiguos contertulianos que me conoció y acompañaba á una de las coquetillas mas desenvueltas que yo habia chuleado antes de entrar en el convento.

Luego que nos saludamos y reconocimos los tres, me preguntó él cuándo me habia salido y por qué. Le respondí que aquel mismo dia, y por la muerte de mi padre y mi enfermedad. Me lo tuvieron á bien, y me llevaron á almorzar á un figón, donde comí á lo loco, y bebí punto menos, con cuyos socorros se disiparon mis tristezas.

Despidiéronse de mí, y me fui para mi casa. Luego que mi madre me vió, comenzó á abrazarme y á llorar amargamente; pero me manifestó su contento por tenerme otra vez en su compañía. ¡Quién le habia de decir que sus trabajos comenzaban desde aquel dia, y que mi persona lejos de proporcionarle los consuelos y alivios que se prometia, le habia de ser funestamente gravosa! Pero asi fue, como vereis en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIII.

Trata Periquillo de quitarse el luto, y se discute sobre los abusos de los funerales, péssames, entierros, lutos &c.

Entramos á la época mas desarreglada de mi vida. Todos mis extravios referidos hasta aquí, son frutas y pan pintado respecto á los delitos que se siguen. Ciertamente me horroizo yo mismo, y la pluma se me cae de la mano al escribir mis escandalosos proceder, y al acordarme de los riesgos y lances terribles que á cada momento amenazaban mi honra, mi vida y mi alma: porque es evidente que el hombre mientras es mas vicioso está mas espuesto á mayores peligros. Ya se sabe que nuestra vida es un tejido continuo de sustos, miserias, riesgos y zozobras que por todas partes nos amagan; pero el hombre de bien con su conducta arreglada se libra de muchos de ellos, y se hace feliz en cuanto cabe en esta vida miserable; cuando por el contrario, el hombre vicioso y abandonado no solo no se libra de los males que naturalmente nos acometen, sino que con su misma relacion se mete en nuevos empeños, y llama sobre sí una espantosa multitud de peligros y lacerias, que ni remotamente los experimentarían si viviera como debía vivir; y de este fá-

cil principio se comprende por qué los mas viciosos son los mas llenos de aventuras, y acaso los que lo pasan peor aun en esta vida. Yo fui uno de ellos.

Seis meses estuve en mi casa haciendo una vida bien hipócrita; porque rezaba el rosario todas las noches, segun la costumbre de mi difunto padre, salia muy poco á la calle, no asistia á ninguna diversion, hablaba de la virtud y de cosas de Dios con frecuencia, y en una palabra, hice tan bien el papel de hombre de bien, que la pobre de mi madre lo creyó y estaba conmigo loca de contenta: ¡qué mucho! si la tragó *Januario* siendo tan veterano en picardias, y tanto lo creyó que un dia me dijo: Periquillo, me has admirado: ciertamente que tú naciste para fraile, pues cuando yo esperaba que salieras á coger las primicias de tu libertad absoluta, y que nos daríamos los dos nuestros verdes muy razonables, te veo encerrado y hecho un anacoreta en tu casa. ¡Pobre de *Januario*! ¡pobre de mi madre! ¡y pobres de cuantos se persuadieron á que era virtud lo que solo era en mí una malicia muy refinada!

Trataba yo de conceptuarme bien con mi madre para que confiando en mí totalmente, no me escaseara los medicillos que mi padre le hubiera dejado, lo que no me fue difícil conseguir con mis estratagemas maliciosas. De facto; mi madre me descubrió y aun me hizo administrador de los bienecillos que habian

quedado, y consistian en mil y seiscientos pesos en reales: como quinientos en deudas cobrables, y cerca de otros mil en halajitas y muebles de casa. Cortos haberes para un rico; mas un principalito muy razonable para sostenerse cualquier pobre trabajador y hombre de bien; pero sólo eso era lo que me faltaba, y así di al trasto con todo dentro de poco tiempo, como lo vereis.

Cualquier capitalito razonable florece en las manos de un hombre de conducta y aplicado al trabajo; pero ninguno es suficiente para medrar en las de un jóven como yo, que no sólo era disipado, sino disipador.

El dinero en poder de un mozo inmoral y relajado es una espada en las manos de un loco furioso. Como no sabe hacer de él el uso debido, constantemente solo le sirve de perjudicarse á sí mismo y perjudicar á otros, abriendo sin reserva la puerta á todas las pasiones, facilitando la ejecucion de todos los vicios, y acarreandose por consecuencia necesaria un sin número de enfermedades, miserias, peligros y desgracias.

Para precaver así la dilapidacion de los mayorazgos, como la total ruina de estos pródigos viciosos, meten la mano los gobiernos, y quitándoles la administracion y manejo del capital, les señalan tutores que los cuiden y adieten como á unos muchachos ó dementes; porque si nó, en dos por tres tirarian los bancos de Londres si los hubieran á las manos.

Es una vergüenza que á unos hombres regularmente bien nacidos, y sin la desgracia de la demencia, sea menester que las leyes los sujeten á la tutela y los reduzcan al estado de pupilos, como si fueran locos ó muchachos! pero así sucede, y yo he conocido algunos de estos mayorazgos sin cabeza.

Si yo hubiera sido mayorazgo, no me hubiera quedado por corto para tirar todo el caudal en dos semanas, pues era, *flojo, vicioso y desperdiciado*: tres requisitos que con solo ellos sobra para no quedar caudal á vida por opulento y pingüe que sea.

Atando el hilo de mi historia digo: que ya me cansaba yo de disimular la virtud que no tenía, y deseando romper el nombre y quitarme la máscara de una vez, le dije un día á mi madre: Señora, ya no tarda nada el día de S. Pedro. ¿Y qué me quieres decir con eso? preguntó su merced. Lo que quiero decir, le respondí, es que ese día es de mi Santo, y muy propio para quitarnos el luto. ¡Ay! no lo permita Dios, decía mi madre. Yo quitarme el luto tan breve? ni por un pienso. Amé mucho á tu padre, y agraviaría su memoria si me quitara el luto tan presto.

¿Cómo tan presto, señora? decía yo, ¿pues ya no han pasado seis meses? ¿Y qué, decía ella toda escandalizada, seis meses de luto te parecen mucho para sentir á un padre y á un esposo? no hijo, un año se debe guardar el luto riguroso por semejantes personas.

Ya ustedes verán que mi madre era de aquellas señoras antiguas que se persuaden á que el luto prueba el sentimiento por el difunto, y gradúan éste por la duracion de aquel; pero esta es una de las innumerables vulgaridades que mamamos con la primera leche de nuestras madres.

Es cierto que se debe sentir á los difuntos que amamos, y tanto mas, cuanto mas estrechas sean las relaciones de amistad ó parentesco que nos unian con ellos. Este sentimiento es natural, y tan antiguo, que sabemos que las repúblicas mas civilizadas que ha habido en el mundo, Grecia y Roma, no solo usaban luto, sino que hacian aun demostraciones mas tiernas que nosotros por sus muertos. Tal vez no os disgustará saberlas.

En Grecia á la hora de espirar un enfermo, sus deudos y amigos que asistian, se cubrian la cabeza en señal de su dolor para no verlo. Le cortaban la estremidad de los cabellos, y le daban la mano en señal de la pena que les causaba su separacion.

Despues de muerto cercaban el cadáver con velas: lo ponian en la puerta de la calle, y cerca de él ponian un vaso con el agua lustral, con la que rociaban á los que asistian á los funerales. Los que concurrían al entierro y los deudos, llevaban luto.

Los funerales duraban nueve días. Siete se conservaba el cadáver en la casa, el octavo se quemaba, y el noveno se enterraban sus

cenizas. Con poca diferencia hacian lo mismo los romanos.

Luego que espiraba el enfermo, daban tres ó cuatro alaridos para manifestar su sentimiento. Ponian el cadáver en el suelo, lo lavaban con agua caliente, y lo ungian con aceite. Despues lo vestian y le ponian las insignias del mayor empleo que habia tenido.

Como aquellos gentiles creian que todas las almas debian pasar un rio del infierno que llamaban *Aqueronte*, para llegar á los *Eliseos*, y en este rio habia solo una barca, cuyo amo era un tal *Charon*, barquero interesable que á nadie pasaba si no le pagaban el flete, le ponian los romanos á sus muertos una moneda en la boca para el efecto.

A seguida de esto, esponian el cadáver al público entre hachas y velas encendidas, sobre una cama en la puerta de la casa.

Cuando se habia de hacer el entierro, se llevaba el cadáver al sepulcro ó en hombros de gente ó en literas, (como nosotros ántes de hoy los llevábamos en coches). Acompañaba al cadáver la música lúgubre, y unas mugeres alquiladas que llamaban por esta razon *Preficae*, que eran unas lloronas que con sus llantos forzados reglaban el tono de la música y el punto que habia de seguir en el suyo el acompañamiento.

Los esclavos á quienes el difunto habia dado libertad en su testamento, iban con sombreros puestos y hachas encendidas. Los hi-

jos y parientes con los rostros cubiertos y tendido el cabello. Las hijas con las cabezas descubiertas, y todos los demas amigos con el pelo suelto y vestidos de luto.

Si el difunto era ilustre, se conducia primero el cadáver á la plaza, y desde una columna que llamaban *de las arengas*, un hijo ó pariente pronunciaba una oracion fúnebre en elogio de sus virtudes (tan antiguos asi son los sermones de honras.)

Despues de esto, se conducia el cadáver al sepulcro, sobre cuyo lugar hubo variacion. Algun tiempo se conservaban los cadáveres en las casas de los hijos. Despues viendo lo perjudicial de este uso, se estableció por buen gobierno que se sepultasen en despoblado; y ya desde entonces procuraba cada uno labrar sepulcros de piedra para sí y su familia (*). Lo mismo observaron los griegos, con excepcion de los lacedemonios. Los pobres que no podian costear este lujo, se enterraban como en todas partes, en la tierra pelada.

Despues á los héroes difuntos, les dieron otro género de sepultura, que era quemarlos. Para esto ponian el cadáver sobre la *Pira* (**)

(*) ;Bella providencia! que hemos visto imitada en México desde la peste del año de 813, aboliéndose el envejecido abuso de sepultarse los cadáveres en las iglesias, y dándoles sepulcros en los campos santos suburbios, conforme á las determinaciones de los Concilios. ;Ojalá no se olvide, ni haya sus infracciones toleradas ó impunes!

(**) Esta costumbre remedan nuestras piras. Por esto se hacen elevadas, se colman de luces, se adornan con jarras

que era un monton bien elevado de leña seca, la que rociaban con licores y aromas olorosos, y los parientes le pegaban fuego con las hachas que llevaban encendidas, volviendo en aquel acto las caras á la parte opuesta.

Mientras ardia el cadáver, los parientes echaban al fuego los adornos y armas del difunto, y algunos sus cabellos en prueba de su dolor.

Consumido el cadáver, se apagaba el fuego con agua y vino, y los parientes recogian las cenizas, y las colocaban en una urna entre flores y aromas. Despues el sacerdote rociaba á todos con agua para purificarlos, y al retirarse, decian todos en alta voz: *Aeternum vale*, cuyo buen deseo imita mejor nuestro *requiescant in pace*. Hecho esto, se colocaba la urna en el sepulcro, y grababan en él el epitafio, y estas cuatro letras S. T. T. L. que querian decir: *Sit tibi terra levis*, para que los pasajeros deseasen su descanso. Esta era una especie de sufragio ó convite á él, como cuando entre nosotros se ve una cruz en un camino, ó un retablito de algun matado en una calle.

Concluida la funcion, se cerraba la casa del difunto, y no se abria en nueve dias, al fin de los cuales se hacia el novenario.

que despiden aromas olorosos, se colocan los bustos de los difuntos en sus cúpulas, y se ponen con las insignias de sus empleos.

Los griegos cerca de la hoguera ó pira ponian flores, miel, pan, armas y viandas.... ¡Ay! ofrendas, ofrendas de los indios ¡qué antiguo y supersticioso es vuestro origen! (*) Toda la funcion se concluia con una comida que se daba en casa de algun pariente. Hasta esto imitamos: acordándonos que *los duelos con pan son menos.*

¿Y acaso solo los griegos y romanos hacian estos extremos de sentimiento en la muerte de sus deudos y amigos? No, hijos míos. Todas las naciones, y en todos tiempos han espresado su dolor por esta causa. Los Hebréos, los Sirios, los Caldeos, y los hombres mas remotos de la antigüedad, manifestaban su sensibilidad con sus finados, ya de uno, ya de otro modo. Las naciones bárbaras sienten y espresan su sentimiento como las civilizadas.

Justo es sentir á los difuntos, y en los libros sagrados leemos estas palabras: Llorar por el difunto, porque ha faltado su luz ó su vida. *Supra mortuum plora, defecit, enim, lux ejus.* Ex. Eccl. cap. 22. V. 10. Jesucristo lloró la muerte de su querido Lázaro; y asi sera un absurdo horroroso el llevar á mal unos sentimientos que inspira la misma naturaleza,

(*) *Todavía hay pueblos donde los indios ponen á sus muertos un itacate, que es un envoltorio con cosas de comer, y algunos realtilos. En otros, á mas de esto, les esconden un papel lleno de disparates para el Eterno Padre, y sus ofrendas son con igual supersticion. En otro lugar diremos quienes sostienen estos abusos.*

y blasfemar contra las demostraciones esteriorres que los espresan.

Asi es, que yo estoy muy lejos de criticar ni el sentimiento, ni sus señales; pero en la misma distancia me hallo para calificar por justos los abusos que notamos en éstas, y creo que todo hombre sensato pensará de la misma manera; porque ¡quién ha de juzgar por razonable las *lloronas* alquiladas de los romanos, ni los *fletes* que ponian á sus muertos en la boca? ¡quién no reirá la tontería de los Copios, que en los entierros corren por las calles dando alaridos en compañía de las *plañidoras*, echándose lodo en la cara, dándose golpes, arañándose, con los cabellos sueltos, y representando todo el exceso de unos fariosos dementes? ¡quién no se horrorizará de aquella crueldad con que en otras tierras bárbaras se entierran vivas las viudas principales de los reyes ó mandarines, &c.?

Todos, á la verdad, criticamos, afeamos y ridiculizamos los abusos de las naciones extranjeras, al mismo tiempo que ó no conocemos los nuestros, ó si los conocemos, no nos atrevemos á desprendernos de ellos, venerándolos y conservándolos por respeto á nuestros mayores, que asi los dejaron establecidos. Tales son los abusos que hasta hoy se notan en orden á los pésames, funerales y lutos.

Luego que muere el enfermo entre nosotros, se dan sus alaridos, regularmente, para manifestar el sentimiento. Si la casa es rica,

es lo mas usado despachar al muerto al depósito; pero si es pobre, no se escapa el *velorio*. Este se reduce á tender el cadáver, ya amortajado, en el suelo enmedio de cuatro velas, á rezar algunas estaciones y rosarios, á beber dos chocolates, y (para no dormirse) á contar cuentos, y á entretener el sueño con boberías, y quizá con criminalidades. Yo mismo he visto quitar créditos y enamorar á la presencia de los difuntos. ¿Si serán estas cosas por via de sufragios?

Algun tanto calman los gritos, llantos y suspiros en el intermedio que hay desde la muerte del deudo hasta el acto de sacarlo para la sepultura. Entonces, como si un cadáver nos sirviera de algun provecho, como si no nos hicieran un gran favor con sacarnos de casa aquella inmundicia, y como si al mismo muerto lo fueran á descuartizar vivo, se redobla el dolor de sus deudos: se esfuerzan los gritos: se levantan hasta el cielo los ayes: se dejan correr con ímpetu las lágrimas, y algunas veces son indispensables las pataletas y desmayos, especialmente entre las dolientas bonitas: (*) unas veces originados de su sensibilidad, y otras de sus monerías. Y cuidado, que hay muchachas tan diestras en fingir un acceso epiléptico, que parece la mera ver-

(*) Yo he observado que estos males casi nunca acometen á las viejas ni las feds. Los médicos acaso sabrán la causa de este fenómeno; y sabrán por qué á una muchacha que conocí no le daba su mal cuando tenia las medias sucias.

dad. Por lo comun son unos remedios eficaces, para hacer volver á algunas, los consuelos y los chiqueos de las personas que ellas quieren.

Dejarémos á los dolientes en su zambra de gritos y desmayos, mientras observamos el entierro.

Si el muerto es rico, ya se sabe que el fausto y la vanidad lo acompañan hasta el sepulcro. Se convidan para el entierro á los pobres del Hospicio, los que con hachas en las manos acompañan ¡cuántas veces! los cadáveres de aquellos que cuando vivos aborrecieron su compañía.

No me parece mal que los pobres acompañen á los ricos cuando muertos; pero seria mejor, sin duda, que los ricos acompañasen á los pobres cuando vivos, esto es: en las cárceles, en los hospitales y en sus chozas miserables; y ya que por sus ocupaciones no pudieran acompañarlos ni consolarlos personalmente, siquiera que los acompañara su dinero aliviándole sus miserias. Aquel dinero, digo, que mil veces se disipa en el lujo y en la inmoderacion. Entonces sí, asistirían á sus funerales no los pobres alquilados, sino los socorridos. Estos irían sin ser llamados, llorando tras el cadáver de su benefactor. Ellos en medio de su afliccion dirian: ha muerto nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro tutor, y nuestro todo. ¿Quién nos consolará? ¡y quién substituirá el lugar de este genio bienhechor?

Esta sí fuera asistencia honrosa, y los mayores elogios que pudieran lisongear el corazón de sus parientes; porque las lágrimas de los pobres en la muerte de los ricos, honran sus cenizas, perpetúan la memoria de sus nombres, acreditan su caridad y beneficencia, y aseguran con mucho fundamento la felicidad de su suerte futura con mas solidez, verdad y energía que toda la pompa, vanidad y lucimiento del entierro. ¡Infelices de los ricos cuya muerte ni es precedida ni seguida de las lágrimas de los pobres!

Volvámos al entierro. Siguen metidos dentro de unos sacos colorados, unos cuantos viejos, que llaman trinitarios: despues van algunos eclesiásticos y con ellos otros muchos monigotes al modo de clérigos: á esta comitiva sigue el cadáver y tras él una porcion de coches.

La iglesia donde se hacen las exequias está llena de blandones con cirios, y la tumba magnífica y galana. La música es igualmente solemne aunque fúnebre.

Durante la vigilia y la misa, que para algunos herederos no es de *requiem* sino de *gracias*, no cesan las campanas de aturdirnos con su cansado clamoreo, repitiéndonos

*Que ese doble de campana
No es por aquel que murió,
Sino porque sepa yo
Que me he de morir mañana.*

Bien que de esta clase de recuerdos deban aprovecharse, especialmente los ricos, pues estos dobles solo por ellos se echan, y les acuerdan que tambien son mortales como los pobres, por los que no se doblan campanas, ó si acaso, es poco y de mala gana; y así los pobres son en la realidad *los muertos que no hacen ruido*.

Se concluye el entierro con todo el fausto que se puede, ó que se quiere, cuidándose de que el cadáver se guarde en un cajon bien claveteado, forrado y aun dorado (como lo he visto), y tal vez que se deposite en una bóveda particular, ya que los mausoleos son privativos á los principes, como si la muerte no nos hiciera á todos iguales, verdad que conoció un gentil (*).

Toda esta bamboya cuesta un dineral, y á veces en estos gastos tan vanos como inútiles se han notado abusos tan reprehensibles que obligaron á los gobernantes á contenerlos por medio de las leyes, mandando éstas que siendo los gastos de los funerales excesivos, atendidos los haberes y calidad del difunto, los modifique el juez del respectivo domicilio (**).

Entra aquí la gráve dificultad para saber cuando no hay exceso en estos gastos. Confieso que será muy rara la vez que el juez

(*) *Aequat omnes cinis, dijo Séneca en la ep. 102. ¿Quién distinguirá las cenizas de Cesar ó Pompeyo de las de los pobres villanos de su tiempo?*

(**) *La 12, tit. 13. pág. 1. y la 30 del tit. 13 pág. 5.*

pueda decidir en este caso, porque casi siempre le faltarán los conocimientos interiores del estado de las cosas del finado; y así solo podrá determinar el exceso con atención á su calidad. Supongamos: cuando un plebeyo conocido quiera sepultarse con la pompa de un conde, y aun entonces si tiene dinero con que pagarla, no sé si se burlará de las leyes; pero Horacio sí lo sabia cuando dijo: que todo: la virtud....entiéndase, los elogios que á ella son debidos, la fama y el esplendor obedecen á las hermosas riquezas, y el que las sepa acopiar será ilustre, valiente, justo, sábio, y lo que quiera.

Mas hablando á lo cristiano, yo no me detendré en fijar la regla por donde se deba conocer cuando hay exceso en los funerales.

Ya sé que parecerá nimiamente escrupulosa, pero aseguro que es infalible y muy sencilla. Se reduce á que lo que se gaste de lujo en los funerales no haga falta á los acreedores, ni á los pobres.

¿Y si los acreedores están pagados y á los pobres se les han dado algunas limosnas, no podrá el finado disponer á su voluntad del quinto de sus bienes? Si podrá, se responde; pero luego luego pregunto: ¿lo que se gasta en lujo no estuviera mejor empleado en los pobres que siempre sobran? Es inconcuso. Pues en este caso ¿cuál es el lujo que se deberá usar lícitamente entre cristianos? Ninguno á la verdad. Digo esto si hablo con cristianos,

que si hablara con paganos que afectaran profesar el cristianismo, seria menos escrupuloso en mis opiniones. Vamos á otra cosa.

A proporcion de los abusos que se notan en los entierros de los ricos, se advierten casi los mismos en los de los pobres; porque como estos tienen vanidad, quieren remedar en cuanto pueden á los ricos. No convidan á los del hospicio, ni á los trinitarios, ni á muchos monigotes, ni se entierran en conventos, ni en cajon compuesto, ni hacen todo lo que aquellos, no porque les faltan ganas, sino reales. Sin embargo, hacen de su parte lo que pueden. Se llaman á otros viejos contrahechos y despilfarrados que se dicen, *hermanos del Santísimo*; pagan sus siete acompañados: la cruz alta: su cajoncito ordinario &c, y esto á costa del dinero, que ántes de los nueve días del funeral suele hacer falta para pan á los dolientes.

Es costumbre amortajar á los difuntos con el humilde sayal de S. Francisco; pero si en su origen fue piadosa, en el dia ha venido á degenerar en corruptela.

Estoy muy lejos de murmurar la verdadera piedad y devocion, y el objeto de mi presente crítica recae únicamente sobre el simoníaco comercio que se hace con las mortajas, y los perjuicios que resienten los pueblos vulgares por vestir á sus muertos de azul y á tanta costa.

Las mortajas se venden á un precio exce-

sivamente caro, cual es el de doce pesos y medio, si es para hombre, y seis pesos dos reales para muger. Los pobres, apenas muere el enfermo, tratan de solicitarle la mortaja, y si no tienen dinero! se empeñan, se endrogan, y aun piden limosna para ello. haciendo falta para pan á las criaturas lo que gastan en un trapo inútil y asqueroso, pues no pasa de ahí la mejor mortaja, cuando se pone á un muerto, quien está en el caso de no poder ganar niagana indulgencia; y como para gozar estas gracias espirituales se necesita estar en el estado de merecer, se sigue que en no vistiendo al enfermo la mortaja en vida, despues de muerto le valdrá tanto como el capisallo del gran Chino.

Vosotros, si teneis en el discurso de vuestra vida algunos deudos, y sus fallecimientos acaecen en medio de vuestra indigencia, no os afijais por el entierro, ni por la mortaja. El entierro se facilita con tres pesos cuatro reales, que distribuireis en esta forma. Doce reales de un cajon: un peso para los cargadores, y otro para el sepulturero que les labre la casa en el campo santo.

La mortaja será mas barata si os conformais con vuestra pobreza. Los judios acostumbraban liar a sus muertos con unas vendas que llamaban *Sudarios*, y despues los envolvian en una sábana limpia. Así podeis hacerlo, y quedarán los vuestros tan amortajados como el mejor. Por cierto no fue otra la mortaja de Jesucristo.

Acabados los entierros, siguen los pésames. Para recibir estos, se cierran las puertas: se colocan las señoras mugeres en los estrados, y los señores hombres en las sillas, todos enlutados y guardando un profundo silencio durante esta ceremonia ó cuando mas, hablando en voz baja porque no les dé alferecia á los dolientes, cuya moderacion y respeto acaso no se observó tan escrupulosamente en la enfermedad del finado.

Tambien he notado como abuso en estos lances, que las conversaciones que se tienen con los dolientes se dirigen á celebrar y ponderar las virtudes del difunto: á traer á la memoria las causas que produjeron su enfermedad; lo que padeció en ella: los remedios que se le ministraron: lo que tardó en la agonia, y otras maturrangas semejantes, con cuya relacion atormentan mas los afligidos espiritus de sus parientes.

Esta costumbre de dar pésames se contrae á dos cosas. La primera, á manifestar que tomamos parte en el sentimiento de aquellas personas á quienes los damos, ya por razon de parentesco, ó ya por la amistad que teniamos con el difunto. La segunda, para consolar en lo posible á sus dolientes, ofreciéndoles nuestros arbitrios temporales, y asegurándoles que con los suyos uniremos nuestros votos para que se aumenten los sufragios de que consideramos á su alma necesitada.

Ya se vé que todo este ceremonial es, ca-

si siempre un embuste solemne, un cumplimiento de rutina, y una de las costumbres mas bien recibidas.

No parecerá muy avanzada esta proposición á quien advierta que, no digo los parientes remotos y los amigos; pero los mas inmediatos y aun los mas favorecidos del difunto, pasado poco tiempo, no se vuelven á acordar de él; porque con el discurso de los dias el corazon se serena, las lágrimas se enjugan, la falta se suple, los beneficios se olvidan y todo se borra, á pesar de cuantos gritos, alaracas, lágrimas, pataletas y faramallas se prodigaron en la escena triste de su muerte.

Y si este olvido se nota en el hijo, en la esposa, y en el hermano, ¿qué esperanza podrán tener los pobres muertos en los sufragios tan prometidos por los que solo van al velorio por beber el chocolate, y á dar el pésame porque les llevaron el convite, por mas que al despedirse digan *que no los olvidarán en sus oraciones, aunque malos?*

Este asunto es muy sério. Lo suspendemos, mientras acabamos de refutar el abuso de hablar de los difuntos al tiempo de dar los pésames; porque si como hemos dicho, uno de los objetos de estos pesamenteros es aliviar el sentimiento de los dolientes, parece que es un error que puede calificarse de impolitico el renovar los motivos de dolor á los deudos al tiempo mismo que pretendemos consolarlos.

No puede menos que atormentarse el co-

razon de la muger ó hijo del difunto al oír decir: *¡qué bueno era D. Fulano! ¡qué atento! ¡qué afable!*—*¡Ay, mi alma!* dice otra; *tiene vd. mil razones de llorarle; no hallará otro marido como el que perdió;* y otras sandeces de estas, que son otros tantos tornillos con que están apretando el corazon que quieren consolar. De modo que estas políticas lisonjas, son unos indiscretos torcedores de los espíritus afligidos.

¿Cuánto mejor no fuera sustituir á esta fórmula imprudente de dar pésames, otra opuesta, en la que ó se trataran asuntos festivos é indiferentes, ó mas bien se redujera solo esta etiqueta á ofrecer con sinceridad sus haberes y proporciones á la voluntad de los dolientes, en caso de haberlos menester? Pues; pero con verdad, no con faramalla, y cuando los dichos dolientes estuvieran satisfechos de esta verdad, seguramente quedaran mas bien consolados que con todos los panegiris que hoy dedican los pesamenteros á sus muertos.

Pero volviendo á estos, digo: que pobre del que se muere si no ha procurado en vida facilitar el camino de su salvacion, ateniéndose á los hijos, á los amigos y albaceas.

Vemos (y muy frecuentemente) que muchos, que tal vez tienen proporciones; mientras viven, ni dan limosna: ni se hacen decir una misa: ni pagan sus deudas, ni restituyen lo mal habido, ni practican ninguna obligacion de aquellas que nos impone la religion y nues-

tro mismo interes; pero llega la hora en que nuestros oídos no pueden menos que escuchar la verdad. Les intima el médico la sentencia de su muerte: conocen ellos que puede no errar en el pronóstico; porque su naturaleza se debilita por instantes mas y mas: se apodera de sus corazones el temor de la eternidad que los espera: se llama al confesor y al escribano: vienen los dos casi juntos: se hace la confesion de prisa y Dios sabe como: se sigue el testamento: se dispone todo: se declaran las deudas: se mandan pagar: se nombran albaceas para el efecto: se ordena hacer limosnas á las que llaman mandas forzosas: algunas á los pobres: decir algunas misas por su alma, y hecho todo esto, se recibe el sagrado Viático, los santos Oleos, y muere el enfermo muy consolado; pero ¡ah....! ¡cuánto hay que desconfiar de estas buenas disposiciones, cuando se hacen á la orilla misma del sepulcro!

Se dan limosnas y se mandan hacer restituciones (si se mandan hacer) en aquella hora, porque no se pueden llevar los caudales á la sepultura. Se mueren muy confiados en que los albaceas cumplirán el testamento, ¡y cuántas veces se engañan los testadores? ¡cuántas veces se trasforman los albaceas en herederos, y los curadores *ad bona* en tenedores de bienes? innumerables. No, no son raras las quejas que se oyen todos los dias á los pobres menores á quienes ha dejado por

puertas ó la mala fe, ó la mala administracion de aquellos.

Todo lo dicho os enseña á no esperar, como dicen, á la hora de los gestos para disponer de vuestras cosas; porque entonces el susto y la precipitacion, rebajan mucha parte del acierto.

Llegamos á los lutos en los que como visteis con mi madre, caben tambien los abusos. El luto no es mas que una costumbre de vestirse de negro para manifestar nuestro sentimiento en la muerte de los deudos ó amigos; pero este color á merced de la dicha costumbre, es solo señal, mas no prueba del sentimiento. ¡Cuántos infelices no se visten luto en la muerte de las personas que mas aman, porque no lo tienen? y su dolor es innegable. Al contrario ¡cuántas viuditas jóvenes, cuántos hijos y sobrinos malos é interesantes, que desearon la muerte del difunto por entrar en la posesion de sus bienes no se vestirán unos lutos muy rigurosos así por seguir la costumbre, como por persuadirnos que están penetrados del sentimiento que no conocen?

El color, dicen los físicos, que es un accidente que no altera la sustancia de las cosas; y así, el buen hijo sentirá á su padre, la buena esposa á su marido y los buenos amigos á sus amigos, ora se vistan de negro, ora de azul, ora de verde, encarnado ó cualquier color. Y al contrario: el deudo que no

amaba á su pariente, ó que quizá deseaba que espirara por heredarlos, no lo sentirá mas que se eche encima cuantas bayetas negras hay en todas las luterias del mundo.

En algunas provincias de la Asia, el color blanco es el que han adaptado para luto; y entre nosotros que se acostumbra vestirse de negro el Viernes Santo y el dia de finados, se observa que no es por sentimiento, sino por lujo.

Despues de todo, no tengo por abuso el traje negro en semejantes casos; pero si califico por tal, aquel determinado número de dias que se traen los lutos para denotar nuestro mayor ó menor sentimiento, segun las graduaciones de parentesco que se tienen con los difuntos.

Ya habeis visto que en el tiempo de mi madre, un año era el prefijado para llevar el luto por los padres, hijos y consortes, (*) seis meses por los hermanos, tres por los sobrinos, &c. Esta no puede menos que ser una bobera; porque si se amaba á los difuntos verdaderamente, y el luto es la prueba del sentimiento, en ningun tiempo se debia quitar, porque en ningun tiempo debia cesar el motivo; y si no se amaban, era indiferente el llevarlo pocos ó muchos meses, pues que no prueba sentimiento el traje negro.

(*) *En la capital de México ya no se ve tanto de esto; pero en los pueblos, villas y otras ciudades del reino, aun observan religiosamente estos abusos.*



El olor del guajolote y pulque de piña, acarreo a mi casa una porcion de amigos y parientes q' fueron a cumplimentarme.

Algunas de estas reflexiones hice á mi madre, hasta que la desentusiasmé de su capricho, y me ofreció que nos quitáramos el luto para el dia de S. Pedro, que era cuanto yo deseaba, para quitarme tambien la máscara de la virtud que habia fingido, y correr á rienda suelta por toda la carrera de los vicios, disfrutando de mi libertad enteramente, y tirando con mis amigos los pocos medicellos que mi padre habia economizado para la subsistencia de mi pobre madre.

Segun esta determinacion, se me hizo un vestido de petimetre para ese dia, y se dispuso su almuerzo, comida, y bailecito para la noche.

Llegó el tan deseado para mí 29 de junio: me quité los trapos negros, que hasta entonces habian sido escolares, y me planté de gala á lo secular. Parece que con campana llamaron á todos los parientes y conocidos ese dia: muchos que no habian vuelto á casa desde el entierro de mi padre, y otros que ni aun el pésame habian ido á dar á mi madre, se encajaron entonces con la mayor confianza y poca vergüenza.

Ya se deja entender que en primer lugar fueron mis íntimos amigos Januario, Pelayo, y otros como ellos, que tambien llevaron al baile á sus madamas tituladas que eran tambien mis camaradas. En una palabra, *el olor del guajolote y del pulque de piña, acarreo ese dia á mi casa una porcion de amigos míos,*

parientes y conocidos de mi madre, que fueron á cumplimentarme. Dios se los pague.

Se lamieron el almuerzo, consumieron la comida, y á su tiempo alegraron el baile grandemente; porque cantaron, bailaron, retozaron, se embriagaron, ensuciaron toda la casa, y al fin, al fin, salieron unos murmurando el almuerzo, otros la comida, otros el baile y todos, alguna cosa de lo mismo que habian disfrutado.

¡Qué necedad es tener una diversion pública! se gasta el dinero, se sufren mil incomodidades, se pierden algunas cosas, y siempre se queda mal con los mismos á quienes se pretende obsequiar; y se recibe en murmuracion y habladurias, lo que se pretende recibir en agradecimiento.

Sin embargo de todo esto, como entonces yo no pensaba así, nada me daba cuidado, ni en nada pensé sino en divertirme y holgarme á costa del dinero; aunque es verdad que en aquella hora me adularon bastante, especialmente las coquetas; con cuyos elogios dí por bien emplado el dinero que se gastó, y las incomodidades que sufrió mi madre.

FIN DEL PRIMER TOMO.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE PRIMER TOMO.

	Pág.
<i>Advertencia precisa.....</i>	3.
<i>Prólogo, dedicatoria y advertencia á los lectores.....</i>	5.
<i>Prólogo de Periquillo Sarmiento.....</i>	13.
<i>Advertencias generales á los lectores..</i>	19.
Vida y hechos de Periquillo Sarmiento escrita por él para sus hijos.	
Cap. I. <i>Comienza Periquillo escribiendo el motivo que tuvo para dejar á sus hijos estos cuadernos.....</i>	23.
Cap. II. <i>En el que Periquillo da razon de su ingreso á la escuela &c..</i>	39.
Cap. III. <i>En el que describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo á oficio.....</i>	58.
Cap. IV. <i>En el que dá razon en qué paró la conversacion de sus padres &c..</i>	74.
Cap. V. <i>Escribe Periquillo su entrada al curso de artes, lo que aprendió, su acto general, su grado, y otras curiosidades que sabrá el que las quiera saber.....</i>	91.
Cap. VI. <i>En que nuestro bachiller da</i>	

	<i>Pág.</i>
razon de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido.	103.
Cap. VII. Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda.....	120.
Cap. VIII. En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda, y su vuelta á su casa.	140.
Cap. IX. Llega Periquillo á su casa y tiene una larga conversacion con su padre sobre materias curiosas &c....	154.
Cap. X. Concluye el padre de Periquillo su instruccion, resuelve éste estudiar teologia; la abandona, y se refieren otras cosillas.....	176.
Cap. XI. Toma Periquillo el hábito de religioso, y se arrepiente en el mismo dia. Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto.....	108.
Cap. XII. Trátase sobre los buenos y malos consejos: muerte del padre de Periquillo, y salida de éste del convento.	221.
Cap. XIII. Trata Periquillo de quitarse el luto, y se discute sobre los abusos de los funerales, pésames, entierros, lutos, &c.....	234.

Handwritten notes on aged paper:
10-5
Famtu
JAN 18
J. Amador

PQ7297

F37

P47

v. 1

1830-1831

CAP. 14636

AUTOR

FERNANDEZ DE LIZARDI, José

TITULO

**BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.**

